

Diseño de cubierta: Mario Muchnik

En cubierta:
Théodore Duret, 1912
de Édouard Vuillard (1860–1940),
National Gallery of Art, Washington D. C.,
Chester Dale Collection

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, reprográfico, gramofónico u otro, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del COPYRIGHT:

© 1991 by Giulio Einaudi editore s.p.a., Torino

© 1993 by Grupo Anaya S. A.

Anaya & Mario Muchnik, Telémaco, 43, 28027 Madrid.

ISBN: 84-7979-043-1

Depósito legal: M-11161-1993

Título original: *Il giudice e lo storico*

Esta edición de

El juez y el historiador

compuesta en tipos Times de 12 puntos en el ordenador de la editorial
se terminó de imprimir en los talleres de
Vía Gráfica, S. A., Fuenlabrada (Madrid)
el 10 de abril de 1993.

Impreso en España — Printed in Spain

1 impreso Palo

Carlo Ginzburg

El juez y el historiador

Consideraciones al margen del proceso Sofri

Traducido del italiano por
Alberto Clavería

ANAYA & Mario Muchnik

INTRODUCCIÓN

Escribo estas páginas por dos motivos. El primero es personal. Conozco a Adriano Sofri desde hace más de treinta años. Es uno de mis amigos más queridos. En verano de 1988 fue acusado de haber impulsado a un hombre a matar a otro. Estoy completamente seguro de que esta acusación carece de fundamento. La Audiencia de Milán llegó a conclusiones distintas. El 2 de mayo de 1990 condenó a Adriano Sofri (junto con Giorgio Pietrostefani y Ovidio Bompres-si) a veintidós años, y a Leonardo Marino (su acusador) a once años de cárcel: a los dos primeros como inductores y a los otros, respectivamente, como ejecutor material y como cómplice del homicidio, cometido en Milán el 17 de mayo de 1972, del comisario de policía Luigi Calabresi.

Según la Ley italiana, un acusado debe ser considerado inocente hasta la sentencia definitiva. Pero al principio del primer proceso el acusado Adriano Sofri declaró públicamente que en ningún caso se valdría del derecho de apelar. Como otras personas, también tuve de inmediato muchas dudas sobre la conveniencia de esta decisión, si bien no sobre la pureza de las razones que la inspiraban. En Italia, en los últimos años los procesos por delitos políticos o

mafiosos han vuelto del revés con frecuencia (con mucha frecuencia), en recursos de apelación o de casación, las sentencias condenatorias pronunciadas en primera instancia. Sofri, renunciando de antemano a la apelación, ha querido sustraerse a la eventualidad de una absolución pospuesta. Pues una absolución pospuesta le ha parecido, equivocadamente o no, menos limpia, casi oscurecida por una sombra. Hay quien considera su decisión como una presión indebida sobre los jueces del proceso entonces en curso. Sin embargo, quienes conocen a Adriano Sofri han reconocido en ello un rasgo de su carácter: una elevada imagen de sí mismo, en este caso indisolublemente unida a la certidumbre de su propia inocencia y a su incapacidad para las componendas. Habiendo renunciado a apelar, no podrá defender en la sala su propia inocencia cuando se celebre el proceso en segunda instancia.

Ante la inminencia de este proceso, escribo invadido por la angustia ante la condena que ha golpeado injustamente a un amigo mío y por el deseo de convencer a los demás de su inocencia. Pero la forma de estas páginas (muy diferente, como se verá, de la testificación) tiene un origen completamente distinto. Y al señalar esto me refiero al segundo de los motivos que puntualizaba antes.

Las actas del proceso de Milán y de la instrucción que lo precedió me han situado repetidamente ante relaciones intrincadas y ambiguas entre el juez y el historiador. Pues bien, hace ya años que doy vueltas a este tema. En algunos ensayos he intentado indagar sobre las implicaciones metodológicas y (en sentido lato) políticas de una serie de elementos comunes a las dos profesiones: indicios, pruebas, testimonios. En este punto me ha parecido inevitable una confrontación más profunda. Lo cual se inscribe en una larga tradición: el propio título (que por otra parte es explícito) de este librito copia, como he descubierto

mientras lo escribía, el de un ensayo publicado en 1939 por Piero Calamandrei.² Pero hoy día el diálogo, nunca fácil entre historiadores y jueces, ha cobrado una importancia crucial para ambos. Intentaré explicar el porqué partiendo de un caso concreto: el que, por las razones ya expresadas, me afecta tan de cerca.

Los fundamentos de la sentencia han sido hechos públicos, con gravísimo retraso, el 12 de enero de 1991. A ellos dedico la segunda parte de este escrito. He preferido mantener la distinción entre las dos partes por motivos que explicaré más adelante.

Los Ángeles, febrero de 1991

Agradezco sus observaciones a Paolo Carignani, Luigi Ferrajoli y Adriano Prospero.*

* Quiero agradecer al magistrado J. M. Reig su ayuda para acomodar los términos procesales italianos al léxico jurídico español (*N. del T.*)

EL JUEZ Y EL HISTORIADOR

I

Una ligera desorientación. Tal es la primera sensación experimentada por quien, acostumbrado por razones profesionales a leer procesos inquisitoriales de los siglos XVI y XVII, empieza a revisar las actas de la instrucción dirigida en 1988 por Antonio Lombardi (juez instructor) y Ferdinando Pomarici (fiscal) contra Leonardo Marino y sus presuntos cómplices. Desorientación porque estos documentos tienen, frente a cualquier expectativa, una fisonomía curiosamente familiar. Hay en ellos diferencias importantes, como la presencia de abogados defensores, que aunque prevista en un manual inquisitorial como el *Sacro Arsenale* de Eliseo Masini (Génova, 1621), raramente se ponía en práctica en aquella época. Además, como en los tribunales inquisitoriales de hace tres o cuatro siglos, los interrogatorios de los posibles culpables se llevan a cabo en secreto, lejos de las miradas indiscretas del público (de hecho, en lugares inadecuados, como cuarteles de carabineros).

Los interrogatorios se desarrollan, o mejor, se desarrollaron. Con la entrada en vigor del nuevo código ha desaparecido parcialmente del proceso penal italiano la instrucción secreta: esto es, el aspecto más inquisitorial que inadecuadamente se emparejaba con el otro aspecto, más acusatorio, constituido por la fase del juicio oral.³ La instrucción, dirigida por Lombardi y Pomarici contra Marino y sus presuntos cómplices, ha sido una de las últimas (y quizá precisamente la última) llevada a cabo según el antiguo código.

Pero la impresión de continuidad con el pasado que me había sorprendido de inmediato no estaba ligada solamente a los aspectos institucionales de la fase de instrucción. Se debía a una semejanza más sutil y específica con los procesos inquisitoriales que mejor conozco: los efectuados contra mujeres y hombres acusados de brujería. En ellos la incitación a la complicidad tiene una importancia crucial: sobre todo cuando en el núcleo de las confesiones de los acusados se halla el aquelarre, la reunión nocturna de brujas y brujos.⁴

Espontáneamente en ocasiones, más frecuentemente obligados por la tortura o por las sugerencias de los jueces, los acusados acababan dando los nombres de quienes habían participado con ellos en los ritos diabólicos. De modo que un proceso podía (como de hecho sucede con frecuencia) generar otros cinco, diez o veinte, hasta involucrar a la comunidad entera. Pero la Inquisición romana, heredera de la inquisición medieval (o, como antes era denominada, episcopal), que había dado un impulso decisivo a la persecución de la brujería, fue también la primera en plantearse dudas sobre la legitimidad jurídica de este tipo de procedimientos. A principios del siglo XVII, en los ambientes de la Congregación romana del Santo Oficio fue redactado un monumento, titulado *Instructio pro formandis processibus*

in causis strigum, sortilegiorum & maleficiorum ["Instrucción sobre el modo de proceder en los procesos de brujas, sortilegios y maleficios"], que suponía un claro giro respecto al pasado. La experiencia, se decía en el mismo, muestra que hasta el momento los procesos de brujería no han sido llevados casi nunca sobre la base de criterios aceptables.⁵ Los jueces de los tribunales inquisitoriales periféricos eran advertidos al respecto: tendrían que controlar todas las afirmaciones de los acusados por medio de "exquisitas diligencias judiciales"; seguir la pista, si era posible, de los cuerpos del delito; y probar que las curaciones o las enfermedades no eran atribuibles a causas naturales.

También el proceso del que quiero hablar se basa en la figura de un acusado-testigo, de un acusado que es al mismo tiempo acusador de sí mismo y de otros. Las autoacusaciones de Leonardo Marino son el punto de convergencia de una trágica secuencia de hechos de la mayor notoriedad. Los recordaré brevemente. El 12 de diciembre de 1969, en el momento culminante de la temporada de huelgas y de luchas obreras conocida por el nombre de "otoño caliente", explotó en Milán, en una sede de la Banca dell' Agricoltura, una bomba que mató a 16 personas (otra moriría poco después) e hirió a 88. A los dos días la policía detuvo a un anarquista, Pietro Valpreda, a quien los periódicos moderados (y el primero entre ellos fue el *Corriere della Sera*) presentaron a la opinión pública como autor del atentado. El ferroviario anarquista Giuseppe (Pino) Pinelli fue llamado a la comisaría de Milán para hacer comprobaciones. Pasaron tres noches hasta que el cuerpo de Pinelli voló desde la ventana del despacho del comisario Luigi Calabresi, donde se hallaban en aquel momento un oficial de carabinieri y cuatro agentes de policía. Un periodista encontró a Pinelli tirado en el suelo, ya sin conocimiento. Dos horas más tarde, en una impre-

vista rueda de prensa nocturna, el comisario general de Milán, Marcello Guida, declaró a los periodistas que Pinelli, enfrentado a las pruebas innegables de su complicidad en el atentado, efectuado por Valpreda, se había tirado por la ventana gritando: "Es el fin de la anarquía". Posteriormente esta circunstancia fue desmentida. Se dijo que Pinelli, en una pausa del interrogatorio, se había acercado a la ventana para fumar un cigarrillo: afectado por un desmayo, se había precipitado. A estas versiones distintas se contrapone una tercera, que empezó a circular insistentemente en el ámbito de la izquierda (tanto parlamentaria como extraparlamentaria): Pinelli, al recibir de un agente un golpe de karate mortal, había sido arrojado, ya cadáver, por la ventana del despacho de Calabresi. En 1969 el grupo Lotta Continua empezó, a través de sus propios órganos de prensa, una violenta campaña contra Calabresi, el comisario que dirigió el interrogatorio, acusándolo de ser el asesino de Pinelli. Unos meses más tarde Calabresi se querelló contra el periódico *Lotta Continua* por difamación. En el curso del proceso, el 22 de octubre de 1971 se decidió la exhumación del cadáver de Pinelli. Poco después el abogado de Calabresi recusó al presidente del tribunal: el proceso fue remitido a una nueva instancia. El 17 de mayo de 1972 Calabresi fue muerto de dos tiros de pistola en el portal de su propia casa. El asesinato no fue reivindicado por nadie. Al día siguiente un comentario aparecido en el diario *Lotta Continua* emitía al respecto un juicio sustancialmente favorable ("un acto en que los oprimidos reconocen su propia voluntad de justicia"), si bien no lo reivindicaba. Algún tiempo más tarde se consideró sospechosos del crimen a algunos extremistas de derechas: el procedimiento fue posteriormente abandonado por falta de pruebas.

Pasaron dieciséis años. El 19 de julio de 1988 un ex obrero de la Fiat que había militado en Lotta Con-

tinua —Leonardo Marino—, se presentó en el puesto de carabineros de Ameglia (no lejos de Bocca di Magra, donde vivía con su familia) diciendo que era presa de una crisis de conciencia y que quería confesar varios delitos relacionados con su pasada militancia política. (La cronología del arrepentimiento que aquí damos es la que inicialmente se difundió, no la que surgió dos años más tarde en el curso del proceso.) El 20 de julio Marino fue conducido al despacho del centro operativo de los carabineros de Milán, donde se levantó acta de sus primeras declaraciones. Al día siguiente, en presencia del fiscal Ferdinando Pomarici declaró que había tomado parte, además de en una serie de robos cometidos entre 1971 y 1978, en la muerte de Calabresi. Ésta había sido decidida (siempre según la versión de Marino) por mayoría por la ejecutiva nacional de Lotta Continua. Al mismo Marino lo había incitado a participar en la acción uno de los dirigentes del grupo, Giorgio Pietrostefani; consintió sólo tras haber recibido (en Pisa, después de una reunión) confirmación explícita de la decisión por parte de Sofri, a quien estaba especialmente ligado; algunos días después del encuentro con Sofri, se había dirigido a Milán y había esperado bajo la casa de Calabresi, junto con Ovidio Bompressi; inmediatamente después del homicidio había sacado de allí a Bompressi, el ejecutor material, en un coche robado tres noches antes y había huido. Todo esto fue relatado con gran abundancia de detalles. Pero los informes, por minuciosos que sean, de un acusado-testigo no constituyen garantía suficiente: esto lo había visto yo en los juicios de la Inquisición romana del siglo XVII, al releer los procesos por brujería celebrados por sus tribunales. Para poder ser tomada en cuenta, una confesión debe ser corroborada por descubrimientos objetivos.

Enseguida veremos cómo se enfrentaron a esta dificultad los jueces del proceso contra los presuntos

autores del asesinato de Calabresi. Lo que hasta el momento queda claro es que encontrar pruebas o descubrimientos objetivos es una operación común no sólo a los inquisidores de hace trescientos cincuenta años y a los jueces de hoy, sino también a los historiadores de hoy y a los inquisidores y jueces. Merece la pena detenerse en esta última coincidencia, y sobre todo en sus implicaciones.

II

Las relaciones entre historia y derecho siempre han sido muy estrechas: desde que surgió en Grecia, hace dos mil quinientos años, el género literario que llamamos "historia". Si bien la palabra "historia" procede del lenguaje médico, la capacidad argumentativa que implica viene, sin embargo, del ámbito jurídico. La historia como actividad intelectual específica se constituye (como nos recordó hace algunos años Arnaldo Momigliano) en el encuentro entre medicina y retórica: examina casos y situaciones buscando sus causas naturales según el ejemplo de la primera, y los expone siguiendo las reglas de la segunda: un arte de persuadir nacido en los tribunales.⁶

Según la tradición clásica, a la exposición histórica (como, por otra parte, a la poesía) se le exigía, en primer lugar, una cualidad que los griegos llamaban *enargheia* y los latinos *evidentia in narratione*: la capacidad de representar con vivacidad personajes y situaciones. Al igual que un abogado, el historiador tenía que convencer por medio de una argumentación eficaz que, eventualmente, fuera capaz de comunicar la ilusión de la realidad, y no por medio de la producción de pruebas o de la valoración de pruebas producidas por otros.⁷ Estas últimas eran actividades propias de los anticuarios y de los eruditos;

pero hasta la segunda mitad del siglo XVIII historia y anticuaria constituyeron ámbitos intelectuales completamente independientes y frecuentados habitualmente por individuos distintos.⁸ Cuando un erudito como el jesuita Henri Griffet, en su *Traité des différentes sortes de preuves qui servent à établir la vérité de l'histoire* (1769), comparó al historiador con un juez que criba atentamente pruebas y testimonios, manifestó una exigencia todavía insatisfecha, aunque probablemente advertida ya por las partes. La misma sería realizada pocos años después en *The Decline and Fall of the Roman Empire* ["Declive y caída del imperio romano", 1776] de Edward Gibbon: la primera obra que fundía con éxito historia y anticuaria.⁹

La comparación entre historiador y juez estaba destinada a tener una gran fortuna. En el famoso dicho, originariamente pronunciado por Schiller, *Die Weltgeschichte ist das Weltgericht*, Hegel condensó, en el doble significado de *Weltgericht* ("tribunal del mundo", pero también "juicio universal"), la esencia de su propia filosofía de la historia: la secularización de la visión cristiana de la historia universal (*Weltgeschichte*).¹⁰ Se acentuaba la sentencia (con la ya citada ambigüedad): pero se imponía al historiador juzgar figuras y acontecimientos basándose en un principio —los intereses superiores del Estado— tendencialmente ajeno tanto al derecho como a la moral. En el pasaje de Griffet, sin embargo, se acentuaba lo que precede a la sentencia, esto es, la valoración imparcial de pruebas y testimonios por parte del juez. A finales de siglo lord Acton, en la lección pronunciada con ocasión de su nombramiento como Regius Professor de Historia Moderna por la Universidad de Cambridge (1895), insistía sobre unas y sobre otras: la historiografía, cuando está basada en los documentos, puede levantarse por encima de los acontecimientos y convertirse en "un tribunal reco-

nocido, igual para todos".¹¹ Estas palabras se hacían eco de una tendencia que se estaba difundiendo rápidamente, alimentada por el clima positivista dominante. Entre finales del siglo XIX y los primeros decenios del XX la historiografía, y en especial la historiografía política —de manera muy especial la historiografía sobre la Revolución francesa—, asumió una fisonomía visiblemente judicial.¹² Pero dada la tendencia a asociar estrechamente la pasión política y el deber profesional de la imparcialidad, se miraba con desconfianza a quien, como Taine (que, por su parte, se había jactado de querer practicar la "zooología moral"), examinaba el fenómeno revolucionario con la actitud de un "juez supremo e imperturbable". Alphonse Aulard, autor de estas palabras, así como su adversario académico, Albert Mathiez, prefirieron revestirse alternativamente con los ropajes de fiscal del Estado o de abogado defensor para probar, basándose en informes circunstanciados, las responsabilidades de Robespierre o la corrupción de Danton. Esta tradición de alegatos al mismo tiempo políticos y morales, seguidos de condenas o absoluciones, se proyectó largamente: *Un jury pour la Révolution*, escrito por uno de los más notables historiadores vivos de la edad revolucionaria, Jaques Godechot, es del año 1974.¹³

El modelo judicial tuvo dos efectos interdependientes sobre los historiadores. Por una parte les indujo a centrarse en los acontecimientos (políticos, militares, diplomáticos) que en cuanto tales podían ser atribuidos sin demasiadas dificultades a las acciones de uno o más individuos; por otra, a descuidar todos los fenómenos (historia de los grupos sociales, historia de las mentalidades y así sucesivamente) que no encajaban en esta pauta explicativa. Reconocemos como en un negativo fotográfico, lleno de rayaduras, los lemas en torno a los cuales se constituyó la revista *Annales d'histoire économique et sociale*,

fundada en 1929 por Marc Bloch y Lucien Febvre: negación de la *histoire événementielle*, invitación a indagar una historia más profunda y menos aparente. No es sorprendente encontrar entre las reflexiones metodológicas redactadas por Bloch, poco antes de morir, la irónica exclamación: "Robespieristas, anti-robspieristas, me hacéis gracia: por favor, decidme simplemente quién era Robespierre." Ante el dilema "¿juzgar o comprender?" Bloch optaba sin dudar por de la segunda alternativa.¹⁴ La vencedora era, como hoy nos parece obvio, la alternativa historiográfica. Para no salirnos del ámbito de los estudios sobre la Revolución francesa, el intento de Albert Mathiez de explicar la política de Danton por medio de su corrupción y la de sus amigos (*La corruption parlementaire sous la Terreur*, 1927²) nos parece hoy inadecuado, mientras que la reconstrucción del gran terror del 89 por Georges Lefebvre (1932) ha llegado a ser un clásico de la historiografía contemporánea.¹⁵ Lefebvre no formaba parte en sentido estricto del grupo de "Annales": pero *La Grande Peur* nunca habría sido escrito sin el precedente de *Los reyes taumaturgos* (1924) de Bloch, colega de Lefebvre en la Universidad de Estrasburgo.¹⁶ Ambos libros giran en torno a acontecimientos inexistentes: el poder de curar a los escrofulosos atribuido a los reyes de Francia y de Inglaterra y las agresiones de grupos de bandidos al servicio del "complot aristocrático". Lo que ha hecho históricamente relevantes estos acontecimientos fantasmales es su eficacia simbólica, esto es, la imagen que de ellos se hacía una mirada de individuos anónimos. Es difícil imaginar algo más lejano de la historiografía moralista inspirada a partir de un modelo judicial.

Ciertamente hemos de regocijarnos de la disminución de su prestigio, el cual ha acompañado a la desaparición progresiva del historiador convencido de interpretar las razones superiores del Estado. Pero

mientras que hace unos veinte años era posible suscribir sin más la clara disyunción entre historiador y juez efectuada por Bloch, hoy las cosas se presentan más complicadas. La justa intolerancia ante la historiografía, inspirada en un modelo judicial, tiende cada vez más a implicar también a lo que justificaba la analogía entre historiador y juez, formulada, quizá por vez primera, por el erudito jesuita Henri Griffet: la noción de prueba. (Lo que voy a decir sólo en muy pequeña medida se refiere a fenómenos italianos. Parafraseando a Bertolt Brecht, se podría decir que las cosas viejas malas –empezando por la filosofía de Giovanni Gentile, invisiblemente presente en nuestro paisaje cultural– nos han protegido de las cosas nuevas malas.)¹⁷

Para muchos historiadores la noción de prueba está pasada de moda; así como la verdad, a la cual está ligada por un vínculo histórico (y por lo tanto no necesario) muy fuerte. Las razones de esta devaluación son muchas, y no todas de orden intelectual. Una de ellas es, ciertamente, la exagerada fortuna que ha alcanzado a ambos lados del Atlántico, en Francia y en los Estados Unidos, el término “representación”. El uso que del mismo se hace acaba creando, en muchos casos, alrededor del historiador un muro infranqueable. La fuente histórica tiende a ser examinada exclusivamente en tanto que fuente de sí misma (según el modo en que ha sido construida), y no de aquello de lo que se habla. Por decirlo con otras palabras, se analizan las fuentes (escritas, en imágenes, etcétera) en tanto que testimonios de “representaciones” sociales: pero al mismo tiempo se rechaza, como una imperdonable ingenuidad positivista, la posibilidad de analizar las relaciones existentes entre estos testimonios y la realidad por ellos designada o representada.¹⁸ Pues bien, estas relaciones nunca son obvias: definir las en términos de representación sí que sería ingenuo. Sabemos perfectamente que todo testimo-

no está construido según un código determinado: alcanzar la realidad histórica (o la realidad) directamente es por definición imposible. Pero inferir de ello la incognoscibilidad de la realidad significa caer en una forma de escepticismo perezosamente radical que es al mismo tiempo insostenible desde el punto de vista existencial y contradictoria desde el punto de vista lógico: como es bien sabido, la elección fundamental del escéptico no es sometida a la duda metódica que declara profesar.¹⁹

Con todo, para mí, como para muchos otros, las nociones de “prueba” y de “verdad” son parte constitutiva del oficio del historiador. Ello no implica, obviamente, que fenómenos inexistentes o documentos falsificados sean históricamente poco relevantes: Bloch y Lefebvre nos enseñaron hace ya tiempo lo contrario. Pero el análisis de las representaciones no puede prescindir del principio de realidad. La inexistencia de los grupos de bandidos hace más significativo (por ser más profundo y revelador) el terror de los campesinos franceses en el verano de 1789. Un historiador tiene derecho a distinguir un problema allí donde un juez decidiría un “no ha lugar”. Es una divergencia importante que, sin embargo, presupone un elemento común a historiadores y jueces: el uso de la prueba. El oficio tanto de unos como de otros se basa en la posibilidad de probar, según determinadas reglas, que x ha hecho y : donde x puede designar tanto al protagonista, aunque sea anónimo, de un acontecimiento histórico, como al sujeto de un procedimiento penal; e y , una acción cualquiera.²⁰

Pero obtener una prueba no siempre es posible; y cuando lo es, el resultado pertenece siempre al orden de la probabilidad (aunque sea del novecientos noventa y nueve por mil), y no al de la certidumbre.²¹ Aquí se añade una divergencia más: una de las tantas que señalan, más allá de la contigüidad preliminar de que hemos hablado, la profunda discriminación que

separa a historiadores y jueces. Intentaré bosquejarla poco a poco. Y entonces surgirán las implicaciones y los límites de la sugestiva analogía sugerida por Luigi Ferrajoli: "El proceso es, por así decirlo, el único caso de «experimento historiográfico»: en él las fuentes actúan *en vivo*, no sólo porque son asumidas directamente, sino también porque son confrontadas entre sí, sometidas a exámenes cruzados, y se les solicita que reproduzcan, como en un psicodrama, el acontecimiento que se juzga."²²

III

He consultado las actas de uno de estos experimentos historiográficos: las transcripciones de los interrogatorios reunidos en el curso de la instrucción por el juez Antonio Lombardi, el auto de procesamiento redactado por él, las transcripciones del juicio oral de la Audiencia de lo Criminal de Milán presidida por Manlio Minale, el escrito de acusación del fiscal Ferdinando Pomarici, los escritos de los abogados defensores, más diversos materiales adyacentes referentes a Leonardo Marino y a sus presuntos cómplices. En suma, alrededor de tres mil páginas. Ya me he referido a la inesperada (y por ello desconcertante) sensación de familiaridad que experimenté al leer los interrogatorios recogidos por el juez instructor. Naturalmente, esta sensación disminuyó mucho una vez llegados a la fase del juicio. El diálogo entre las partes, continuamente filtrado y mediatizado por el presidente, crea un ambiente por completo distinto del correspondiente al proceso inquisitorial. A la inversa (y paradójicamente), la viveza de las transcripciones de la cinta magnetofónica del juicio oral, celebrado en la sala, está mucho más cerca de las actas inquisitoriales que el rígido lenguaje burocrático en

que están transcritos (y distorsionados) los interrogatorios de la instrucción, que está, sin embargo, más cercana desde un punto de vista jurídico al proceso inquisitorial. Es cierto que se trata, en ambos casos, de *transcripciones*: en el paso de lo oral a lo escrito se pierden entonaciones, dudas, silencios, gestos. Se pierden, pero no del todo. Con frecuencia, y siguiendo, sin saberlo, las costumbres de los notarios del Santo Oficio, los transcriptores registran entre paréntesis lágrimas, risas, respuestas truncadas o pronunciadas con especial ardor.²³ En tal caso la transcripción es ya interpretación y condiciona las interpretaciones sucesivas elaboradas en un futuro próximo (por ejemplo, aquel desde el cual yo escribo) o remoto.²⁴

En ningún momento he tenido en cuenta la posibilidad de partir de este material documental para reconstruir desde un punto de vista histórico los acontecimientos que fueron objeto de juicio. Ni quería ni, en cualquier caso, habría sabido hacerlo. Mis objetivos eran mucho más limitados: un análisis de los hechos dedicado a subrayar las divergencias y las convergencias entre historiadores y jueces. Estas últimas se apoyan, como ya he dicho, sobre todo en el uso de la prueba. Pero yo, a diferencia de los jueces (y de los historiadores que se dedican a la historia oral), no estoy en condiciones de participar en la producción de las fuentes que analizo. Solamente puedo, con la ayuda —unas veces solidaria y otras antagonista— de quienes me han precedido (jueces, testigos, acusados, transcriptores), participar en su desciframiento.

“Las declaraciones confesionales de Marino”, escribe el juez instructor Antonio Lombardi en su auto de procesamiento, en el capítulo “Las fuentes de pruebas”, “constituyen [...] por su calidad y cantidad, la fuente de pruebas dominante de este proceso.” Su sinceridad (explica el juez instructor)

es indudable. En el ánimo de Marino fue madurando poco a poco un disgusto irreprimible por los crímenes cometidos. Un profundo impulso ético lo llevó a denunciarse a sí mismo y a sus ex compañeros:

“Desde hace varios años”, empieza la confesión espontánea de Marino, “iba arraigándose en mi interior la convicción, dictada por sentimientos morales y religiosos, de confesar a las autoridades competentes hechos y circunstancias en que me vi implicado entre finales de los años sesenta y principios de los setenta, cuando militaba en las filas del movimiento extraparlamentario Lotta Continua. Estando seguro de que nunca había sido yo objeto de sospecha alguna, y no habiendo tenido nunca nada que ver con la justicia, desde hace 3 ó 4 años surgió en mi interior un imperativo, una exigencia de informar sobre todo lo que hice en un contexto político del que me separé hace 15 años [...] Aun considerando que muchos no podrán creerme, he decidido confesar cuanto hice o cuanto llegué a saber sobre todo por respeto a estos chicos [sus dos hijos]” (*inf. test.*, p. 1).²⁵

Los robos en que participó (por lo menos los anteriores a 1976) fueron efectuados –según Marino– por una estructura ilegal de Lotta Continua encabezada por Pietrostefani. En cuanto al homicidio de Calabresi, éste fue discutido en una reunión de la ejecutiva de Lotta Continua, sometido a votación y aprobado por mayoría. Tras los responsables materiales –los militantes de base Bompresi y Marino– vemos perfilarse a los inductores –dos dirigentes prestigiosos como Sofri y Pietrostefani– que implican a los máximos niveles de la organización. Así pues, quien mató a Calabresi fue, en el sentido más completo del término, Lotta Continua.

Pero el juez instructor sabe perfectamente que la aseverada sinceridad del arrepentimiento de Marino no es suficiente para garantizar la veracidad de sus

confesiones. “Han sido halladas abundantes concordan-
cias en las declaraciones de los testigos en torno
a un mismo punto y (en lo que a importantes detalles
se refiere) también de otros acusados; se han halla-
do, en fin, inequívocas coincidencias con averigua-
ciones de la policía judicial, inspecciones oculares
judiciales y peritajes sobre armas.” “Ciertamente”,
continúa el juez instructor, “no todas las declaracio-
nes son siempre pormenorizadas y meticulosas en lo
que a los detalles se refiere; en ocasiones son *de re-
lato*; pequeños errores, olvidos, imprecisiones, su-
perposiciones de recuerdos siempre están presentes,
inevitablemente, en la reconstrucción de episodios
tan numerosos acaecidos hace tantos años [...] Estos
pequeños errores, con todo, han sido”, en opinión
del juez instructor, “superados por el cuidadoso con-
trol de las referencias ligadas a las incitaciones a la
complicidad” (*Ordinanza-sentenza*, pp. 70-71).²⁶

Aquí los “pequeños errores” se configuran como
obstáculos marginales posteriormente “superados”.
Sin embargo, más adelante se convierten en una ga-
rantía de autenticidad: “La valoración de la intima-
ción a la complicidad [...] se hace en términos realis-
tas; pretender que la narración de tantos hechos y
circunstancias dé un relato totalmente carente de
errores o de contradicciones marginales equivaldría
a pretender una capacidad sobrehumana en el decla-
rante, en este caso, en Marino cuyo relato manifies-
ta, pues, su propia espontaneidad precisamente en la
existencia de pequeños errores o contradicciones
marginales al narrar hechos acaecidos hace tantos
años. El problema de fondo es establecer si los even-
tuales pequeños errores o contradicciones pueden
comprometer la validez probatoria de todo el relato.
Y, en opinión del juez instructor, esto puede deci-
didamente excluirse en lo que a la completa narra-
ción del acusado se refiere” (*Ordinanza-sentenza*,
pp. 91-92).

Veamos pues los “pequeños errores” que, como reconoce en el auto de procesamiento el juez Lombardi, cometió Marino al relatar el asesinato de Calabresi.

a) El color del Fiat 125 robado y posteriormente utilizado en la emboscada. Era azul, y no marrón claro, como sostuvo en un primer momento (posteriormente dijo haberse confundido con un coche robado en Massa para cometer un robo).

b) El camino seguido para alejarse del lugar del delito. En la confesión hecha en la fase de instrucción Marino declaró haber dejado la calle Cherubini metiéndose por la calle Giotto o por la calle Belfiore hacia la plaza Wagner. Sin embargo, según los testimonios oculares, los autores del atentado tomaron la calle Cherubini y giraron en la calle Rasori, dirigiéndose a la calle Ariosto esquina calle Alberto da Giusano, donde abandonaron el 125 azul con el motor en marcha (véase el plano). Cuando Adriano Sofri puso de relieve en la fase de instrucción esta clamorosa discordancia, los investigadores replicaron que Marino, poco familiarizado con los nombres de las calles de Milán,²⁷ había descrito el camino de la huida sirviéndose de un plano de las calles que el ministerio público le había “sometido al revés”. Marino, “al examinar la calle Cherubini en sentido inverso, indicando que había girado inmediatamente a la derecha, leyó el nombre de la calle Giotto o de la calle Belfiore en vez de la calle Rasori”, se lee en el auto de procesamiento. Ahora bien, la torpe expresión utilizada por los investigadores —“sometido al revés”— evidentemente quiere indicar que el plano de las calles estaba orientado, respecto de quien lo usaba (Marino), en dirección sur-norte, en vez de nortesur. Llegados a este punto son posibles dos hipótesis: Para poder leer los nombres de las calles, que esta

ban escritos “al revés”, Marino pidió al ministerio público que diera vuelta al plano en el sentido normal norte-sur; o, al no conseguir descifrar los nombres de las calles, indicó al ministerio público el camino recorrido. En ambos casos éste no se percata de que el camino indicado por Marino se contradice no sólo con las descripciones de los testimonios oculares, sino también con el lugar en que fue encontrado el 125 azul. Al intentar encubrir su propia chapuza, los investigadores atribuyen plenamente al acusado el desaguizado: “En conclusión, Marino ha descrito pues a la perfección la ruta de fuga principal y la subordinada (la efectivamente seguida)” (p. 257).

En este caso la versión de Marino fue reconocida como errónea (aunque con cierto retraso) por el juez Lombardi y por el fiscal Pomarici. No había alternativas: está claro que cualquier descripción de la ruta de fuga debía conducir necesariamente al 125 azul abandonado por los autores del atentado en la calle Ariosto esquina con la calle Alberto Giussano. Pero en conjunto, la instrucción ofrece una valoración muy distinta de la confesión de Marino. En el capítulo del auto de procesamiento titulado *Averiguaciones*, dedicado a la preparación y ejecución del homicidio de Calabresi, se afirma (p. 264) que el relato de Marino no sólo “concuerda perfectamente” con la reconstrucción efectuada por la policía, sino que además permite “reconsiderar [en él] alguna inexactitud”. En otras palabras, en vez de buscar coincidencias objetivas en la confesión del acusado, la instrucción se sirve de esta última como piedra de toque para validar (y eventualmente descartar) las declaraciones de los testigos oculares.

El presidente de la Audiencia de lo Criminal de Milán, Manlio Minale, estableció desde el principio del juicio que no estaba dispuesto a aceptar ciegamente los resultados de la instrucción dirigida por el juez Lombardi y por el fiscal Pomarici (que había efectuado por sí solo los cuatro primeros interrogatorios de Marino). La credibilidad del acusado tenía que ser controlada de arriba abajo. Desde el primer interrogatorio de Marino en la sala (9 de enero de 1990) fueron puestos en duda los profundos motivos éticos de su arrepentimiento. El presidente observó que, poco antes de dirigirse al párroco de Bocca di Magra para hablarle de su arrepentimiento, Marino había cometido otro robo (*dibattim.*, p. 14). “En esencia”, le preguntó el presidente en un momento dado, “¿si hubiera encontrado el dinero habría seguido llevando la misma vida y habría acallado un poco su conciencia o no?” (*dibattim.*, p. 28). En el siguiente interrogatorio (10 de enero de 1990) el presidente hizo ver a Marino que en la instrucción había dado tres versiones distintas de la fase preparatoria del homicidio de Calabresi. *Primera versión*: Marino se encuentra en varias ocasiones con Bompresesi, acepta participar en el atentado y recibe en Pisa, por parte de Sofri y de Pietrostefani (13 de mayo de 1972), la confirmación de la decisión tomada por la ejecutiva. *Segunda versión*: Marino recibe la primera propuesta de Bompresesi, recibe instrucciones pormenorizadas de Pietrostefani y solventa las últimas dudas en Pisa con Sofri, en un encuentro en el que participa también Pietrostefani (*dibattim.*, pp. 39-42). *Tercera versión*: el homicidio es preparado en una serie de discusiones de “grupo”, sin más especificaciones (Marino, al contestar, lo hace coincidir a continuación con Pietrostefani, Bompresesi y él mismo). En el curso del juicio oral surge una *cuarta versión*, que

suprime a Pietrostefani del encuentro de Pisa.²⁸ Las razones de este desdecirse de Marino son fácilmente descifrables. En el curso de la instrucción Pietrostefani había puesto de relieve que un clandestino, como él entonces, difícilmente se habría dejado ver en Pisa, donde era muy conocido, y menos en un día en que toda la ciudad estaba dominada por las fuerzas del orden (Lotta Continua había emitido una convocatoria en memoria del joven Franco Serantini, muerto sin auxilios en la cárcel pocos días antes, debido a los porrazos propinados por la policía durante una manifestación). ¿Por qué, entonces, objetó el presidente, había declarado Marino al ministerio público que Pietrostefani había asistido “de cerca o de lejos” a la reunión de Pisa? Marino queda visiblemente turbado:

“Pero mire, yo, cuando hice, digamos, esta primera declaración, en la que tan espontáneamente y de buenas a primeras dije que había estado en contacto con Pietrostefani y con Sofri, quería decir que había hablado primero con uno y luego con el otro del asunto. Evidentemente no estaba... Es decir, no me daba cuenta de que en aquel momento era importante especificar bien con quién había hablado primero y con quién después, los lugares, etc., etc. Más tarde, rememorando... En efecto, en Pisa hablé exclusivamente con Sofri, si bien, repito, había tenido antes ocasión de verme con Pietro [es decir, Pietrostefani] otras veces y de discutir con él sobre estos asuntos...” (10 de enero de 1990; *dibattim.*, p. 71).

V

Marino habla de equivocación aislada, cometida “espontáneamente y de buenas a primeras”. Sin embargo, se trata de uno de los muchos retoques por él in-

troducidos en las versiones de este episodio crucial sucesivamente enunciadas en el curso del proceso.

Interrogatorio del 21 de julio de 1988: "Mientras tanto acaeció en Pisa la muerte de Serantini, que precedió en algunos días al homicidio del comisario Calabresi; recuerdo que hubo una manifestación imponente en la que participaron muchísimos miembros de Lotta Continua; también hubo una reunión dirigida por Adriano Sofri. *Inmediatamente después de dicha reunión Sofri y Pietrostefani se me acercaron; recuerdo que primero fuimos a beber algo a un local público y después salimos a discutir por la calle.* Ellos me confirmaron que la decisión procedía de la Ejecutiva Política, diciéndome que el momento había madurado como resultado de la muerte de Serantini: la decisión se había tomado previamente por las mismas motivaciones que me habían sido comunicadas por Enrico [Bompressi], pero era oportuno acelerar el momento precisamente para reaccionar ante la muerte de Serantini y aprovechar así la ira que dicho episodio había despertado en los miembros de la organización. Entonces yo manifesté mi acuerdo. En el curso de aquella conversación me fueron dadas directivas de carácter general: me dijeron que si en algún momento éramos detenidos, teníamos que declarar que habíamos actuado de modo completamente espontáneo y debido a decisiones individuales, a fin de mantener ajena a la organización. También me garantizaron asistencia legal por medio de abogados que no fueran asociados a Lotta Continua, si bien no asistencia financiera, que hubiera supuesto consecuencias para mi indemnidad. No me dijeron nada desde el punto de vista específicamente operativo, sólo que tenía que volver a Turín y esperar noticias" (*verb.*, pp. 8-9; la cursiva es mía).

Interrogatorio del 29 de julio: Marino, en presencia del juez instructor Lombardi y del fiscal Pomarici (y ya no sólo de este último) confirma cuanto ha

dicho. Pero en lo que se refiere a la versión precedente, la presencia de Pietrostefani en Pisa queda más atenuada:

“Recuerdo perfectamente que, tras la reunión, me aparté para hablar con Sofri y Pietrostefani. En aquella ocasión hablé principalmente con Sofri, que era el jefe reconocido de Lotta Continua” (istrutt., p. 3; la cursiva es mía).

En el interrogatorio del 17 de agosto Pietrostefani adopta perfiles cada vez más desvaídos:

“...he de decir que antes de la muerte de Serantini el homicidio de Calabresi ya se había preparado detalladamente; aunque no hubiera muerto Serantini, igualmente habríamos matado a Calabresi, sólo que la acción estaba prevista para unos veinte días más tarde de la fecha en que fue ejecutada. En realidad la muerte de Serantini sólo sirvió para acelerar el momento. De hecho, apenas nos enteramos de dicha muerte. Pietro [Pietrostefani] me llamó a Turín y me dijo que la ejecutiva había decidido anticipar el momento y aprovechar, por lo tanto, la ira de los compañeros provocada por la muerte de Serantini. Así pues, añadió que la acción ya estaba decidida, y si quería que me lo confirmaran y deseaba hablar con Sofri, al que sabía que yo estaba muy ligado, tenía que ir a Pisa a su reunión, donde lo encontraría y me confirmaría la decisión de la ejecutiva. Y por tal motivo fui con Buffo a la reunión de Pisa y hablé con Sofri como ya he expuesto. De modo que, en efecto, en Pisa hablé exclusivamente con Sofri, pues con Pietro no necesitaba hablar tras las largas conversaciones mantenidas con él en Turín sobre la necesidad de la acción y sobre sus preparativos. Solamente necesitaba la confirmación de Sofri, quien estaba de acuerdo en cuanto a la acción; sólo tras haber hablado con él consentí de manera definitiva a participar en la acción. En Pisa estaban presentes también Brogi y Morini, si bien no asistieron a la conversación que tuve

con Sofri. *También estaba Pietrostefani, según recuerdo, aunque la conversación entre Sofri y yo fue directa.* Como ya he dicho, no recuerdo la intervención de Pietrostefani en la discusión que tuvimos Sofri y yo, pues con aquél no tenía yo motivo alguno para hablar” (*istrutt.*, p. 12; la cursiva es mía).

Careo con Sofri el 16 de septiembre de 1988:

“Quiero precisar que la decisión de matar al comisario Calabresi ya había sido tomada antes de la muerte del anarquista Serantini en Pisa, pero se decidió actuar antes precisamente para dar una respuesta a tal hecho. Para ello me dirigí a Pisa en compañía de Laura Buffo, en su coche, especialmente para tener una conversación con Adriano. Aquel día había en Pisa dos reuniones: una del Partido Comunista y otra de Lotta Continua. Fui a la reunión de Lotta Continua, en la que estaba Adriano Sofri. *Tras la reunión saludé a Sofri y nos apartamos para hablar, creo que a solas,* y en aquella ocasión Adriano me confirmó todo lo que ya me había dicho Pietrostefani; y estaba preocupado, pues me dijo que la decisión ya había sido tomada y me confirmó que era mejor acelerar el momento de la acción” (*cfr.*, p. 5; la cursiva es mía).

El abogado Ascari preguntó el significado del inciso “creo que a solas”. Marino precisó: “*Yo hablé a solas con él,* aunque en la plaza había mucha gente” (*cfr.*, p. 6; la cursiva es mía).

Sofri y Pietrostefani juntos; especialmente con Sofri; exclusivamente con Sofri; sólo con Sofri. En el curso de esta secuencia la figura de Pietrostefani cada vez se aleja más de la escena de la conversación: pero a la pregunta de los investigadores de si estaba físicamente presente entre los dirigentes de Lotta Continua que rodeaban a Sofri tras la reunión, Marino responde de modo contradictorio (“creo que Pietrostefani estaba presente”, “no sé si Pietrostefani estaba presente”).²⁹

La duda sólo desaparece en el juicio oral (10 de enero de 1990). Marino es acosado por el presidente. Vemos cómo ante nuestros ojos Pietrostefani desaparece, se disuelve: "No recuerdo haber visto a Pietrostefani [...] Personalmente yo estoy convencido de que estaba allí, pero no puedo, digamos, afirmarlo con seguridad [...] Repito que yo hablé en Pisa solamente con Sofri. En aquel momento no estaba Pietrostefani, no lo vi y no lo recuerdo" (*dibattim.*, pp. 72-73).

Pero la descripción de la conversación con Sofri está punteada por otras inseguridades y contradicciones. En un primer momento Marino abunda en detalles. Interrogatorio del 17 de agosto:

"Para completar la descripción del episodio de la conversación mantenida con Sofri en Pisa antes del atentado, al confirmar las declaraciones precedentes debo añadir que Sofri me dijo que tenía una gran fe en mí y en Enrico [Bompressi] y además volvió a tranquilizarme diciéndome que, si eventualmente yo fuera capturado o muerto, habría quien se ocuparía de mi familia y particularmente de mi hijo. Lo que me frenaba para la acción era el hecho de tener un hijo pequeño, y me preocupaba cómo podría mantenerse en caso de que yo cayera o fuera detenido. Él me dio las garantías más amplias asegurándome que se ocuparía de todo, y a este propósito me habló además de un industrial de Reggio Emilia con quien ya había tratado, y que en la eventualidad de mi caída se haría cargo de todos los gastos ocasionales que tuviera mi familia" (*istrutt.*, p. 13).

Todo esto fue repetido punto por punto por Marino en el careo con Sofri (16 de septiembre) con una precisión: "Dicha conversación duró alrededor de diez minutos" (*confr.*, p. 6). Sofri tomó nota de ello con evidente sarcasmo. Y ciertamente cuesta encajar en un periodo de tiempo tan breve un diálogo en que se habrían alternado dramáticamente las preocupa-

ciones de Marino, las argumentaciones y garantías de Sofri y finalmente la decisión de Marino de participar en el plan homicida. Pero en las respuestas de Marino a las preguntas del presidente estos minutos todavía se abrevian más hasta casi disolverse: "Este encuentro, debo decirlo, se desarrolló brevemente..." (*dibattim.*, p. 64); "...de hecho, este discurso no llevó tanto tiempo, en el sentido de que él [Sofri] era conocedor, digamos, del proyecto, o sea que no me quedé allí discutiendo los detalles" (*dibattim.*, p. 66). Un diálogo breve, sucinto, casi burocrático.

Sofri afirma que este diálogo (que, de ser probado, constituiría el único elemento en su contra) nunca tuvo lugar; y añade que Marino, al inventárselo, olvidó dos circunstancias que lo hacían inverosímil. Sofri se lo recordó en el curso del careo (*confr.*, pp. 6-7). La primera es la densa lluvia que cayó en Pisa la tarde del 13 de mayo de 1972, durante y después de la reunión; la segunda es la visita que Marino, al atardecer del mismo día, hizo a Sofri, que se encontraba en la casa de su ex mujer.³⁰ ¿Por qué hablar en la calle bajo la lluvia, en un sitio rodeado de policías, en vez de hacerlo en un piso donde habría sido fácil hablar cómodamente, sin testigos?

Otras contradicciones fueron puestas de relieve por el presidente. Sofri había dicho que a aquella conversación "iba tranquilo porque tanto él como los demás compañeros tenían gran fe en mí [*es Marino quien habla*] y en Ovidio" (*dibattim.*, pp. 68-69). Pero esto, objetó el presidente, "contrasta de lleno" con una afirmación precedente del mismo Marino: que durante mucho tiempo, y todavía en aquella fecha, sólo conocía a Bompreschi como "Enrico". Marino, entre la espada y la pared, se traga lo que acaba de decir: Sofri habló exactamente de "Enrico". El mismo tejemaneje se repite respecto de la llamada telefónica de confirmación sobre la fecha del atentado: ¿quién se la había anunciado de antemano a Ma-

rino? ¿Sofri? Marino, que en un primer momento había respondido negativamente, presionado por el presidente cambia de idea: fue precisamente Sofri. Pero cómo, replica el presidente: "Ahora, hace un segundo, ha dicho que no, Marino... ¡Tranquilícese! Hace un segundo ha dicho que no. A fin de cuentas todo esto está grabado: así que cuando vayamos a leerlo... ¿Comprende? Da la impresión de que usted lo dice y no lo dice" (*dibattim.*, pp. 73-74). A los pocos días (15 de enero) el presidente, antes de terminar la primera tanda de interrogatorios de Marino en la sala, plantea una nueva dificultad. Marino acaba de admitir que alguien le telefoneó a Turín para advertirle que todo estaba preparado para el atentado: pero él, Marino, ¿había advertido a los demás que estaba dispuesto a participar? "Efectivamente", comenta el presidente, "el organizador todavía no tenía la seguridad de su adhesión, hasta el punto de que Pietrostefani le dijo: «Tú todavía tienes alguna duda. Si tienes alguna duda, vete a Pisa». Él fue a Pisa y resolvió la duda. De hecho, al haber desaparecido sus reservas, ¿no se lo comunicó a Pietrostefani?"

Marino: No.

Presidente: ¿No volvió a verlo Pietrostefani?

Marino: No.

Presidente: Entre el 13 y el 17...

Marino: Volví a verlo... no, no... Volví a verlo más tarde...

Presidente: ¿Tampoco vio a Enrico [Bompressi]?

Marino: No.

Presidente: ¿Así pues, Enrico ya se había ido por su cuenta?

Marino: Sí, posteriormente me lo encontré en Milán...

Presidente: Quiero decir que, ¿se había dado vía libre a la operación incluso antes de que usted hubiera manifestado su adhesión plena?

[Nota del transcriptor: ante la pregunta plantea-

da por el presidente, el acusado Marino no responde.]

Presidente: ¡Bien, de modo que esto no lo sabe!

Marino: Esto no lo sé.

Presidente: El dato objetivo es que Enrico ya se había ido antes del 13, ¿y usted no comunicó posteriormente nada sobre su plena adhesión a Pietrostefani?

Marino: No. (*dibattim.*, pp. 281-82).

VI

Como se recordará, el proceso ha sido definido por Luigi Ferrajoli como “caso único de «experimento historiográfico»”. El juez que dirige el interrogatorio de los acusados y de los testigos (“las fuentes actúan *en vivo*”) se comporta como un historiador que confronta, para analizarlos, diversos documentos. Pero los documentos (los acusados, los testigos) no hablan por sí solos. Como subrayó hace más de medio siglo Lucien Febvre en su lección en el Collège de France, para hacer hablar a los documentos es preciso interrogarlos planteándoles preguntas adecuadas:

“...el historiador no se mueve vagando al azar por el pasado, como un traperero en busca de trastos viejos, sino que sale con un plan preciso *in mente*, un problema que resolver, una hipótesis de trabajo que verificar. Decir: «esa actitud no es científica» ¿no será quizá mostrar simplemente que no se sabe mucho de la ciencia, de sus condiciones y de sus métodos? El histólogo, al acercar el ojo a la lente de su microscopio, ¿acaso aferra de inmediato los hechos en bruto? Lo esencial de su trabajo consiste en crear, por así decirlo, los sujetos de su observación con ayuda de técnicas frecuentemente complicadas; y luego, una vez tomados estos sujetos, en «leer» sus

sujetos y sus preparados. Labor ardua, ciertamente. Porque describir lo que se ve, pase; pero ver lo que se debe describir, eso es lo difícil".³¹

Estas consideraciones, al menos en principio, parecen bastante obvias (al nivel de la investigación propiamente dicha lo son mucho menos). Desarrollando la analogía propuesta por Ferrajoli podemos intentar ampliarla del ámbito historiográfico al judicial. A nadie debe sorprender (ni mucho menos escandalizar) que el juez instructor Lombardi y el fiscal Pomarici se hayan guiado en su investigación por "un plan preciso *in mente*, un problema que resolver, una hipótesis de trabajo que verificar". La cuestión es otra: la calidad de las hipótesis elaboradas. Estas deben *a)* estar dotadas de una enérgica fuerza explicativa; y en el caso de que los hechos la contradigan, deben *b)* ser modificadas o simplemente abandonadas por completo. Si esta última circunstancia no se verifica, el riesgo de caer en el error (judicial o historiográfico) es inevitable.

Al leer las actas del juicio se tiene la impresión clarísima de que la hipótesis de trabajo de que partió el presidente Minale era muy distinta de la que guió al juez instructor Lombardi y al fiscal Pomarici. En el curso de cuatro largos interrogatorios (9, 10, 11 y 12 de enero de 1990), seguidos de las preguntas de los abogados (12 y 15 de enero), el presidente presiona a Marino. Poco a poco surgen los puntos débiles, las contradicciones, las inverosimilitudes de sus confesiones. Se resquebrajan gravemente las acusaciones a los presuntos inductores y, por consiguiente, los intentos de implicar a Lotta Continua, en tanto que organización, en el asesinato de Calabresi. Y no sólo esto: tanto de las embarazosas respuestas de Marino como de las objeciones del presidente surge, como se ha visto, una circunstancia completamente inverosímil: que quien preparaba el atentado no se había preocupado, a cuatro días de la fecha prevista,

de asegurarse de que el conductor designado (el propio Marino) hubiera aceptado tomar parte en la acción. Quien lea los interrogatorios de Marino efectuados en la sala no puede sustraerse a la impresión de que el proceso está encaminándose, bajo la dirección del presidente, en una dirección muy distinta de la que con posteridad efectivamente tomó. ¿Es una ilusión óptica retrospectiva o se trata, hasta cierto punto, de un giro? ¿Acaso la hipótesis de trabajo formulada inicialmente por el presidente Minale fue corregida por él mismo basándose en elementos nuevos surgidos en el curso del juicio oral?

VII

Aparte de los elementos nuevos, en el curso del juicio hubo una verdadera sorpresa escénica. El 20 de febrero de 1990 un testigo convocado por el tribunal —el sargento mayor Emilio Rossi— declaró, ante el estupor general, que Marino se había presentado por primera vez en el puesto de carabineros de Ameglia el 2 de julio de 1988: no el 19, pues, como había dicho en la instrucción. El sargento mayor Rossi dijo que Marino le había parecido “extraño (es decir, agitado y un poco tenso)”. Había dicho que quería hablar de cuestiones “delicadas”; se había puesto a contar su vida, hablando de “episodios de cierta gravedad” ligados al periodo en que fue militante de Lotta Continua, hacía veinte años; y había aludido, si bien manteniéndose siempre en un nivel de generalidades, a un “hecho específico”, que al parecer era “más grave que los demás”, acaecido en Milán. El sargento mayor Rossi se había puesto en contacto con su superior directo, el capitán Maurizio Meo, comandante de la compañía de Sarzana. El capitán Meo se había entrevistado con Marino inmediata-

mente, en la noche del 2 al 3 de julio. Fue Marino quien pidió que el encuentro tuviera lugar después de la una de la madrugada, hora en que dejaba de trabajar (en verano vendía *crêpes* en una camioneta en Bocca di Magra). Una vez más Marino había hablado, siempre en términos vagos, de un "grave hecho que había tenido lugar en Milán". El 4 de julio (el 3 era domingo) el capitán Meo había telefoneado al comandante del batallón pidiendo autorización para ir a Milán a hablar del caso con el teniente coronel Umberto Bonaventura, del Reparto Operativo. El 5 de julio Meo se había visto con Bonaventura en Milán; en la noche del 5 al 6 tuvo una nueva conversación con Marino en Ameglia; en la noche del 7 al 8 (y posteriormente otra vez en la noche del 13 y en la mañana del 19) Bonaventura había acudido a Sarzana para encontrarse con Marino. Todo esto fue confirmado, con el añadido de muchísimos pormenores, por el capitán Meo y por el teniente coronel Bonaventura, llamados también a testimoniar el 20 y el 21 de febrero ante la Audiencia de lo Criminal de Milán (*dibattim.*, pp. 1582-1635; 1690-1723).

De modo que Marino había mentido sobre un punto decisivo —el laborioso inicio de sus propias confesiones— al juez instructor Lombardi y al fiscal Pomarici. Actualmente sabemos que la instrucción formal dirigida por ellos estuvo precedida por una fase, de diecisiete días de duración, en que Marino sostuvo una serie de conversaciones informales en los cuarteles de los carabinieri de Ameglia y Sarzana. No existen actas ni otros rastros documentales de estas conversaciones. Pero esto no es todo. Es sorprendente la hora, casi siempre nocturna: los carabinieri la justifican por el horario laboral de Marino; si bien se descubre que no trabajaba por la mañana. Y además, ¿por qué tantas consideraciones con Marino? En este punto llegamos a otra cosa extraña, quizá la más extraña: la desproporción entre lo gé-

rico de las confesiones de Marino en esta fase y el interés que suscitan en niveles jerárquicos cada vez más elevados. La referencia de Marino a “un hecho grave acaecido en Milán” veinte años antes, seguida por la declaración de que “agradecería dirigirse a un nivel superior” (es el sargento mayor Rossi quien habla: *dibattim.*, p. 1583-84) es de una eficacia inmediata. El capitán Meo se apresura a entrevistarse con Marino, aunque a continuación sólo obtenga lamentos, declaraciones de arrepentimiento y la habitual referencia a “un hecho grave que tuvo lugar en Milán” (*dibattim.*, p. 1601). No es gran cosa, se diría, pero sí lo suficiente para arrancar de Milán, aquella misma noche, a un personaje como el coronel Bonaventura, un experto en la lucha contra el terrorismo que había sido el principal colaborador del general Dalla Chiesa. Ahora bien, Bonaventura se había ocupado de modo asiduo precisamente del homicidio de Calabresi: pero esto (se nos dice) es una mera coincidencia, porque Marino reveló su propia participación en el homicidio de Calabresi más adelante, en la fase de instrucción, y precisamente el 21 de julio, durante el segundo interrogatorio dirigido por el fiscal Pomarici (*verb.*, pp. 7 ss.).

Los dos primeros encuentros entre el coronel Bonaventura y Marino discurrieron sin fruto. En el curso del tercero el coronel dijo más o menos lo siguiente (de nuevo es el capitán Meo quien narra):

“Marino, aquí hay que decidirse: a fin de cuentas, no podemos estar aquí hablando de sus problemas personales y de su familia, cuando seguramente usted ha acudido para decirnos alguna cosa, cosa que ahora no nos quiere decir... ni nos la dice ni nos da a entender de qué quiere hablar. Vamos a Milán. Escribamos algo y veamos si se convence usted de que ha de decirnos algo, y algo más, de modo que podamos comprender un poco de qué quiere usted hablarnos; porque es inútil que nos hable de ese hecho grave...

un hecho grave... un hecho grave, sin explicarnos de qué está hablando”.

¿Pero cómo es que Marino –preguntó el presidente– consintió en acudir a Milán? El capitán Meo, con palabras un tanto confusas, intenta explicarlo:

“...al principio nosotros intentamos hacerle hablar o hacerle escribir u obligarle de algún modo para saber de qué quería hablar. Tal era entonces su resistencia al diálogo. Tras darle vueltas, quizá comprendimos... «Quizá sea mejor que en Milán... Puesto que el hecho grave lo cometió usted en Milán, o fue cometido en Milán ese hecho del que sabe algo y del que quiere hablar... quizá Milán pueda desbloquear la situación»” (*dibattim.*, p. 1615).

“Puesto que el hecho grave lo cometió usted en Milán...”: un desliz inmediatamente corregido (“o fue cometido en Milán ese hecho del que sabe algo”). Está claro que si en esta fase de las conversaciones no recogidas en actas Marino habría confesado un delito específico, los carabinieri habrían debido –una vez efectuados los correspondientes controles– poner a Marino en manos del magistrado competente, a fin de que se diera inicio a una instrucción formal. Pero tras esta eventual omisión asoma otra posibilidad mucho más inquietante: que en aquellos diecisiete días se hubiera hablado, en los cuarteles de Ameglia y Sarzana, también del homicidio de Calabresi. Nacería entonces de forma inevitable la sospecha de que las confesiones de Marino en la fase de instrucción hubieran sido manipuladas o claramente confeccionadas de antemano de acuerdo con los carabinieri. Pero el testimonio autorizado del coronel Bonaventura aleja cualquier duda. Todo se sumerge en una tupida niebla, incluso las referencias a Milán que reaparecen periódicamente en el discurso de Marino: “el discurso de conjunto es éste. Graves hechos relativos al Norte, y así sucesivamente. Luego la referencia a Milán... la cosa es que em-

pecé a avanzar un poco y... dije: «¿Se trata de hechos relativos a Milán? ¿Hechos relativos a Turín?» y así sucesivamente... Llegué a la convicción de que efectivamente se trataba, o podía tratarse, de algo referente a Milán [...]. ¿Por qué llegué a semejante convicción? Porque me dijo que conocía Milán, que había estado en Milán, que había frecuentado lugares de Milán... Sin hacer claramente una referencia específica". El coronel Bonaventura no sospechó que el "hecho grave" fuera el homicidio de Calabresi hasta el 20 de julio, en Milán, tras el primer interrogatorio recogido en actas:

"Fue cuando en un momento dado dijo: «Quiero hablar con el fiscal de la república de Milán, y... tengo mucho miedo, quiero hablar con el fiscal porque se trata de un hecho grave». Fue entonces cuando me pareció entender que, más que estar implicado en ese hecho grave, quizá se contaba entre los autores del hecho grave. Pues bien, aquello fue una... una especie de intuición mía. Un modo de pensar. Podía acertar o podía equivocarme [...] el hecho se centraba en Milán y se hablaba del año 72, creo. De modo que ya no se trataba, vagamente, de hace veinte años. La cuestión, pues, estaba bastante más..." (21 de febrero de 1990; *dibattim.*, pp. 1705-9).

Pero en las actas del interrogatorio del 20 de julio, observa el abogado Gentili (defensor de Sofri), no se habla del 72 (*dibattim.*, p. 1714). ¿Entonces?

"Pues bien", explica el coronel Bonaventura, "por lo que yo recuerdo fue contando la historia de su vida, y luego fue hablando de los contactos que tenía... que había estado en Milán, que había estado en Turín... El hecho de que yo haya podido decir que mi atención corría paralela, que pensé en Calabresi porque él habló del 72 quizá haya sido impreciso, presidente, pero en mi mente se había disparado el discurso del hecho grave de Milán. Por eso lo llevé al fiscal, no podía tratarse más que de aquello. Además

no se refería a hechos antiguos. Ni Piazza Fontana, ni Annarumma, o sea que... Digamos que su discurso no estaba, en cierto modo, basado en aquellos hechos. No me había hablado de que hubiera estado en Milán en los años sesenta. No me había hablado de desórdenes públicos... De modo que esto es un poco lo que..." (*dibattim.*, pp. 1714-15).

VIII

En los relatos de los tres carabinieri todo encaja (casi) perfectamente. Pero la suya es una construcción carcomida que al primer golpe se derrumba entre una polvareda de frases inconexas. Ninguna persona sensata creará que un prestigioso experto en antiterrorismo se traslade por tres veces, de noche, de Milán a Sarzana únicamente con el fin de oír las vagas referencias a un "hecho grave" repetidas durante horas, entre lamentos y silencios, por un desconocido vendedor de *crêpes*.³² Es mucho más verosímil suponer que Marino, en sus entrevistas con los carabinieri, hablara del "hecho grave" en términos más precisos, traicionados por el resbalón del coronel Bonaventura ("el hecho se centraba en Milán y se hablaba del año 72"). Además, también otro testigo, el capitán Meo, incurre en una distracción análoga:

"El hecho grave [Marino] lo identificó como un grave episodio criminal acaecido en Milán y, si no me equivoco, y puesto que debe estar escrito... lo que está escrito en el acta que remití, me parece que lo localizaba en el 72, o algo parecido" (*dibattim.*, pp. 1620-21).

El abogado Gentili ha subrayado que en las actas del interrogatorio del 20 de julio, desarrollado en las oficinas del centro operativo de los carabinieri en Milán, no se habla del 72. Dado que el capitán Meo

declara haber asistido al interrogatorio, podemos deducir de ello que las actas no son —por lo menos en este punto— fidedignas.³³ Conclusión desconcertante. Pero todavía más desconcertante es una pregunta del presidente, provocada por el testimonio del capitán Meo.

Cuando oyó por primera vez el nombre de Marino, el coronel Bonaventura (relata Meo) preguntó: “¿Y quién es esa persona?”.

“El coronel, ante la referencia al 72, ¿no llegó a identificar el hecho grave?”, inquirió el presidente (*dibattim.*, p. 1602).

En el momento en que fueron pronunciadas estas palabras ni el capitán Meo ni el sargento mayor Rossi habían hecho todavía, en sus testimonios, referencia específica al 72. La primera vez Marino había hablado de “hechos de hace veinte años... de un grave hecho acaecido en Milán hace muchos años” (*dibattim.*, 1597-1598); la segunda, de “un hecho grave sucedido en Milán... hace unos veinte años” (*dibattim.*, p. 1583). La observación del presidente parece, pues, totalmente injustificada. Se diría que ello había hecho aflorar involuntariamente una verdad de la que el propio presidente, el sargento mayor Rossi, el capitán Meo, el coronel Bonaventura y, naturalmente, el acusado Marino estaban al corriente: esto es, que la relación de aquellos encuentros nocturnos no recogidos en actas, exhibida en la sala con gran abundancia de detalles pintorescos, simplemente no correspondía a la verdad. Pero es obvio que una suposición tan grave no puede ser formulada basándose en un único e inquietante indicio.

IX

Y sin embargo, ante tantas contradicciones e incongruencias, ¿cómo estar seguros de que la versión de

los hechos dada en la sala por los tres carabinieri sea la verdadera y no meramente la última en el tiempo?³⁴ Probablemente nunca sabremos qué se dijeron verdaderamente Marino y el coronel Bonaventura en el cuartel de Sarzana. Es más, la propia existencia de aquellas conversaciones nocturnas tendría que haber permanecido desconocida. Sin muchas ceremonias, el coronel Bonaventura descarga la responsabilidad de estos silencios forzosos sobre los magistrados milaneses: "Hemos estado suficientemente vinculados [...] a la autoridad judicial como para mantener la más estricta reserva..." (*dibattim.*, p. 1720).

Así pues, ¿Lombardi y Pomarici estaban enterados? Pomarici dijo de inmediato que las revelaciones hechas en la sala por el sargento mayor Rossi eran para él completamente nuevas; sin embargo, posteriormente contó que los carabinieri convocados le habían telefoneado para informarle —o quizá para consultarle— sobre lo que dirían en la sala, y que él a su vez avisó de ello al jefe de la fiscalía. Según ulteriores declaraciones, las sesiones nocturnas con Marino en los cuarteles de los carabinieri le habían sido notificadas de una sola vez. ¿Cuándo? ¿Y por qué no había desmentido las declaraciones mendaces que había hecho previamente Marino en la instrucción, y posteriormente al principio del juicio oral?

En su calificación, Pomarici observó que algunos habían visto en el silencio de Marino sobre la verdadera fecha del inicio de sus contactos informales con los carabinieri "algo deshonesto, turbio, no claro". Pero si hubiera habido "algo deshonesto, turbio, no claro", objetó Pomarici, los carabinieri "evidentemente habrían cubierto a Marino": se habrían puesto de acuerdo previamente con él, y por ello "no habría existido la lealtad de los carabinieri, que han acudido al juicio oral a decir que no, que las cosas no habían sido exactamente así, que los primeros contactos formales se iniciaron el 2 de julio, que no se

iniciaron el 19-20 de julio. Por ello no entiendo de qué tipo de complot pueda tratarse".³⁵ Más adelante volveremos sobre esta conclusión (la inexistencia de un complot). Pero en lo que se refiere a una premisa, es preciso decir que la lealtad de los carabinieri se manifestó un poco tarde. Para que fuera desmentida la versión oficial tuvieron que pasar casi dos años: fue precisamente en la sesión del día 20 de febrero de 1990 cuando el sargento mayor Rossi transgredió, presumiblemente obedeciendo (como veremos) órdenes superiores, la consigna de silencio sobre aquellos diecisiete días de conversaciones. Pomarici tiene razón, no había un acuerdo previo entre los carabinieri y Marino sobre este punto: en el sentido de que la fecha verdadera no tendría que haber salido a la luz.

"Durante veinte meses no hablaron de ello, y después lo hicieron, no espontáneamente, desde luego, sólo porque y cuando fueron convocados a la sala", ha escrito Adriano Sofri en la memoria remitida a los jueces de Milán antes de que se constituyeran en tribunal.³⁶ Pero ¿por qué fueron convocados a la sala los carabinieri?

X

La causa inmediata se halla en la declaración hecha menos de un mes antes, el 26 de enero, por don Regolo Vincenzi, párroco de Bocca di Magra, llamado a testificar en el juicio. En la fase de instrucción Marino declaró haberse confiado a él, aunque no en confesión, "inmediatamente antes de las fiestas de navidad de 1987" (*istr.*, p. 27); y le había liberado del compromiso de secreto sobre aquel encuentro. Don Vincenzi, llamado a testificar (el 30 de julio de 1988), lo confirmó. En aquella ocasión Marino le reveló que había participado en hechos terroristas, di-

ciéndole que estaba profundamente arrepentido sobre todo de uno gravísimo. Le había dicho además que era “continuamente buscado por algunas personas en Bocca di Magra, y también espiado; pretendían, con gravísimas amenazas, que volviera a actuar en el mundo del crimen”; a estas personas les había respondido “que había terminado para siempre con el mundo del crimen terrorista y que no quería saber nada más del mismo”. En el juicio oral el presidente Minale insistió en saber algo más, pero no obtuvo gran cosa.

Palabras de Marino sobre las amenazas: “No me refería a amenaza en aquel momento. Era un discurso más genérico sobre mi vida... sobre mi vida pasada... evidentemente el párroco no entendió del todo bien lo quería decir...” (*dibattim.*, p. 11).

Pero ¿quién lo había amenazado?

“Eran personas que provenían de antiguas experiencias políticas que habíamos pasado juntos. Eran personas con las que anteriormente yo había tenido militancia política. Habían participado en huelgas, marchas, manifestaciones, violencias, etc. Se trataba de aquel núcleo restringido que efectuaba acciones ilegales por encargo de la organización. Por lo que a esas personas las reconocía en este contexto” (*dibattim.*, p. 16).

Pero en el curso del juicio oral Marino acabó retractándose por completo:

“Yo, cuando hablé con el párroco... Al hablar de amenazas me refería a las amenazas que recibí años atrás y, evidentemente, el párroco no me entendió o...” (*dibattim.*, p. 51).

También don Vincenzi, llamado a testificar ante la Audiencia de lo Criminal de Milán, en el acto pareció querer corregir o incluso retractarse de lo que había dicho en la instrucción. La conversación con Marino había tenido lugar a finales de octubre, no dos semanas antes de Navidad. Marino le había parecido

tranquilo, porque además durante el verano había ganado mucho. “¿Y los espionajes?” preguntó el presidente. Sí, don Vincenzi recuerda que Marino le había mentado “un intento de implicarle en otros hechos”; pero no se había hablado de amenazas o de espionajes. El presidente se mostró sorprendido, casi amenazador. (“Escuche, usted es testigo. En tal caso la detención en la sala no está contemplada, pero...”) Don Vincenzi terminó confirmando, con evidente malestar, su propio testimonio de hacía casi dos años. Pero el presidente no le dio tregua:

“¿Vio en la región, en los días precedentes al encuentro con Marino, a personas extrañas, personas nuevas?”.

Don Vincenzi: Vi a personas en coche que estaban situadas en posiciones estratégicas. Y es que yo estas cosas siempre las tengo presentes, porque en el pasado padecimos robos, etc.: en mi caso no, porque yo tengo un sistema muy especial, y entonces intervine intentando desplazarlos, porque estaban en terrenos propios de la parroquia. Entonces me enseñaron una placa de la fuerza pública, de modo que al llegar a este punto lo dejé...

Presidente: Sí, este es el episodio que consta. Pero no, yo me refería a la región, pues habiendo oído a Marino hablar de espionaje e implicaciones, usted...

Don Vincenzi: Yo oí hablar a la gente de ello, de esas personas, eso es. Pero esto después de que los hechos sucedieran. Que habían notado anteriormente a personas que se quedaban de día y de noche, que llegaban, que se iban. Así pues yo, esto... eso es, personas. Yo no tuve conocimiento de ello. Aquello de lo que tuve conocimiento³⁷ se refiere a esas personas que iban de paisano y que luego resultaron ser la fuerza pública.

Presidente: No, esas otras observaciones... ¿Esas personas le hablaron, le contaron esas cosas, cuándo? ¿Después de las conversaciones con Marino?

Don Vincenzi: No, después de que Marino fuera detenido (*dibattim.*, pp. 787-88).

La pregunta del presidente sobre las “personas extrañas”, destinada a aclarar la oscura referencia (luego desmentida) de Marino a los espionajes y a las amenazas por parte de innominados ex compañeros de terrorismo, tuvo un resultado por completo imprevisto. Inesperadamente aparecen dos grupos distintos de espías, uno de los cuales (el único a quien don Vincenzi plantó cara directamente) estaba compuesto por agentes de paisano provistos de placas. Cuando la defensa tiene la palabra, el abogado Gentili (defensor de Sofri) vuelve sobre el mismo tema. Don Vincenzi precisa que un atardecer, tras haber sido oído como testigo (el 30 de julio de 1988), había visto a un grupo de jóvenes en un coche que se habían alejado antes de que pudiera apuntar su matrícula. (Evidentemente, se trataba del grupo de ex militantes de Lotta Continua que en aquel periodo estaba llevando a cabo una especie de contrainvestigación posteriormente divulgada bajo el título de *Doloroso mistero*.) Sin embargo, el encuentro con las personas que habían enseñado la placa de las fuerzas del orden había tenido lugar “antes de la detención de Marino”.

“¿Antes de la detención de Marino?”, repite (quizá incrédulo, o sorprendido) el abogado Gentili.

Presidente: ¿Muchos días antes? ¿Más o menos? Pero bueno, se trata de un episodio...

Don Vincenzi: Quizá un mes antes. Quince días, un mes antes.

Gentili: ¿Recuerda a qué fuerzas del orden pertenecían? Es decir, ¿eran carabineros o policías?

Don Vincenzi: Carabineros (*dibattim.*, pp. 791-792).

Como se recordará, la versión de los investigadores venía a ser como sigue: Marino, atormentado por los remordimientos, se presenta el 19 de julio de 1988 a los carabinieri de Ameglia, que lo conducen a Milán; allí empieza a confesar y es detenido. Los testimonios de los tres carabinieri, destinados a sustituir la ahora impresentable versión oficial del arrepentimiento de Marino, han sido solicitados, como es obvio, por la imprevista revelación de don Vincenzi.³⁸ Esta conexión no es mencionada en la consideración retrospectiva hecha por el presidente antes de finalizar el proceso: "...la circunstancia procede del exterior, porque el Tribunal ha querido oír al sargento mayor y al capitán: de otro modo, nos hubiéramos constituido como tribunal con fecha del 19" (*dibattim.*, p. 2155). Y no sólo eso. El presidente ha intentado en tres ocasiones cambiar el discurso: "Sí, este es el dato que resulta..."; "No, estas otras indicaciones..."; "Éste es, empero, un episodio..."

"Resulta": a decir verdad, en aquel momento la circunstancia no "resultaba" oficialmente para nadie. Pero ya hemos visto que Pomarici estaba, según él mismo admite, al corriente de la verdadera fecha del inicio de los contactos entre Marino y los carabinieri —por más que en un primer momento dijera lo contrario—. ¿Y el presidente Minale? Que lo hubiera sabido poco tiempo ha, en pleno juicio, al oírlo en voz del sargento mayor Emilio Rossi, parece más bien improbable. El rápido cambio de compás con que se abre la sesión del 20 de febrero (Presidente: "¿Acudió Marino a usted para solicitar su intervención o para ser encaminado a otros?". Rossi: "Sí". Presidente: "¿Cuándo fue?". Rossi: "Acudió a mí exactamente el 2 de julio del 88". Presidente: "Así pues, no el 20 de julio... no el 19 de julio". Rossi: "El 2 de julio del 88...") tiene toda la pinta de estar desti-

nado, sobre todo, al público ignaro. Al leer las actas procesales desde un punto de vista posterior se tiene la impresión de que los momentos (y los modos) del “arrepentimiento” de Marino han estado rodeados, desde el inicio del juicio, por un halo de malestar. La primera sesión (9 de enero de 1990), tras las habituales contiendas sobre el procedimiento por parte de los abogados, empieza así:

Presidente: Usted [Marino] ha sido interrogado en primer lugar por los carabineros, después por el P.M. y posteriormente por el juez instructor en diversas ocasiones. También ha procedido a careos. ¿Confirma lo que ha dicho? ¿Tiene que hacer precisiones y modificaciones con ocasión de la apertura?

Marino: Confirmo las modalidades y los momentos de los interrogatorios y confirmo todo lo que he declarado durante los interrogatorios.

(La pregunta era ritual; Marino no se ha percatado y ha dicho demasiado.)

Presidente: ¿Qué significa modalidad y momento de los interrogatorios...? ¿Tiene algún significado particular?

Marino: Bueno, me parecía que alguien quería hacer excepciones en cuanto a mis interrogatorios...

Presidente: Eso no procede. Los interrogatorios fueron depuestos... en la fecha de las actas, y por ello usted no puede sino confirmarlos (*dibattim*, p. 7).

En ese momento parece una observación obvia; pero no lo es tanto si se piensa en los coloquios nocturnos, no recogidos en actas, de Marino en los cuarteles de los carabineros de Ameglia y de Sarzana. También debió pensarlo así retrospectivamente el presidente Minale, que hacia el final del proceso volvió sobre este cambio de compás, releyéndolo y comentándolo en la sala. Tras haber recordado su propia perplejidad ante la expresión usada por Marino (“modalidades y momentos de los interrogatorios”), el presidente comentó: “Y yo, que ignoraba la cues-

tión del mes..." (*dibattim.*, p. 2174). Es lícito dudar de esta ignorancia. La razón es muy simple.

Una cronología del citado arrepentimiento de Marino diferente de la oficial había sido proporcionada—quizá involuntariamente— por el coronel de carabinieri Lorenzo Nobili el 28 de julio de 1988 en la rueda de prensa celebrada inmediatamente después de la detención de los (presuntos) responsables del homicidio de Calabresi. En la misma (como se desprende de la transcripción de la grabación que el presidente Minale hizo oír en la sala) Marino, sin ser citado, era descrito como sigue:

"Desde 1969 formaba parte de Lotta Continua. Tras años de labor interior y prolongadas reflexiones, manifestó a los oficiales de la policía judicial del centro operativo de los carabinieri de Milán el deseo de descargar su conciencia de un peso que soportaba en su interior desde hacía años".

"¿Y cuándo ha sido eso?", había preguntado un periodista sin identificar.

"Hace dos meses", repuso una voz no identificada.

Nobili: "No lo diré porque es un hecho que atañe al juez instructor".

"Señor coronel, usted debe saberlo: ¿dos meses?, ¿un mes?", insistió otro periodista.

Nobili: "Sí, hace algunos meses. Hace algunos meses. Hace algunos meses" (*dibattim.*, p. 2130).

El hecho de que esta frase fuera pronunciada el 28 de julio, implicaba una fecha que precedía con mucho no sólo a la fecha puesta en circulación poco después por los investigadores (19 de julio), sino también a la que posteriormente surgiría en el juicio oral (2 de julio). ¿Un despiste del coronel Nobili, que interpretaba el insólito papel de quien ha de hacer el auto de procesamiento final de una instrucción desarrollada por otros; en este caso, los jueces Lombardi y Pomarici? La hipótesis del despiste parece

poco probable. Oigamos de nuevo a Nobili describir el itinerario del arrepentimiento de Marino:

“Es un muchacho que ha padecido tales momentos de abatimiento moral que, creo yo, hasta se ha presentado a un sacerdote para confesarse, y posteriormente [...] ha contactado con un representante del instituto armado, el cual ha encauzado este diálogo, muy lento, muy correcto, muy prolongado en el tiempo...” (*dibattim.*, pp. 2133-2134).

“Muy prolongado en el tiempo”: una expresión que, desde luego, no puede referirse a un diálogo de un día de duración (versión de los investigadores); pero que quizá también resulte poco apropiada para un diálogo prolongado desde el 2 hasta el 20 de julio (versión Rossi-Meo-Bonaventura). Naturalmente, en las palabras del coronel Nobili podrían resonar los ecos del informe de una victoria. Pero ¿hacia cuánto tiempo que los carabineros se ocupaban de Marino?

XII

No lo sabemos. Pero sabemos que durante gran parte del proceso Marino ha contado un cúmulo de patrañas sobre su arrepentimiento. En la instrucción dijo que había hablado con el sargento mayor de los carabineros de Ameglia. El 12 de enero el abogado Pecorella (uno de los defensores de Bompressi) preguntó: “Así pues, ¿conocía ya al sargento mayor de Ameglia con quien habló? ¿Había tenido ya ocasión de establecer contacto con él? Y, sobre todo si lo anterior no procede, ¿puede decirnos cómo se llama?”.

Presidente: Para él es el sargento mayor de Ameglia.

(Téngase presente que el proceso es dirigido según el código antiguo: el presidente actúa como un filtro entre abogados y acusados, o entre abogados y

testigos. Sin embargo en este caso el presidente no se limita a reformular la pregunta planteada a Marino: habla en su nombre. El diálogo que sigue demuestra que no se trata de una distracción ocasional.)

Ab. Pecorella: Sí, puede darse el caso de que lo conociera... Ameglia no es muy grande, así que...

Presidente: ¡Hable!

Marino: Al sargento mayor de Ameglia lo conocía anteriormente como... Le había visto alguna vez, pero no... Mis relaciones con él... O sea que no había absolutamente ninguna relación. En el sentido de que las únicas relaciones eran del tipo, así como... Si tenía que pagar una multa, iba a pagarla.³⁹ Pero no...

Ab. Pecorella: ¿Sabía su apellido?

Marino: No. Lo he sabido después... Se llama Rossi.

Ab. Pecorella: ¿Sabe usted... si casualmente se telefoneó, o si de cualquier otro modo para su traslado a Milán se consultó también a la Legione de La Spezia? ¿O fue llevado a Milán inmediatamente?

Marino: ¿Me lo pregunta a mí?

Ab. Pecorella: Sí, si es que lo sabe. ¿Oyó la llamada telefónica...?

Marino: No, no lo sé.

Ab. Pecorella: Pero esto otro seguramente sí lo sabrá. ¿Dónde durmió la noche del 20 al 21 de julio?

Presidente: Ya le hemos formulado preguntas sobre estos pasos. Usted acudió al sargento mayor y el sargento mayor lo condujo al capitán de Sarzana. Dijo: "Quiero hablar" y fue conducido a Milán.

Marino: No he entendido bien la pregunta.

Presidente: Cuando estuvo en Sarzana y dijo al capitán: "Quiero relatar un acontecimiento sucedido en Milán. Quiero hablar con el fiscal de Milán", ¿en qué momento estaba? A mediodía... al atardecer...

Marino: Era al atardecer.

Presidente: ¿Y le llevaron inmediatamente a Milán o durmió allí, en el cuartel...? ¿Volvió a casa?

Marino: No, no. Me devolvió a casa.

Presidente: ¿Y qué sucedió después?

Marino: Me citó para la mañana siguiente. Volví a presentarme y después me acompañaron a Milán.

Presidente: ¿Al día siguiente de estar en Sarzana?

Marino: Sí.

Ab. Pecorella: Es decir, el día 20. El 20 fueron a Milán. Yo he preguntado entre el 20 y el 21 en Milán.

Presidente: 20 y 21. ¿Y después de llegar a Milán? Llegó a Milán, fue llevado a los carabinieri de Milán. Se le escuchó. Luego, una vez terminada la declaración, ¿dónde durmió? ¿Por la tarde, una vez llegado a Milán? Son las 17,00... La noche entre el 20 y el 21, cuando fue escuchado por los carabinieri, antes de ser oído por el P.M., ¿durmió? ¿Dónde se alojó? Marino... Podemos oír las declaraciones... No supone ningún problema.

Marino: Volví a... volví a casa. Ahora no lo recuerdo exactamente.

Presidente: Volvió a casa, ¿y a la mañana siguiente? ¿Volvió nuevamente a Milán?

Marino: Cuando fui... Sí, evidentemente, sí.

Presidente: ¿Y posteriormente fue a Milán por su cuenta?

Marino: ¿Cuándo?

Presidente: Al día siguiente. Cuando fue escuchado por el P.M.

Marino: No, siempre fui acompañado por carabinieri. También cuando fui posteriormente el día 25. Siempre me acompañaron ellos.

Presidente: ¿O sea que la tarde del día 20 volvió a casa acompañado de los carabinieri, que posteriormente, por la mañana, se lo volvieron a llevar?

Marino: Sí. Creo que sí. Ahora... Porque todas las veces que fui y volví me acompañaron los carabinieri.

Presidente: ¿De modo que también después del

21 a veces volvía a casa y luego iba de nuevo a Milán?

Marino: Sí, fui y volví dos o tres veces. Ahora, exactamente... no recuerdo bien los días" (*dibattim.*, pp. 227-29).

Marino no sabe, no recuerda, se confunde incluso ante preguntas aparentemente inocuas, como la referente al sargento mayor de Ameglia (a quien sin embargo, al parecer, Marino conocía perfectamente).⁴⁰

El presidente parece querer anticipar las respuestas de Marino, que en un caso le sigue al pie de la letra, visiblemente trastornado ("No he entendido bien la pregunta"). Retrospectivamente es fácil advertir las tensiones subterráneas que alteran la superficie del diálogo. La pregunta del abogado Pecorella fue a posarse en una zona minada que debería permanecer envuelta en el secreto: las conversaciones no recogidas entre Marino y los carabinieri. Marino se pone nervioso; ante una nueva pregunta del abogado Pecorella, salta ("¡Basta de estupideces!"). Inmediatamente después solicita una pausa. El transcriptor "observa que en todo este último fragmento del interrogatorio de Marino, durante la audición de la cinta, se percibe una alteración parcial de la voz (balbuceos, breves interrupciones, etc.) y un tamborileo continuo de los dedos" (p. 235). Cuando el Tribunal entra de nuevo, Marino declara que tiene dolor de cabeza. El interrogatorio se suspende. Es viernes y se declara que la sesión proseguirá el lunes siguiente.

XIII

La mera lectura de las actas permite comprender que al final de la sesión del 12 de enero Marino es un púgil sonado a quien el gong salva del hundimiento.

Se trata de una situación verosímilmente imprevista a la que dos semanas más tarde se añade el testimonio, también imprevisto, de don Regolo Vincenzi. A grandes males, grandes remedios. Es mejor sacrificar la instrucción del juicio que perder el proceso. Y sin lugar a dudas la testificación, jerárquicamente ascendente, de los tres carabinieri, da a la instrucción un golpe a primera vista mortal. Pero si se observa bien, a fin de cuentas dicho testimonio obtiene un resultado exactamente opuesto. Al restablecer la verdad como quien no señala a nadie —ni al juez Lombardi ni al fiscal Pomarici—, los carabinieri subrayan de hecho las conclusiones tanto del uno como del otro; al señalar la mentira de Marino sobre un punto particular (aunque importante), rebaten la veracidad general de sus confesiones. Basta con ver cómo, con acentos distintos, los tres carabinieri vuelven a proponer al Tribunal de Milán y a la opinión pública el tema central de la instrucción —el arrepentimiento de Marino—, que el presidente Minale había contribuido inicialmente a desmantelar.⁴¹

El sargento mayor Emilio Rossi había observado el estado de turbación de Marino:

“...a lo largo del breve relato que hizo me di cuenta de que, no sé, se daba la vuelta y miraba como si hubiera allí alguien mirándole: en definitiva, no estaba tranquilo, estaba inquieto, vi que sudaba y fumaba [...], vi que estaba preocupado, esto se nota en una persona... por el modo en que se mueve, si una persona suda mientras habla y mira a su alrededor... Vi que, efectivamente, tenía problemas...” (*dibattim.*, p. 1583).

El capitán Maurizio apreció, además de la turbación, el remordimiento:

“Él me decía: «Se maravilla usted porque vengo a contarle ahora hechos de hace veinte años; yo que, por si fuera poco, ahora hago una vida normal, una

vida tranquila, que tengo una mujer e hijos, que tengo mi trabajo y que, por así decirlo, me he establecido aquí... Pero, ¿sabe? Yo he de tener la conciencia tranquila, he de poder mirar a la cara a mis hijos, aunque sufran por ello, debo hablar y debo poder mirar a la cara a mis hijos»; era su tema recurrente. Además estaba muy turbado, estaba muy nervioso, movía mucho las manos y fumaba sin parar. No recuerdo que tuviera sudores fríos... [*nota del transcriptor: palabras poco claras*] (en el sentido de que le cayeran gotas) o si lloraba: la cosa es que tenía problemas y, en definitiva, estaba muy turbado y muy perplejo" (capitán Maurizio Meo, *dibattim.*, p. 1599; véanse también pp. 1607 y 1609).

En lo que al remordimiento se refiere insiste también, en términos más vagos, el coronel Umberto Bonaventura:

"...Y al final [de la primera conversación] él no estaba a gusto, porque no había hecho lo suficiente. Los hechos, decía, sí... tengo graves remordimientos por esto y por lo de más allá. Pero no estaba satisfecho del todo. Creo que, a fin de cuentas, había que tener paciencia con él... La segunda vez lo encontré... me acogió sonriendo. Ahora intento esforzarme por recordar. Me acogió sonriendo y le dije: «Bueno, ahora está más tranquilo, confía en mí. Podemos hablar, podemos andar...». Y él me dijo: «Sí, porque, ¿sabe?...». Y empezó con la historia de los hijos; para él el discurso de los hijos era importantísimo, la historia de presentarse ante ellos ahora que son mayores, porque... y empezó a tratar un poco, digamos en detalle, de la actividad de Lotta Continua, del paro... de los hechos... Y entonces, con precisión, hablamos del hecho de que él había participado en la manifestación de la Fiat, que era un poco el punto de referencia de los obreros de la Fiat de aquella época; que les había puesto... sus hijos habían nacido y él les había puesto los nombres de Adriano Sofri

y el nombre de Pietrostefani” (*dibattim.*, pp. 1695 y 1697).

“Empezó a tratar un poco, digamos en detalle”, “y entonces, con precisión, hablamos”: tras lo cual un afamado experto en materia de terrorismo como Bonaventura obsequia al Tribunal con vaguedades, tau-tologías e inexactitudes.⁴² Lo que faltaba. Lo importante es rebatir con autoridad el punto principal de la instrucción: lo genuino del arrepentimiento, y por lo tanto de las confesiones de Marino, en las que, como se recordará, el juez instructor Antonio Lombardi había identificado “las fuentes de pruebas principales de este proceso”.

XIV

El juez Lombardi no decía (aunque probablemente lo sabía) que este proceso estaba basado en gran medida en las confesiones de un arrepentido quien a lo largo de al menos diecisiete días había sostenido con los carabinieri conversaciones nocturnas informales (y por tanto no anotadas en las actas). Ya hemos visto que era intención de la autoridad judicial que dichas conversaciones permanecieran ignotas. La tardía lealtad del sargento mayor Rossi y de sus superiores, elogiada por Pomarici, no basta para disipar la duda de que sus revelaciones contribuyeran a encauzar de nuevo un proceso que había tomado una dirección inesperada. La pregunta planteada por el presidente Minale a Marino antes de terminar el proceso —¿por qué ha mentado en lo referente al inicio de sus entrevistas con los carabinieri? (*dibattim.*, pp. 2155-56)— tendría que haber sido dirigida a los carabinieri y a los investigadores. ¿Qué había que esconder en lo referente a los prolongados (ignoramos por cuanto tiempo) encuentros entre Marino y

los oficiales del instituto armado? Esta pregunta sugiere inmediatamente otra: ¿nos encontramos ante un proceso manipulado, ante un complot?

A lo largo del proceso dos diarios milaneses (*Il Giornale* y *Corriere della Sera*) se preguntaron, por motivos que enseguida veremos, si tras la investigación contra Sofri y sus coacusados no se escondería un complot comunista. En una declaración hecha a los periódicos el 27 de enero de 1990, Sofri ha considerado “ridícula la tesis del complot del PCI, de los carabinieri o de otros”, añadiendo: “No he hablado de ni pensado en un complot de los comunistas por dos razones: una de método, ya que evocar complots es un camino cómodo y funestamente paranoico; y una de hecho, porque estoy convencido de que la cocina originaria del plato que me han preparado es casera y procede de la pareja Marino.”⁴³ Dos afirmaciones muy netas que hay que discutir por separado.

Empezaré por la del método.⁴⁴ Creo distinguir en ella una nota autocrítica. La fe en la iniciativa de las masas teorizada por Lotta Continua implicaba una polémica constante frente a los atajos terroristas: pero de hecho no excluía, sobre todo entre finales de los años sesenta y principios de los setenta, una tendencia a atribuir complots verdaderos o imaginarios a sectores del aparato estatal. Al decir “verdaderos o imaginarios” indico ya la raíz de mi desacuerdo con Sofri, uno de los muchos que han alimentado hasta hoy nuestra amistad (si bien en este caso el desacuerdo afecta quizá más a la forma que a la sustancia). En Italia el término “complot” se usa desde hace aproximadamente un decenio en contextos mayoritariamente negativos: casi siempre se habla de complots para sostener que no existen, o que sólo existen en la fantasía desatada de los “dietrólogos” (término de cuño todavía más reciente y cuyas connotaciones son todavía más claramente negativas) [ver nota 46]. Pues bien, no hay duda de que respecto de complots

y “dietrologías” se ha escrito, desde siempre y por doquier, gran cantidad de necedades, en ocasiones con consecuencias funestas. Y sin embargo no puede negarse que los complots existen. Su elaboración y su descubrimiento están encomendados, en los estados modernos, a instituciones adecuadas (los servicios secretos). Pero ya se sabe que por lo general hablan de los servicios secretos personas que no quieren pasar por ingenuas, y lo hacen en un tono de superioridad irrisoria: una actitud verdaderamente curiosa, pues resulta que vivimos en un mundo dominado hasta hace poco por dos superpotencias guiadas, respectivamente, por el ex-director de la CIA y por el pupilo del difunto jefe del KGB. Los historiadores de la edad contemporánea harían bien preguntándose si esta coincidencia señala o no un fenómeno nuevo: el papel específico, y relativamente autónomo, desarrollado en medida creciente por los servicios secretos en la escena internacional. Es probable que esta última hipótesis no sea aplicable a Italia. La turbia y sangrienta partida a base de matanzas, maniobras de diversión, *dossiers* y chantajes que se juega en Italia desde hace más de veinte años parece estar firmemente dirigida por fuerzas políticas que se sirven de los servicios secretos (y de las facciones que se combaten en su interior); y no a la inversa. Pero un historiador que intentara descifrar estos acontecimientos renunciando por prejuicio a cualquier actitud “dietrológica” no llegaría muy lejos —si por “dietrología” se entiende una sobria desconfianza interpretativa que no se contente con quedarse en la superficie de los acontecimientos o de los textos—. Por ejemplo, leer las actas de los interrogatorios de Aldo Moro efectuados por las Brigadas Rojas sin interrogarse sobre las circunstancias en que fueron encontradas, en la llamada “guarida” de la calle Montenevoso, por los carabinieri del general Dalla Chiesa, inmediatamente después flanqueados por

el fiscal Ferdinando Pomarici (atención, que volveremos sobre ello) sería una ingenuidad.⁴⁵ No se trata de un ejemplo al azar: porque, además, me parece relevante (una observación que algunos juzgarán dietrológica) que el término “dietrología”, en una acepción principalmente irónica, se haya empezado a utilizar poco después del rapto y la muerte de Aldo Moro: un acontecimiento circundado por múltiples estratos de complots, verdaderos y falsos.⁴⁶ Subrayo el plural –“complots”–, que contribuye a corregir el riesgo simplificador que supone el uso de esta noción. Un complot casi siempre tiende a generar otros: complots verdaderos que tienden a hegemonizarlo, complots ficticios que tienden a enmascararlo, complots de signo contrario que tienden a contrastarlo.⁴⁷ Pero es mucho más importante el hecho de que toda acción dirigida a un fin –y por ello, *a fortiori*, todo complot, que es una acción dirigida a conseguir fines particularmente aleatorios– entra en un sistema de fuerzas heterogéneas y no predecibles. En el interior de esta compleja retícula de acciones y reacciones, que conllevan procesos sociales de no fácil manipulación, es regla la heterogénesis de los fines respecto de las intenciones iniciales. Quien no tenga en cuenta este dato esencial cambia las intenciones por los hechos y las proclamas (a veces grotescamente veleidosas) por los acontecimientos, cayendo en formas extremas de historiografía judicial.⁴⁸

Pasemos ahora a la segunda razón, no de método sino de hecho, mencionada por Sofri en su declaración: que el origen de todo el caso esté en las mentiras de Leonardo Marini y de su mujer, la astróloga Antonia Bistolfi. Creo que esta afirmación un tanto expeditiva tenía, sobre todo en aquel momento, el objetivo de rechazar los intentos de utilizar el proceso en un sentido inmediatamente político (anticomunista). La memoria defensiva remitida por Sofri a los jueces milaneses, redactada al final del juicio oral,

ha sugerido una hipótesis más compleja, insistiendo en las diversas formas sucesivamente asumidas por las iniciativas de la pareja Marino-Bistolfi.⁴⁹ Intentemos presentarlas en orden cronológico, haciendo antes una rápida referencia a un asunto que quizá no sea totalmente ajeno al caso. En 1980 Leonardo Marino y Antonia Bistolfi se habían hecho amigos de un matrimonio, Luisa Castiglioni y Hans Deichmann, que tres años antes les habían alojado en su propio chalet de Bocca di Magra. Posteriormente sus relaciones se habían estropeado; Marino (que, junto a su mujer, se había empeñado en cuidar del chalet y en ocuparse del jardín) había intentado poner un pleito laboral a Deichmann. Se da la circunstancia de que el hijo de Deichmann, Mathias, que era militante de un grupo de extrema izquierda, en 1972 había sido señalado como asesino de Calabresi en un artículo publicado en el semanario *Epoca*, que contenía detalles (como una tentativa fallida de los ejecutores) posteriormente presentados con reservas. Una coincidencia verdaderamente curiosa, que sin embargo no suscitó el mínimo interés del presidente Minale. El interrogatorio de Hans Deichmann en la sala fue despachado de modo muy burocrático (*dibattim.*, pp. 1891-1896). La posibilidad de que Deichmann hubiera podido hablar a Marino de un caso en que había estado implicado de modo angustioso durante algunos años apenas fue considerada.

Pero pasemos a las iniciativas de la pareja Marino-Bistolfi.

1) A principios del verano de 1987 Antonia Bistolfi, por invitación del asesor cultural de Sarzana, dio en el Ayuntamiento una conferencia sobre astrología. Dijo haberse encontrado en aquella ocasión con Ovidio Bompressi, que estaba buscando ilustraciones para preparar una revista sobre Sarzana. (En realidad, como observó el defensor de Bompressi, las fechas no cuadran: sólo salieron dos números, en

verano de 1986, de la revista *Costa Ovest* [*dibattim.*, pp. 889-90].) Antonia Bistolfi se acordó de una confidencia que le había hecho hacía quince años una amiga, Laura Vigliardi Paravia, que la hospedaba en su casa de Turín. Entonces fue a un abogado de La Spezia, Zolezzi, y le dijo que temía por su vida: le confió “que... Laura Vigliardi Paravia [le había dicho] que quien había disparado a Calabresi era aquel señor a quien yo siempre había llamado Enrico, y que sabía perfectamente que se llamaba Ovidio Bompresi, y que posteriormente no había sabido nada...” (29 de enero de 1990; *dibattim.*, p. 825). En el curso de aquella declaración Antonia Bistolfi añadió otros detalles sobre aquel día de hacía 15 años: estaba con Laura en la cocina, mientras que Bompresi se encontraba en otra habitación, “y ella [Laura] estaba muy... este, ¿cómo decirlo?, agitada, no sabría decirlo con otras palabras, y me dijo: «Eh... ¡Si es él!», pero yo no entendí de qué estaba hablando. No la entendía, y ella golpeó así, en la mesa, con un periódico doblado, donde figuraba ese retrato robot, que hasta aquel momento no había despertado en mí ninguna sensación particular, así es, y tampoco entonces... Me dijo: «¿Pero es que no ves que es idéntico?». Y lo miré y lo único que noté... que tenía el cabello un poquito más claro, pero esto se quedó todo en una especie de limbo, todo, y también la conversación, porque me parecía una cosa tan ajena a este mundo que dije: «Bah...» y así terminó la conversación, y nunca la he continuado de ningún modo ni de ninguna forma” (29 de enero de 1990; *dibattim.*, p. 831).

Dentro de poco veremos cuáles son los orígenes y las implicaciones, verdaderamente sorprendentes, de la referencia al “cabello un poquito más claro”. Lo importante ahora es observar que, a pesar de las pegadas del presidente, Antonia Bistolfi no llegaba a ver ninguna diferencia entre este relato y el que, según la

versión precedente, había ofrecido al abogado Zolezzi (“quién había disparado a Calabresi”, etc.). ¿Por qué había decidido acudir al abogado? A fin de cuentas, se había encontrado en otras ocasiones con Bompressi, incluso recientemente. Antonia Bistolfi respondió al presidente, que le había rogado que precisara el “sentimiento específico” que, según decía, le había impulsado a dirigirse al abogado, como sigue:

“Sí, esta increíble inquietud se debía: *primero*, a que veía que no tenía ninguna posibilidad de vivir y no sabía qué hacer para salir adelante con mi familia; ese señor que llegaba de fuera, como de otra... en mi cabeza, de un contexto que no era ni el ayuntamiento, ni una revista ni ilustraciones; no sabía nada de él ni nunca lo he sabido, ni qué trabajo hacía; estaba allí, en el ayuntamiento, y luego bajó, y salió, etc.; de todos modos esto yo lo he dicho genéricamente en la instrucción: se lo he dicho al juez Lombardi, porque también él intentaba comprender... yo le dije: «Fui al abogado Zolezzi porque no me sentía entre amigos», y esto es lo más parecido al estado de ánimo que sentía, sí, me sentía metida en una situación inquietante; y como tenía los nervios destrozados porque no sabía cómo dar de comer a mis hijos, y como, obviamente, bajo todo este asunto estaba la confidencia que me había hecho Laura Buffo y que se me había quedado y metido no sé dónde, en casa, en algún agujero...” (*dibattim.*, p. 821).

El abogado Zolezzi, llamado a testificar (25 de enero de 1990), suscribe sólo en parte este batiburrillo. Antonia Bistolfi sólo le había hablado de una confidencia recibida en el pasado, en Turín, de una mujer que tenía conocimiento de un hecho especialmente grave. Había hablado de modo confuso y agitado (Zolezzi se arrepiente retrospectivamente de no haberla tomado en serio); en cualquier caso, no había mencionado a Calabresi (*dibattim.*, p. 760 y ss.).

2) Entre finales de septiembre y principios de oc-

tubre de 1987 (fecha luego corregida: “a finales de octubre”; en la instrucción había dicho “un día antes de las fiestas de navidad”) el párroco de Bocca di Magra, don Regolo Vincenzi, había sido abordado por Marino. Como ya se ha dicho, éste le había contado que había estado implicado en “hechos gravísimos y hechos criminales” de carácter terrorista; también se había referido a “hechos de sangre”, uno de ellos “gravísimo” (26 de enero de 1990; *dibattim.*, p. 772 y ss.), pero sin dar nombres.

3) Alrededor de dos meses antes de comparecer (esto es, más o menos en mayo de 1988), Marino se había dirigido a un político de su partido: el ex senador comunista Flavio Bertone, teniente de alcalde de Sarzana. En el juicio Marino habló en un primer momento, en términos vagos, de una “personalidad pública” a quien se había dirigido para hablar del aspecto “político” del homicidio; luego el nombre de Bertone desapareció. El 26 de enero de 1990 se presentó, reluciente y reticente, a testificar. No recordaba la fecha exacta del encuentro con Marino (no tenía agenda); nadie les había presentado (recibía sin cita previa). Dijo que Marino le contó que había participado en el homicidio de Calabresi “bajo órdenes que le venían de la organización clandestina de Lotta Continua, y específicamente de Sofri”; que le había hablado de Sofri con “amargura”; que también había pronunciado el nombre de Pietrostefani (detalle que, hete aquí por donde, Bertone había olvidado), pero desde luego no el de Bompressi. Dijo que al final de la conversación había invitado a Marino a reflexionar: si persistía en aquel “estado de ánimo atormentado, amargado”, haría bien en dirigirse a la policía o a la magistratura (26 de enero de 1990; *dibattim.*, p. 796). Unos días después Bertone se había dirigido a un abogado, que le había aconsejado no hablar a nadie de su encuentro con Marino. Declaró que tampoco había dicho nada al abogado Zolezzi, de quien di-

jo ser muy amigo. Respondiendo a una pregunta del abogado Gentili, negó haber aconsejado a Marino que escogiera en calidad de defensor (como posteriormente hizo Marino) a otro abogado amigo suyo, Maris (comunista). En ese momento surgió un barullo, en el que bruscamente se introdujo Sofri con una pregunta a Maris: ¿era cierto o no que había telefonado a Bertone para saber si había participado en la instrucción? Maris se enojó pero no lo desmintió. Al día siguiente (27 de enero) Sofri rechazó, como ya se ha dicho, los rumores de un “complot comunista”.

Y con razón, porque se trata de una conjetura grosera y simplista. Pero la hipótesis formulada en un primer momento por Sofri, que remite todo a la mentira construida por la pareja Marino-Bistolfi, ya no es creíble. La serie de acontecimientos que hemos enumerado no se deja definir fácilmente. ¿Se trata de una construcción que va tomando forma poco a poco? ¿O de un juego de cajas chinas de dimensiones crecientes? Sólo esta última hipótesis sería compatible con la de un complot.

Pero un complot es, por definición, difícil de probar. Se podría recurrir a pruebas indirectas. ¿La desaparición repetida de pruebas testimoniales puede a su vez ser considerada una prueba? La ropa que llevaba Calabresi el día de su homicidio desapareció en 1972 sin que nadie la examinara. El Fiat 125 azul utilizado por los autores del atentado, como resulta del comunicado del inspector Francesco Pedullà, fue “destruido con fecha del 31.12.1988” —cinco meses después de la detención de los acusados— “tras haber permanecido depositado desde el 25.8.1972 en el aparcamiento Fiorenza”. La bala que dio a Calabresi se perdió tras una inundación que afectó al almacén de pruebas.⁵⁰ Extrañas coincidencias. Pero se trata de incidentes que en Italia se repiten con frecuencia: basta con pensar en la desaparición, acaecida durante la instrucción, de las etiquetas con el precio de las

bolsas que contenían el explosivo utilizado para la matanza de la plaza Fontana (Milán, 1969).

Volvamos a Marino y a sus confesiones. El itinerario que hemos visto delinarse resulta ser muy italiano; empieza por un abogado republicano (Zolezzi), sigue con un cura (don Regolo Vincenzi) y un teniente de alcalde comunista (Bertone) y concluye, un año más tarde, en un cuartel de carabineros. Ante tan tortuoso itinerario es difícil aceptar la hipótesis de que las acusaciones de Marino hayan surgido de una profunda y dolorosa conversión moral.⁵¹

XV

Y sin embargo tal era, como se recordará, la explicación dada por Marino a los investigadores; y era plenamente aceptada por los mismos: "Desde hace varios años —empieza la confesión espontánea de Marino— iba arraigándose en mi interior la convicción, dictada por sentimientos morales y religiosos, de confesar a las autoridades competentes hechos y circunstancias en que me vi implicado [...]. Aun considerando que muchos no podrán creerme, he decidido confesar todo lo que yo hice o todo lo que llegué a saber...". El que esté acostumbrado por motivos profesionales a leer y a interpretar textos no podrá evitar el pensamiento de que estas frases tienen toda la traza de haber sido aprendidas. Pero no debemos olvidar que nos llegan distorsionadas por un filtro burocrático estereotipado. Marino se habrá expresado de manera diferente. Y además, en materia tan grave las impresiones cuentan poco: o mejor, sólo cuentan si están apoyadas por hechos concretos. El contratiempo es que tales frases producen perplejidad también desde el punto de vista del contenido. Marino ha proporcionado indicaciones contradictorias sobre los momentos, excepcionalmente lentos,

de su propia labor interior: en el primer interrogatorio de la instrucción (20 de julio de 1988) precisó la referencia a los “varios años” dejándolos en “3-4 años”; sin embargo, al día siguiente dijo que había “empezado a vivir una profunda crisis de conciencia hasta el punto de ir aislándome y limitándome a una militancia totalmente legal” inmediatamente después del homicidio de Calabresi (*verb.*, p. 16). ¿Cuándo empezó esta crisis, en 1972 o en 1984-85? En cualquier caso, desde su inicio, fuera cual fuese, Marino había participado en numerosos robos (el último en los primeros meses de 1987 [*verb.*, p. 29]), así como en un asalto a la sede turinesa de Cinal, efectuado “en verano de 1974, o en cualquier caso en un mes de calor” (*verb.*, p. 28) —luego resultó que había sido en enero.⁵²

Como se recordará, al principio del juicio el presidente Minale parecía albergar muchas dudas respecto de lo genuino del arrepentimiento de Marino, ya que no directamente del conjunto general de la instrucción. Nos hemos preguntado qué hechos pueden haberle inducido a llegar a una convicción opuesta, posteriormente compartida por el tribunal. Puede excluirse que tales hechos se identifiquen con las revelaciones hechas por los carabinieri en la sesión del 20 y 21 de febrero: si no por otra cosa, porque con casi toda probabilidad el presidente ya había sido informado de las mismas. Descartamos sin más la hipótesis, que nos conduciría a la del complot, de un cambio de dirección debido a presiones externas: una suposición infamante en un magistrado y que no queremos tomar en consideración ni por un momento. No nos queda, pues, sino tener en cuenta lo sucedido en el curso del juicio: el presidente Manlio Minale, tras haber puesto en graves dificultades con sus propias pegas al acusado Marino, acabó posteriormente aceptando la veracidad de sus confesiones. Resulta claro que el presidente en un momento dado

—por lo menos a partir de los interrogatorios de los testigos oculares del homicidio de Calabresi, comenzados en la sesión del 31 de enero— se adhirió a una nueva hipótesis de trabajo mucho más cercana a la que se había seguido en la instrucción. De las respuestas de los testigos surge una serie de elementos (algunos de los cuales analizo a continuación) que no concuerdan con las confesiones de Marino. La actitud del presidente hace pensar que se hubiera inspirado en el singular criterio metodológico formulado en el auto de procesamiento del juez Lombardi: esto es, que en caso de divergencias entre los testimonios oculares del homicidio y Marino, las confesiones de éste serían admitidas como las más cercanas a la verdad.

a) *El incidente del aparcamiento.* En el juicio (10 de enero de 1990; p. 103) Marino, confirmando sustancialmente la versión ya expuesta en la instrucción (*verb.*, p. 12), dijo: “Cuando salía del aparcamiento tuve ese pequeño incidente [*un golpe con el guardabarros; C.G.*] con otro coche, que, evidentemente, estaba buscando el aparcamiento (estaba entrando en el aparcamiento). El asunto, digamos, me asustó un poco, porque yo iba en un coche robado y, desde luego, no podía enseñar a aquel señor los documentos del coche o pararme a discutir, de modo que así, con una mirada, se lo di a entender... (le hice a ese señor una señal con la mano para que retrocediera un poco a fin de desembarazar, por así decirlo, la calzada, y dándole a entender que inmediatamente me pararía para darle los documentos o lo que fuera). Aquel señor hizo marcha atrás un poco y yo, al momento, en cuanto tuve la calzada libre, corrí rápidamente hacia la salida del aparcamiento (de hecho, la calzada que conduce al aparcamiento)”.

En las primeras indiscreciones sobre la instrucción, recogidas por la prensa en verano de 1988, el

relato de este incidente se presentaba como prueba de lo genuino de las confesiones de Marino. Sólo quien hubiera participado en el delito estaría capacitado para describir exactamente un hecho que había sido divulgado dieciséis años antes por los periódicos de forma imprecisa, como posterior –en vez de anterior– al atentado. En la instrucción Marino dijo que entonces discutió con Pietrostefani sobre esta inexactitud, que había atribuido a una estrategia de despiste de la policía. En realidad, como puso de relieve en el curso del juicio (15 de enero de 1990; *dibattim.*, pp. 285-86) el abogado Dinoia, la noticia ya había sido dada de forma exacta por *La Stampa* y otros dos periódicos, junto con algunos dibujos que ilustraban la secuencia del incidente. Fue también Dinoia quien observó que Giuseppe Musicco (la persona que iba al volante del coche, un Simca 1000, con el que habría chocado Marino) había dado una versión del incidente muy distinta, posteriormente repetida en el curso del juicio (31 de enero de 1990; *dibattim.*, p. 921 y ss.):

“Yo estaba aparcado”, dijo, “con el coche cerca del metro; entonces, mientras salía, en el cruce me pasó un coche a toda velocidad, me rozó y chocó y ya no lo volví a ver; me paré y no vi nada de nada” –nada del atentado, que tuvo lugar pocos minutos después–. Salía, no entraba: “estaba aparcado *allí dentro*, e iba a salir”, insiste Musicco, sometido a otro interrogatorio previo a una inspección ocular –la única de todo el proceso– decidida por el presidente Minale (28 de febrero de 1990; *dibattim.*, p. 1961). En cuanto al diálogo silencioso con el atropellante, la versión de Musicco, como se ha visto, lo excluye categóricamente.

b) Los momentos. He aquí los movimientos de Marino antes del atentado, según la exposición hecha por él en la instrucción (*istrutt.*, pp. 12-13), luego corre-

gida un poco por aquí y otro poco por allá en el juicio (10 de enero de 1990, *dibattim.*, p. 101 y ss.; 15 de enero de 1990, *dibattim.*, p. 282 y ss.). Hacia las 8 se pone al volante del 125 robado, mientras Bompressi se dirige “a las cercanías de la vivienda” de Calabresi. Todavía falta mucho tiempo: Marino asegura que, según habían acordado, tendría “que haberse encontrado-junto-al-portal-[de-Calabresi]-a-las-8.40”. Pero esta puntualización, a la que en otros momentos Marino no se atiene, no guarda ningún valor. En el juicio las 8.40 se convierten en “diez minutos antes de las 9.00, más o menos, porque esa era la hora en que él [Calabresi] salía de su casa (lo que es más fácil, era exactamente alrededor de las 9.00)”.⁵³

No puede decirse que Marino sea un maniático de la puntualidad: “Lo acordado era que yo me pusiera debajo de su casa a partir de las nueve menos veinte, en cuanto me fuera posible. De modo que no es que estuviera obligado [*? nota del transcriptor*] a estar allí a las nueve menos veinte o a las nueve menos cuarto o a las nueve menos diez exactamente. A partir de las nueve menos veinte, digamos, en cuanto me fuera posible según mi valoración personal, teniendo en cuenta además el tráfico que había y la disponibilidad del aparcamiento, yo me pondría en el lugar. Así pues, repito de nuevo que si Enrico [esto es, Bompressi] hubiera seguido, por así decirlo, el mismo comportamiento que yo con el coche, automáticamente se habría encontrado dispuesto en el mismo momento en que yo estaba dispuesto. Quiero decir también que si el señor Calabresi hubiera salido antes de que estuviéramos preparados, evidentemente el asunto habría sido cancelado. No es un hecho... Quiero decir que no es que tuviera que estar allí a las nueve menos veinte exactamente y que de lo contrario todo habría fracasado. Yo tenía que estar a partir de las nueve menos veinte debido a que Luigi [un cómplice no identificado] nos había dicho que

de esa hora en adelante era muy probable que saliera" (*dibattim.*, p. 282).

Marino fue al bar del metro, donde olvidó una gorra que le había dado Luigi para camuflarse; subió al 125; chocó con el Simca de Musicco y se alejó a toda velocidad. Según el testimonio de Musicco, el incidente debió de tener lugar *inmediatamente después de las nueve* ("cinco-diez minutos" antes del tiroteo, acaecido a las 9.12-9.13: *dibattim.*, pp. 923-24); según Marino, *inmediatamente después de las nueve menos veinte*, hora en que se dirigía a casa de Calabresi (*dibattim.*, p. 282). Marino dio "una vuelta" por los alrededores de duración indefinida; en un momento dado cruzó al otro lado de la calle Cherubini, el de los números pares, pero no recuerda si para hacerlo había atravesado o no cruces con semáforos (*dibattim.*, pp. 105-6); se detuvo ante la tienda de frutas y verduras situada a diez metros de la vivienda de Calabresi, y allí permaneció durante "más de un cuarto de hora" con el motor en marcha, fingiendo que leía el periódico: "tenía la pistola, que había dejado, por así decirlo, entre las piernas" (*dibattim.*, p. 107). Junto a la vivienda de Calabresi le esperaba Bompressi, que (como sabemos, siempre según Marino) estaba "en las cercanías" desde hacía más de una hora.⁵⁴ Puntos de acecho más bien vistosos y que parecían dictados más por la voluntad de hacerse ver que por la de pasar inadvertidos: y sin embargo ni el portero, ni la frutera ni los comerciantes vecinos recordaban la presencia de los dos autores del atentado. En conclusión, hay una divergencia—los veinte minutos que separan el incidente entre las versiones de Musicco y de Marino— en la que el presidente no se detiene, además de una serie de inverosimilitudes extraordinarias.

c) *La marcha atrás*. "Casi al mismo tiempo que los disparos, con la marcha atrás previamente metida",

escribe el juez instructor Lombardi en el auto de procesamiento (p. 265), “[Marino] fue hacia atrás con el coche unos diez metros hasta ponerse a la altura del número 6 de la calle Cherubini” para que entrara Bompressi. Y comenta el juez: “Sólo habiendo estado en el sitio pueden describirse tan minuciosamente las distancias: ... esa es la distancia aproximada que hay entre la tienda de frutas y verduras y el número 6 de la calle Cherubini”. Es más que posible que Marino haya estado en algún momento de su vida en la calle Cherubini: pero la marcha atrás repetidamente mencionada por él se les escapó a todos los testigos oculares del homicidio. Marino propuso en el curso del juicio al presidente Minale, que le señalaba esta divergencia, la siguiente explicación (10 de enero de 1990, *dibattim.*, p. 113, recogida y reelaborada en la p. 311, 15 de enero de 1990):

“Creo haber explicado ya el asunto en el anterior interrogatorio. En el sentido de que cuando hice marcha atrás, todavía no se habían hecho los disparos. Los testigos... yo creo que por la calle hace caso uno de algo cuando hay... sucede un hecho relevante. En el momento en que yo hice marcha atrás todavía no se había disparado, por lo que nadie prestó atención (esta es una apreciación mía) al hecho de que yo hiciera marcha atrás. En el mismo momento en que tuvieron lugar los disparos, en aquel momento, yo estaba allí parado, en medio de la calle, por lo que... los que venían detrás... En verdad estaba parado... digamos que estuve detrás luego... los que estaban detrás venían en fila, pero no es que yo los siguiese...”.

Marino gesticula; le echan un capote:

Presidente: Cuando hizo usted marcha atrás, ¿hizo marcha atrás en el sentido de su coche que estaba sin trabas, mientras la fila desfilaba por su izquierda, o se metió en la fila?

Marino: No, no me metí en la fila. Hice marcha atrás...

Presidente: ... en esa dirección que estaba sin trabas.

Marino: Sí.

Presidente: ¿Y cómo es que después, cuando se fue, tenía la fila tras de usted? Porque las proyecciones son distintas. Como si hubiera dos sentidos. El suyo hace marcha atrás porque la calle es larga y luego, es la fila la que avanza.

Marino: Eso no lo sé. Probablemente llegaron en aquel momento.

Elucubraciones verdaderamente sutiles, pero desgraciadamente contradichas por dos testimonios clarísimos. En la mañana del 17 de mayo de 1972, poco después de las 9.10, el Fiat 125 azul de los autores del atentado circulaba por la calle Cherubini seguido por un Alfa Romeo 2000 conducido por Pietro Pappini y por un Bianchina conducido por Margherita Decio. Pappini describió inmediatamente después los hechos de que había sido, en rápida sucesión, testigo ocular: 1) un hombre alto había salido de un portal; 2) del 125 azul había salido un hombre, también muy alto, que había cruzado la calle, había alcanzado al otro por la espalda y le había disparado dos tiros de pistola a corta distancia; 3) el que disparó había vuelto a atravesar la calle y había entrado de nuevo en el 125, que se marchó a toda velocidad. Ahora bien, según la descripción de Pappini, el 125 avanzaba "muy lentamente": luego, cuando el que disparó había bajado del coche (hecho número 2, sobre el cual volveremos dentro de poco), probablemente éste se había parado, o casi, ya que el hecho número 3 era descrito en los siguientes términos: "Mientras el señor atacado caía al suelo, sin soltar la pistola de la mano retrocedió hacia su coche, que mientras tanto se había dirigido..." (29 de enero de 1990, *dibattim.*, pp. 905-6). El único que retrocede es el autor de los disparos; Pappini, aun hallándose en el mejor punto de observación que cabe imagi-

nar, en ningún momento habla de la marcha atrás del 125. Margherita Decio observa, de modo todavía más preciso, que siguió lentamente hasta que, tras el segundo tiro de pistola (“y en este momento no sé si inmediatamente”), la fila de coches se detuvo: especialmente uno (el 125) “se detuvo, recogió a esa persona [el autor de los disparos] y partió a todo correr” (7 de febrero de 1990, *dibattim.*, pp. 1106-7). Tampoco aquí se habla de marcha atrás.

d) *El autor del atentado que sale y vuelve a entrar.* Al asunto de la marcha atrás está ligada otra divergencia clamorosa entre el relato de Marino y el de los testigos oculares: según el primero, Bomprespi esperaba desde hacía rato junto a la vivienda de Calabresi; según los demás, el autor de los disparos había salido del 125 azul mientras Calabresi cruzaba la calle y le había disparado. El auto de procesamiento tendía a minimizar esta divergencia. El presidente Minale adoptó, por lo menos al principio, una actitud completamente distinta: “...los testigos parecen estar de acuerdo al indicar una única maniobra: el coche avanza, el asesino sale del mismo, sigue al señor Calabresi, dispara y vuelve a entrar en el coche, que ya empezaba a avanzar...” (10 de enero de 1990, *dibattim.*, p. 112). En realidad los testigos no eran “acordes” y, de hecho, la maniobra no era “única”: Margherita Decio, por ejemplo, afirmó no haber visto al asesino saliendo del coche. Pero en su caso la visibilidad estaba parcialmente impedida por el Alfa 2000 de Pappini. Sin embargo este último, que se hallaba inmediatamente detrás del 125 azul, declaró inmediatamente después del atentado:

“En este momento [cuando el hombre alto, es decir, Calabresi, se disponía a cruzar la calle] vi salir del coche citado [el 125 azul] a un hombre muy alto vestido con chaqueta azul y pantalones negros ceñidos que rodeando su coche y pasando ante el mío, al-

canzó por detrás al señor que había bajado de la acera y que, mientras tanto, había llegado al otro lado de la calle y se hallaba entre los dos coches, flanqueado por ellos”.

Dieciocho años más tarde esta testificación fue leída en la sala (29 de enero de 1990).

Se inició el siguiente diálogo (*dibattim.*, pp. 906-8):

Presidente: ¿Está usted seguro de haber visto salir a esa persona?

Pappini: Tal fue la declaración que hice en su momento.

[...]

Presidente (*leyendo la declaración hecha anteriormente por el testigo*): “Mientras el señor tiroteado caía al suelo, el que había disparado, siempre con la pistola en la mano, retrocedió hasta su coche, que mientras tanto se había acercado, y se instaló en el asiento, junto a una mujer que conducía” [*en cuanto a este detalle, véase más adelante; C.G.*].

Pappini: Yo... a mí me pareció una mujer.

Presidente: Sí; pero veamos, señor Pappini, hemos establecido que cuando usted oyó los tiros estaba prácticamente en el cruce con la calle Rasori...

Pappini: En la calle Rasori... sí.

Presidente: En la calle Rasori, de modo que más allá de la falsa curva... [*nota del transcriptor: palabras no claras*]; ¿y qué vio en ese momento?

Pappini: El coche se fue y vi a aquel señor allí... con su... a mí me pareció que había una mujer al volante.

Presidente: ¿Y dónde estaba el coche? ¿Estaba todavía delante de usted?

Pappini: Sí, estaba prácticamente ante mí.

Presidente: Y el señor que llegó, ¿de dónde venía?

Pappini: De donde se había cometido el delito... donde habían matado a aquel señor.

Presidente: Sí; pero en aquel momento usted no sabía dónde se había cometido el delito: no sabía nada y oyó dos tiros.

Pappini: Oí los tiros y nada más.

Presidente: Sí, ¿pero cómo es que dice que se trata de la misma persona que había salido del coche?

Pappini: Bueno, yo quizá, al mirar atrás, o algo así, no sé, o al oír dos tiros, como no los había oído nunca, tal vez...

Presidente: Oyó dos tiros y se paró en una esquina, dijo.

Pappini: Cuando se tiene miedo... [*nota del transcriptor: voces superpuestas*]... A causa del miedo, fui a...

Presidente: Así pues, no miró hacia atrás.

Pappini: No miré atrás.

Presidente: Así pues, ¿cómo es que dijo que la persona que había salido era la misma persona que luego entraría al coche?

Pappini: No lo sé... Ya no me acuerdo. Ni tampoco me acuerdo...

Presidente: (*leyendo*): "El que disparó, antes de salir a la calzada, escondió la pistola en un bolsillo interior de la chaqueta..."

Pappini: Sí, eso sí, le vi manipular y esconder la pistola.

Presidente (*sigue leyendo*): "...y entonces se encaminaron en dirección a la calle Mario Pagano. El individuo que había disparado —dijo usted— era alto, de aproximadamente 1,76-1,80, de corpulencia normal, sin sombrero, con el cabello oscuro y rizado, creo que de unos treinta años, de buen aspecto, y llevaba americana de color azul y pantalón oscuro ceñido: esto es lo que dijo. Ahora bien, ¿a quién corresponde la descripción que hizo usted? ¿A la persona que había visto salir del coche o a la persona que había visto entrar, o a la que había visto disparar (a la que no debió ver)?

Pappini: A la persona que salió o a la persona que entró... Ya no me acuerdo.

Presidente: Sí; pero usted dijo "el que había disparado", y usted no vio al que había disparado.

Pappini: No, no, oí los tiros.

Presidente: Oyó los tiros; así pues, ¿quién es la persona descrita por usted?

Pappini: El señor aquel que subió al coche.

Presidente: El que entró y se metió la pistola en...

Pappini: *(nota del transcriptor: respuesta ininteligible al superponerse las voces)* ... al coche.

Presidente: ¿Y recuerda si era la misma persona que había salido?

Pappini: No, no me fijé.

Presidente: Entonces, ¿ni siquiera se acordaba?

Pappini: ¿Ni siquiera?

Presidente: Entonces.

Pappini: No, no, no, no me acuerdo.

Yo no conozco al señor Pappini. No asistí al proceso en que intervino como testigo. Por las actas que he consultado sé que nació en 1932 en Cornaredo, provincia de Milán; y nada más. El Alfa 2000 que conducía en aquella mañana de mayo de 1972 permite entrever que se trata de una persona bastante acaudalada, quizá un comerciante. Dispongo de una nota a pie de página incluida, en este como en otros casos, por el transcriptor: "La transcripción del interrogatorio del testigo es íntegra incluso en las intercalaciones dialectales y en las expresiones de jerga, por lo que en algún punto su lectura resultará dificultosa". A mí me ha parecido sumamente elocuente. Un juez que acosa, que insiste, que blande sofismas como si fueran bayonetas, que utiliza a fondo su propio poder y su propio saber... ¿Dónde (me preguntaba al leer el diálogo entre el presidente Minale y el señor Pappini) he encontrado yo antes todo esto? Será una deformación profesional, pero no he podido evitar

pensar, una vez más, en un proceso inquisitorial: uno de esos procesos de brujería en que el inquisidor llega poco a poco a convencer a una acusada de que la Señora que se le ha aparecido es el diablo, de que los “recreos” nocturnos a los que declara haber acudido en espíritu un acusado son en realidad el sabat diabólico, y así sucesivamente.⁵⁵ Aquí están en escena un juez y un testigo, en vez de un juez y un acusado: pero, hoy como entonces, el que tiene más poder y más saber intenta (entiéndase que con toda buena fe) convencer al otro de que comparta sus propios puntos de vista. Lo que se pone en juego es algo muy frágil, prácticamente impalpable: una ausencia de percepciones que se habían fijado dieciocho años antes en la memoria de un individuo. Como muchos otros testigos del atentado, Pappini ha visto a un hombre salir de un coche azul, disparar y volver a entrar en el mismo coche. Lo ha visto quizá mejor que ninguno de los demás, pues al salir del coche el hombre pasó ante el Alfa 2000 que él, Pappini, conducía. Pero sometido al acoso de las dudas y de las puntualizaciones capciosas formuladas por el presidente, Pappini empieza a vacilar: la certidumbre de lo que había visto a un par de metros de distancia hace dieciocho años poco a poco se resquebraja. El que dispara se desdobra en la persona que ha salido del coche y la que ha entrado al mismo; luego se convierte en alguien distinto de estas dos; y finalmente se disuelve. La declaración hecha inmediatamente después del homicidio, cuando el recuerdo todavía estaba fresco, es retrospectivamente triturada: “Entonces, ¿ni siquiera se acordaba?”. “¿Ni siquiera?” “Entonces.” “No, no, no, no me acuerdo.” Pero es una incertidumbre temporal. Poco después, cuando el presidente vuelve a la carga, Pappini aguanta firme:

Presidente: ¿Por qué dice que la persona que salió del coche es la misma que luego entró en él?

Pappini: Por el simple hecho de que aquel día... Bueno, ahora me refiero a aquel día... La persona a la que vi salir del coche volví a verla al entrar en éste, cuando oí los tiros; en definitiva, creo que era el mismo...

Presidente: ¿De modo que usted recuerda haber visto a la misma persona?

Pappini: Para mí sí, era la misma persona.

Y el testigo es despedido.

e) *La mujer al volante*. Oigamos de nuevo, sobre este detalle, el testimonio de Pappini (*dibattim.*, pp. 906-11):

Presidente [*leyendo la declaración hecha en el pasado por el testigo*]: “Mientras el señor tiroteado caía al suelo, el que le había disparado, llevando la pistola en la mano, llegó retrocediendo a su coche, que mientras tanto se había acercado, y se instaló en el asiento junto a una mujer que conducía” [*sobre este detalle, véase más adelante; C.G.*].

Pappini: Yo... a mí me pareció una mujer.

[...]

Pappini: El coche se fue y yo vi a aquel señor allí... con su... a mí me pareció que había una mujer al volante.

[...]

Presidente: Después dijo: [*lee la declaración hecha en el pasado por el testigo*] “A la mujer que conducía el Fiat la vi de espaldas, por eso no puedo describirla; de todos modos tenía el cabello castaño y liso, con ondulaciones por un lado... [*nota del transcriptor: palabra mal pronunciada*] hacia fuera, y por el otro lado liso”. Pues bien, la pregunta es ésta: ¿la mujer que conducía era la mujer que conducía el coche del cual vio bajar a esa persona...?

Pappini: Sí.

Presidente: ¿Y no la persona que conducía el coche al cual entró?

[Ahora el juego de prestidigitación ha alcanzado dimensiones vertiginosas: ante nuestros ojos se han materializado no sólo dos tiroteadores —el que sale y el que entra—, sino también dos mujeres y dos coches. *Chapeau*, señor presidente. Pappini parece un poco trastornado pero no cede.]

Pappini: No, la del coche del que salió aquella persona, creo... Creo que sí... para mí, era una mujer la que... Cuando el coche se fue... yo lo vi, porque yo con mi coche me fui a la derecha, y cuando el coche se fue rápidamente... yo lo vi y , en definitiva, me pareció una mujer.

Presidente: Sí; no, quería preguntarle con mayor precisión: cuando habla usted de mujer, ¿se refiere a la “mujer que conducía el coche que iba delante de usted y del cual salió aquel señor”?

Pappini: Sí, sí, sí... aquel coche que estaba delante de mí...

Presidente: Ahora bien, ¿vio usted quién conducía el coche en el que luego subió ese señor que se había metido la pistola en el bolsillo?

Pappini: Una mujer... a mi parecer.

Presidente: ¿También aquella era una mujer?

Pappini: Sí, a mi parecer era una mujer.

Presidente: ¿Y tuvo la impresión de que era la misma?

Pappini: Creo que sí, porque si el coche estaba delante y yo iba despacio, cuando oí los disparos y me fui a la derecha... todavía estaba allí aquel coche, que se fue rápidamente por la calle Rasori.

Presidente: ¿Y por qué habla usted de una mujer?

Pappini: Porque al mirarla me pareció una mujer.

[...]

Presidente: Pues bien, usted dijo a continuación: “Si se me mostrara a la persona de la pistola, sería capaz de reconocerla”; y hoy, ¿qué recuerdo tiene usted de esa persona?

Pappini: De hecho, una tarde me hicieron ver, en la calle Moscova, a dos o tres personas, y no las reconocí, de modo que dije claramente que no.

Presidente: ¿Pero le hicieron ver a una mujer?

Pappini: También me hicieron ver a una mujer menuda... pero la mujer estaba sentada al volante: ¿cómo habría podido verla?

Presidente: Cuando le hicieron practicar el reconocimiento de una mujer, ¿experimentó usted perplejidad?

Pappini: No, dije claramente que no.

Presidente: No, quiero decir que si sintió perplejidad sobre el objeto del reconocimiento y se dijo: “¿Por qué me hacen ver a una mujer? Si no estoy seguro de que se tratase de un hombre o de una mujer”; ¿o no sintió perplejidad?

[Hermoso ejemplo de pregunta sugerente, púdicamente velada por la débil alternativa final. De este modo, en tiempos menos felices que los que corren, jueces sin escrúpulos coartaban la voluntad de los acusados débiles o asustados. Pero tampoco en esta ocasión se deja intimidar Pappini]:

Pappini: No, no, creo que no experimenté perplejidad.

Presidente: ¿Así que, para usted, era efectivamente una mujer?

Pappini: Para mí, era una mujer.

Presidente: ¿Y de dónde sacó usted esa convicción?

Pappini: Del cabello largo que llevaba.

La misma impresión o, en otros casos, la misma duda tuvieron otros testigos oculares. Empecemos con un caso por diversos motivos anómalo: el de Adelia Dal Piva, que en la mañana del homicidio salía de una sucursal bancaria situada en la calle Ariosto, adonde había ido a pagar la factura del teléfono. De repente vio llegar a toda velocidad un Fiat 125 azul. Salieron del mismo “un hombre y una mujer,

exactamente una mujer, del asiento del conductor”, a los que sólo pudo ver de espaldas. Adela Dal Piva se dio cuenta algunos días más tarde de que aquel coche había sido el utilizado por los asesinos de Calabresi y hasta el 30 de mayo de 1972 no se presentó a la policía. El acta de instrucción sumarial redactada entonces contiene, además de una sumaria referencia a la ropa que llevaba el hombre (que coincidía con la del tiroteador), una descripción muy detallada de las ropas que llevaba la mujer que iba al volante del 125 azul:

“Iba vestida de negro: para ser más exacta, llevaba pantalones negros (no recuerdo si de terciopelo o de otro tejido), una chaquetilla sin mangas y sin cuello que le llegaba hasta el principio de los muslos; bajo la chaquetilla asomaban las mangas de una ropa de color rojo; no sabría precisar si era una camiseta o un jerseyillo. Y para precisar todavía más lo que antes he dicho, recuerdo que la chaquetilla era un poco más corta de lo que habría correspondido a la corpulencia de la mujer; de hecho, la redondez se imponía al observador como uno de los pormenores más significativos de la mujer, por lo menos vista de espaldas”.

Y añadió:

“Al describir a la chica he olvidado señalar la longitud y el color de la cabellera: le llegaba hasta la espalda, creo que reposaba sobre su espalda, y era de color rubio (no el rubio de una persona teñida, era un rubio más cálido)”.

Ambos subieron a un Alfa Giulia donde les esperaba un hombre al volante. La mujer se sentó a su lado; su acompañante, en el asiento posterior. Al oír la llegada de un coche de la policía, el Alfa Giulia se alejó. Antes de irse la mujer había cogido con la “mano un espejo circular, y mirándolo pronunció unas palabras, entre las cuales oí”, dijo Adelia Dal Piva, “con claridad estas expresiones: «estúpido, no

te nuevas... ponte (o quédate) erguido... nosotros te cubriremos (o te cuidaremos, o te acompañaremos)». La mujer —repito—, sentada con la espalda recta y en una postura perfectamente frontal, pronunció mirando al espejo estas palabras, sin volver la cara a su izquierda ni atrás, de modo que no supe a cuál de sus compañeros se dirigía; también sospeché que pudiera hablar con alguien que se hallara fuera del coche, por medio de un radiotransmisor camuflado en el espejo. En esta situación tuve ocasión de mirar a la mujer de perfil: tenía las mejillas más bien redondeadas, de modo que se intuía que no se trataba de una mujer delgada, y una nariz regular. La mejilla que se veía no estaba cubierta por el pelo. Quiero precisar que tuve ocasión de verle la mejilla derecha... El detalle que más me sorprendió en aquella mujer fue su modo de caminar, que no sé describir pero que podría reconocer”.

Dieciocho años más tarde Adelia Dal Piva, llamada a testificar, dijo que recordaba muy poco: el coche que llegó a toda velocidad, las dos personas que salieron del mismo, “una... un poco gorda, por así decirlo, y que me pareció una mujer (porque no la vi de frente), y salió otro... delgado, alto”. Pero luego, según le iban leyendo el acta antigua, confirmó casi todo. No recordaba las palabras pronunciadas ante el espejo; retrospectivamente pareció interpretar la escena de modo más banal (“pensé que estaba allí dentro pintándose”). Sin embargo, confirmó la impresión que entonces recibió sobre la identidad femenina del “gordito”, puesta en duda repetidamente por el presidente: “¿Cómo la distinguí por detrás? Por detrás me pareció una mujer... y era más bien deforme, en definitiva, gordita y pequeña”. El cabello, añadió, le hizo pensar en una peluca (*dibattim.*, pp. 945-58).

La pintoresca conjetura sobre el radiotransmisor escondido en el espejo se aparta del testimonio pro-

piamente dicho: cuesta suponer que la persona vista y tan minuciosamente descrita por Adelia Dal Piva fuera un hombre en vez de una mujer. Sin embargo, un estereotipo obvio indujo a Antonio Zanicchi, que se hallaba en la calle Cherubini en el momento del atentado, a negar para sí mismo la primera e irreflexiva impresión recibida (*dibattim.*, p. 901). Vio “a través del cristal [del 125], porque yo estaba allí... que me pareció que llevaba una peluca, o que fuera rubio, y me fijé en su modo de comportarse y de marcharse, y me dije: «No es una mujer, porque conduce de modo muy hábil...» eran cosas más típicas... las que podía hacer un hombre, más que una mujer...”. También otro testigo, Luciano Gnappi (20 de febrero de 1990; *dibattim.*, p. 1673), se había sorprendido al mirar a la persona que iba al volante del 125 azul: había observado “los cabellos largos, hasta el punto de que casi tuve la impresión de que fuera una mujer, pero después dije... en aquella época ya había melenudos, por lo que también podía tratarse de un hombre con el cabello largo, eso es”. Pero ante el abogado Gentili, que en el juicio le preguntó si el cabello largo del conductor “era del tipo liso y largo, o más bien revuelto”, Gnappi precisó: “No... desordenado no, eso queda excluido. Era largo y un poco ondulado, del tipo, no sé, de una señora casi... [nota del transcriptor: *audición insuficiente*] más bien lisos, al menos por lo que yo recuerdo”.

Las implicaciones de la pregunta planteada por el abogado Gentili son evidentes. Marino tenía, y tiene, el cabello largo y tupido: “de tipo revuelto, en definitiva”, como se autodefinió (10 de enero de 1990; *dibattim.*, pp. 127-128). Si fuera posible identificarlo con la mujer al volante vista o hipotetizada por tantos testigos oculares, su versión se sostendría, aunque vacilante: de hecho, no se entendería por qué nunca ha dicho nada de la peluca utilizada durante el atentado. Pero si verdaderamente hubiera una mujer

al volante del 125 azul, la versión de Marino se hundiría. (Merece la pena recordar que una mujer, Gudrun Kiess, fue encarcelada como sospechosa de conducir el automóvil de los autores del atentado, aunque ni siquiera tuviera permiso de conducir.) En la instrucción Marino declaró:

“También leí algo en los periódicos sobre la participación en el atentado de una mujer con el pelo rubio, o de una persona con una peluca similar; pero esto es totalmente inaceptable, pues ni yo ni Enrico [esto es, Bompresini] llevábamos peluca, y Enrico no tenía el pelo rubio y largo. Recuerdo que al leer tales noticias pensé que la policía las había difundido artificioosamente para confundirnos en lo que al estado de las investigaciones se refería” (25 de julio de 1988; *istrutt.*, p. 23).

Sabemos que esta última noticia no coincide con la verdad. ¿Por qué ha de tener más peso la versión de Marino que todas las testificaciones citadas en conjunto?

Cabe añadir que en el 125 azul empleado en el atentado se encontraron, además de un paraguas negro plegable, unas gafas de sol de mujer baratas: ambos objetos de procedencia desconocida. En la instrucción, Marino, que no se acordaba del primero ni de las segundas, no excluyó que las gafas fueran las que le había entregado Luigi (el cómplice misterioso) y que se había guardado en el bolsillo de la chaqueta. Ahora bien, dijo (y lo confirmó en el juicio oral) que había olvidado su aspecto: “No recuerdo exactamente la forma de aquellas gafas, precisamente porque, como he dicho, no las utilicé. Me las metí en el bolsillo y no las utilicé, por lo que no recuerdo de ningún modo cómo...” (10 de enero de 1990; *dibattim.*, p. 103). Singular olvido, ya que se trataba de unas gafas de sol “vistosamente femeninas” (según un atestado policial sobre los hechos citado por el abogado Gentili: *dibattim.*, p. 313).

f) *El paraguas plegable*. En el curso de las investigaciones efectuadas tras el homicidio de Calabresi se descubrió que un paraguas como el hallado en el 125 azul había sido vendido hacía cuatro días, a mediodía del 13 de mayo, en una tienda Standa. La empleada recordaba bien a la persona que le había pedido explicaciones sobre el funcionamiento del paraguas (el único de ese tipo vendido a lo largo del día) antes de comprarlo. Se elaboró un retrato robot, rápida y ampliamente difundido, basado en la descripción hecha por la empleada. Es como sigue:

“Era alto, de alrededor de 1,75; delgado de complexión; cabello rubio y liso, peinado hacia atrás, con una mecha en el centro ligeramente más rubia que el resto del pelo; de color sonrosado; rostro alargado; labios finos; orejas ligeramente separadas; llevaba un traje oscuro; hablaba italiano con acento extranjero... cuya nacionalidad no sé indicar. Tuve la impresión de que la mecha del pelo y el resto del cabello estaban teñidos”.

Este último detalle, así como el del cabello “peinado hacia atrás”, tuvieron un papel importante en el proceso provocado por las confesiones de Marino. Éste sostuvo que se había reunido con Laura Vigliardi Paravia el 20 de mayo en Massa, donde recibió de Sofri, antes de la reunión (la primera tras la muerte de Calabresi), una rápida felicitación por el trabajo llevado a cabo. En esa misma ocasión Marino notó “que Bompreschi había cambiado un poco de peinado (el modo de llevar el cabello)... y que además lo tenía un poco más claro, por así decirlo, que de costumbre... como si hubiera ido recientemente a la peluquería y llevara el cabello, por así decirlo, distinto de lo habitual... [Laura Vigliardi Paravia] me dijo: «¿Has visto cómo se ha arreglado el pelo? Ahora se parece todavía más al retrato robot»” (*dibattim.*, p. 125).

Pero el relato de Marino, así como el de Antonia Bistolfi, que son coincidentes, es completamente in-

verosímil; y no sólo porque el presunto oxigenado del cabello de Bompressi se les pasara por alto tanto a sus amigos de Massa como al comisario de policía Costantino (*dibattim.*, pp. 1284, 1293, 1302, 1357, etcétera). El hecho es que el comprador del paraguas y el tiroteador eran (como resultó claramente de las descripciones de los testigos oculares) dos personas distintas; su diferente identidad fue reconocida por la policía, hasta el punto de que se elaboraron dos retratos robot distintos (para ser más exactos, una foto robot y un retrato robot); el detalle del cabello oxigenado se refería al comprador del paraguas, no al tiroteador; pero el día 13 de mayo al mediodía Bompressi (que, además de ser mucho más alto que el desconocido comprador del paraguas, habla a la manera de Massa, y no italiano con acento extranjero) no podía comprar un paraguas en Milán porque estaba en una reunión con Sofri en Pisa.

Como se ha visto, la versión de Marino del homicidio de Calabresi, contiene muchísimos detalles inverosímiles o inaceptables. La equivocación sobre el color del coche ¿puede ciertamente ser definida como un “pequeño error”, como afirmó el juez instructor Lombardi? Pero cuando llegamos al choque con el coche de Musicco, al tiroteador que sale del coche para esperar bajo el domicilio de Calabresi, al cabello rubio (natural o artificial) del conductor o conductora del 125 azul, ya no podemos seguir hablando de errores grandes o pequeños. Hemos de concluir que Marino, muy probablemente, miente en lo que al homicidio de Calabresi se refiere.

XVI

Ignoro qué impulsó a Marino a mentir. Pero las motivaciones psicológicas de sus mentiras me parecen, en

este caso, completamente irrelevantes. Sé muy bien que hay escritos de acusación, escritos de la defensa y sentencias de todo tipo y nivel desbordantes de argumentos psicológicos, generalmente de baja estofa. Pero ese tipo de psicología (que por fin se avergüenzan ahora de utilizar los historiadores) debería ser erradicada de las salas de los tribunales. Dicha psicología alimenta argumentaciones incontrovertibles que permiten afirmar todo y lo contrario de todo.

Tomemos el caso de Marino. El auto de procesamiento del juez Lombardi insistía, como ya se ha dicho, en el profundo disgusto de Marino por los crímenes cometidos, en lo genuino de su arrepentimiento, en su "eticidad". La prosa de Lombardi es retórica y vacua; el intento de hacer de Marino una especie de Raskolnikov es irrisorio. Las palabras utilizadas por Marino para describir sus propios remordimientos son desaliñadas, estereotipadas; y esto sucede no sólo en la instrucción, de donde nos llegan distorsionadas por un filtro burocrático, sino también en el propio juicio. Además, ¿qué valor pueden tener estos juicios de inautenticidad? Ninguno. Las intuiciones psicológicas, así como las "sensaciones epidérmicas" torpemente evocadas por el fiscal Pomarici en su calificación no tienen ningún valor probatorio.⁵⁶ Otro es el peso de los errores, las contradicciones, las inverosimilitudes de que está repleto el relato de Marino.

A lo largo del juicio, como se ha dicho, la versión oficial del arrepentimiento de Marino se presenta de modo fragmentario. Antes de que el proceso se cierre, el presidente somete a Marino a un último interrogatorio, invitándole a expresarse finalmente con sinceridad. ¿Por qué ha omitido hablar de sus encuentros con los carabinieri? ¿Qué fue lo que le indujo a arrepentirse? Se vuelve sobre el encuentro entre Marino y el párroco de Bocca di Magra, citado al principio del juicio. Se vuelve sobre las amenazas,

inicialmente atribuidas por Marino a imprecisos ex compañeros de empresas terroristas, y luego a un malentendido del párroco. Y ahora, tras prolongados vaivenes y divagaciones, aflora una tercera versión. Hela aquí:

Marino iba periódicamente a Turín, donde viven su madre y sus hermanas. En los primeros meses de 1987, en un bar frecuentado por ex compañeros, se encontró con Renzo Maraudo, que le propuso un robo en la sede de la RAI de Turín, donde trabajaba como repartidor (p. 2159). Ya en la instrucción Marino describió minuciosamente el proyecto y su fracaso. El botín previsto era del orden de 800 millones de liras. A Marino le corresponderían 100. Aceptó la propuesta de Maraudo porque “por entonces pasaba por una difícil situación económica” (*istr.*, pp. 29-31). En el juicio oral explicó que había comprado a un vendedor ambulante una vieja furgoneta por cinco millones, que pagó a plazos. En el verano de 1987 vendió *crêpes*, pero hacia agosto los guardias urbanos habían empezado a ponerle multas porque aparcaba la furgoneta en zonas de aparcamiento prohibido. También vendió *crêpes* durante el invierno siguiente; algunas veces había ido con la furgoneta a localidades vecinas, donde se celebraban ferias. Maraudo fue a Bocca de Magra una vez, quizá dos (en primavera de 1988, no recuerda cuándo), para proponerle repetir el fallido robo a la RAI. Marino no le dijo abiertamente que no, pero el intento del año anterior le había dejado una sensación de temor; ahora tenía hijos, se sentía demasiado viejo para esas cosas. Un día fue un guardia y le dijo que no podía quedarse allí con la furgoneta: “Si sigue quedándose aquí tendremos que informar al Ayuntamiento”. En definitiva, le impedían trabajar. En la misma temporada el dueño de la casa le había pedido un alquiler de veraneante (dos millones seiscientas mil liras en total) para los dos meses de la temporada turística.

Le había amenazado con desalojarlo si no pagaba; además le había enviado un abogado.

“Yo le dije”, contó Marino, “que no tenía intención de pagar y que, en cualquier caso, no tenía ese dinero para dárselo, de modo que no... vamos, que hiciera lo que quisiese. Pues bien, esto es lo que intentaba decir antes, cuando dije que me resulta difícil contar lo que luego sucedió en el interior de mi cabeza para que tomase semejante decisión. Recuerdo que aquella mañana no sabía, por así decirlo, qué hacer, en el sentido de que yo... así que nada... Cogí el vehículo y anduve dando vueltas toda la mañana... no sabía a quién dirigirme y en un momento dado me vi ante el cuartel de los carabineros y entré en él, y desde aquel momento, pues, empecé a...” (*dibattim.*, pp. 2164-65).

Filósofos, poetas y novelistas nos han enseñado que el corazón se mueve por razones que la razón ignora; que el ánimo humano es a menudo contradictorio; que las decisiones capitales son tomadas a veces con brusquedad, tras una labor sorda o decididamente inconsciente. El relato de Marino es absurdo y por eso es psicológicamente plausible. Pero nadie puede decidir si es veraz, un poco veraz y un poco falso o por completo falso. En el momento en que escribo estas líneas (10 de noviembre de 1990) los fundamentos de la sentencia, que tendrían que haber sido publicados en el plazo de sesenta días después de haber sido dictada, todavía no se han materializado. Me imagino a su redactor, responsable de este escandaloso retraso, mientras construye en torno al pasaje que acabo de citar un retrato psicológico de Marino. En vez de las sobras de *Crimen y castigo* que nos ha colocado Lombardi quizá leamos alguna reelaboración de *El extranjero* de Camus. Pero la plausibilidad (incluida la plausibilidad psicológica del absurdo) no es la verdad. ¿Qué discurría por el ánimo de Marino en el momento en que, según su relato, entró

por primera vez en el cuartel de los carabinieri de Ameglia? ¿Remordimiento, deseo de resarcimiento, expectativas de ventajas materiales...? ¿Quién puede decirlo?

“En esencia”, le preguntó el presidente en un momento del juicio, “¿si hubiera encontrado el dinero habría seguido llevando la misma vida y habría acallado un poco su conciencia o no?” (*dibattim.*, p. 28).

La respuesta de Marino llegó cuatro meses más tarde:

“...si se me pregunta si en otra situación no hubiera [...] tomado la decisión de confesar, respondo con toda tranquilidad que no lo sé, y puede ser tanto que no como que sí: además no es cosa que pueda descubrirse, en el sentido de que si ganara el gordo de la lotería y me convirtiera en millonario quizá no sintiera esa necesidad o quizá la sintiera igualmente es una cosa que no puedo decir” (*dibattim.*, p. 2178).

Miedo, amenazas, intentos de implicarle por parte de Maraúda... El presidente intentó por enésima vez aclarar el embrollo.

Marino: ...no entiendo qué es lo que usted piensa: pero si quiere decir que yo, por así decirlo, me decidí a confesar no por remordimientos de conciencia sino por otros motivos, eso...

Presidente: No, no... yo no digo eso (*dibattim.*, p. 2177).

XVII

Es muy probable que Marino mienta; y ciertamente le han creído. El proceso contra Adriano Sofri y sus coacusados concluyó en primera instancia con un error judicial. Y digo error porque para hablar de dolo (que en este caso implicaría además, necesariamente, un complot) ha de haber pruebas seguras.

Y no las hay. Pero no creo que pueda haber dudas sobre el hecho de que primero los investigadores, y posteriormente los jueces de la Audiencia de lo Criminal de Milán, equivocados por las confesiones mendaces de Marino, cayeron en un error.

Sabido es que errar es humano. Pero para un juez, como para cualquiera que esté profesionalmente implicado en la búsqueda de la verdad, el error no es sólo un riesgo: es una dimensión en la que se está inmerso de modo continuo. El conocimiento humano no sólo es intrínsecamente falible, sino que avanza por medio de los errores, tanteando, equivocándose, autocorrigiéndose. Error y verdad se implican recíprocamente, como la sombra y la luz. Ahora bien, no todos los errores tienen las mismas consecuencias. Existen errores catastróficos, errores inocuos, errores fecundos. Pero en el ámbito judicial esta última posibilidad no subsiste. El error judicial, aun cuando sea revocable, se traduce siempre en una mengua de la justicia.

Recuerdo estas cosas, que son obvias, para aclarar las implicaciones de la comparación, sugerida en un párrafo anterior, entre la actitud del presidente Minale con respecto a algunos testigos y la de ciertos inquisidores en los procesos por brujería. La Inquisición me repugna en tanto que institución: es un tribunal que prescinde de la fisonomía intelectual y moral de sus funcionarios. Es de suponer que entre ellos habría individuos escrupulosos, inteligentes, feroces, imbéciles, etc. (cualidades que frecuentemente coexisten, a la vez o en momentos distintos, en el mismo individuo). Pero durante casi dos siglos esta presumible variedad de actitudes individuales se ve contradicha por la tendencia recurrente a afrontar los casos de brujería partiendo de hipótesis difícilmente refutables. Por ejemplo, la literatura demonológica enseñaba que si una presunta bruja confesaba, era culpable; si callaba a pesar de las torturas, lo ha-

cía en virtud de un encantamiento (el llamado *maleficcium taciturnitatis*); si negaba, mentía seducida por el demonio, padre de todas las mentiras. Argumentaciones como éstas presuponían a veces la culpabilidad o la inocencia, en vez de intentar demostrarla. Muy probablemente dichas argumentaciones acababan reforzando la propensión de muchos inquisidores a servirse de su propio poder para solicitar o forzar —las más de las veces con total buena fe— las confesiones de los acusados ahormándolas según esquemas preexistentes.

Cuanto más nos sustraemos a la refutación, tanto más nos exponemos al error. Esta banal correlación salta a la vista a ojos de cualquiera que lea hoy día la mayor parte de los procesos de brujería celebrados en Europa entre los siglos XV y XVII. La cruda valoración retrospectiva formulada hacia 1620 en la ya citada *Instructio pro formandis processibus in causis strigum* suponía una consideración similar. El anónimo autor de ese texto —que desde luego era alguien perteneciente al ambiente de la Congregación romana del Santo Oficio— pedía a los inquisidores de los tribunales periféricos pruebas: lo que hoy llamaríamos hallazgos objetivos.

También el auto de procesamiento del juez Lombardi habla de “mole enorme de hallazgos objetivos obtenidos en el curso de la instrucción” que permiten “formular con la conciencia tranquila un juicio de plena credibilidad sobre las declaraciones de Marino”. Pero esta “credibilidad” (y aquí está el punto que nos interesa) se extiende, sigue el auto de procesamiento, también a la “parte en que él [Marino] cuenta noticias de hallazgos externos no investigables”. Antes de ver qué principio justifica esta afirmación es preciso subrayar que las “noticias” a que se alude incluyen elementos decisivos de la elaboración de la acusación, y entre ellos todo lo referente a los encuentros con los presuntos inductores. De he-

cho, Marino sostiene haber hablado con ellos cara a cara, sin testigos: con Pietrostefani, repetidas veces en Turín; con Sofri, en Pisa, inmediatamente después de la reunión por él celebrada el 13 de mayo de 1972, en la acera, frente a un bar. Esta última circunstancia fue luego completamente excluida, en el juicio, por muchos testigos, entre ellos Guelfo Guelfi, un militante de Lotta Continua que, acabada la reunión y terminada la breve discusión sobre la oportunidad o no de poner de inmediato la lápida dedicada a Franco Serantini, se fue en coche con Sofri a casa de un amigo común, Soriano Ceccanti (*dibattim.*, pp. 1516-20). Guelfi es amigo de Sofri: ¿es razón suficiente para preferir la palabra de Marino a la suya?

El auto de procesamiento continúa así: “Además tales indicaciones [carentes de hallazgos externos] deben considerarse fuentes de pruebas suficientes contra los acusados que son objeto de las mismas; de hecho, éstas encajan adecuadamente, a nivel lógico y cronológico, en el interior del cuadro probatorio y pleno de hallazgos trazado hasta el momento”. Éstas se hallarían “en plena sintonía con las actuales orientaciones de la jurisprudencia, que requieren, para aceptar las declaraciones de los “arrepentidos”, un hallazgo concreto o por lo menos una prueba de la coherencia interna de las declaraciones, aunque éstas hayan tenido lugar en distintos contextos temporales”. Al llegar a este punto el auto de procesamiento prevé una posible objeción: “Ciertamente es exacto lo comúnmente afirmado en la jurisprudencia sobre el tema de la llamada «falacia de la generalización»: que la veracidad de las declaraciones verificadas en algunos aspectos no se extiende automáticamente a todos los demás aspectos”. Y sin embargo este reconocimiento es sólo aparente: “pero es también principio afirmado”, sigue el auto de procesamiento, “que la valoración de la credibilidad de las

declaraciones *se efectúa globalmente*; y la misma se refleja, por tanto, sobre todo el conjunto del material propuesto al examen del magistrado, cuando se trate de un acontecimiento *de los intrínsecos de connotaciones unitarias y lógicamente no escindibles*".

No está claro qué significan exactamente las palabras que he puesto en cursiva. Pero el juez Lombardi da inmediatamente una explicación de las mismas:

"Esto quiere decir que si Tizio hace declaraciones verificadas como ciertas sobre tres hechos distintos referentes a una o más personas, ello no comporta automáticamente que haya dicho la verdad también en lo referente a un cuarto hecho, completamente distinto y no ligado a los precedentes, adscrito a las mismas o a distintas personas; ahora bien, si un acusado hace declaraciones sobre un acontecimiento de connotaciones unitarias, los hallazgos objetivos externos aportados por algunos de los hechos específicos producen sus efectos también en lo que se refiere a los otros hechos que son presupuestos por aquéllos o consecuencia inevitable de los mismos".

El "acontecimiento de los intrínsecos de connotaciones unitarias" se ha convertido en "acontecimiento de connotaciones unitarias"; la expresión "lógicamente no escindibles" se refiere ahora a hechos que son "presupuestos por aquéllos o consecuencia inevitable" de otros hechos. Como cualquiera puede ver, nos hallamos en el ámbito de la más pura, de la más insolente tautología. Pero tras estas verbosas repeticiones se esconden afirmaciones con consecuencias muy concretas.

La expresión "lógicamente no escindibles" que sigue al "acontecimiento de los intrínsecos de connotaciones unitarias" alude, verosímilmente, a la llamada "prueba lógica" reclamada inmediatamente a continuación por el auto de procesamiento. Tal prueba es definida en estos términos: en la intimación a la complicidad lo que acaba de explicarse debe ser

“compatible con los datos de conocimiento general ya obtenidos, sea en lo referente a los episodios criminales de que se trata, sea en lo referente a las reacciones de comportamiento normales de los sujetos implicados en tal tipo de hechos” (*ordinanza-sentenza*, pp. 107-8).⁵⁷ Esto significa, en el caso de que estamos tratando, que si 1) los robos en que Marino afirma haber colaborado están probados; si 2) parte de ellos han sido cometidos, según Marino, por encargo de la llamada estructura ilegal de Lotta Continua; entonces, 3) las confesiones de Marino sobre la condena a muerte de Calabresi decidida por la llamada ejecutiva y 4) sobre la función de inductores ejercida por Pietrostefani y por Sofri pueden ser aceptadas incluso en ausencia de hallazgos externos.

Si no me equivoco, por esta vía circula un comentario de Armando Spataro, fiscal de Milán, sobre la sentencia de primer grado emitida por la Audiencia de lo Criminal de Milán. Se trata de una entrevista publicada en la revista *Società civile* (junio de 1990). Spataro recuerda que siguió el proceso de cerca, participando en un par de interrogatorios y compartiendo las decisiones tomadas por su despacho y por el fiscal jefe Borrelli. El suyo es, pues, un comentario particularmente autorizado. Spataro subraya “el éxito de las investigaciones sobre la zona de montañosa o de colinas del Piamonte donde, según Marino, hacía sus ejercicios de tiro la estructura ilegal de Lotta Continua”. El anciano propietario de una casita abandonada a que se refería el testimonio de Marino, afirma Spataro, “contó que en aquella época había encontrado siluetas de hombres dibujadas en las paredes con señales de tiros de armas de fuego... Puede parecer un hallazgo marginal. Y sin embargo es fundamental. Porque prueba la existencia de una estructura clandestina de Lotta Continua. Y porque, una vez probada la participación de Marino y de Bompressi en el homicidio, de ella se deriva la remisión

de la responsabilidad del delito a una estructura específica dotada de una dirección política. Y por otra parte, ¿por qué la defensa de los demás acusados se ha centrado en negar porfiadamente la responsabilidad de Marino? Cualquiera que entienda de estas cosas comprendería que se trata de una tesis, de una elección, desesperada. En teoría sería más fácil sostener que su defendido es ajeno a los hechos y decir: Marino habrá estado allí, pero quién sabe con quién. Y sin embargo, no. Porque una vez descontada la participación de Marino todo el resto se sostiene”.

“¿Y bien?”, pregunta el entrevistador, Nando Dalla Chiesa. “Que es impensable”, sigue Spataro, “que Marino, miembro de una estructura clandestina verdaderamente existente, lleve a cabo por sí solo, por propia iniciativa, el primer homicidio político de los años setenta, poniendo en peligro de tal modo a su organización. Y fíjese en que verdaderamente no faltan hallazgos sobre la estructura clandestina: documentos, armas y demás.” “¿No nos hallamos ante una contradicción lógica?”, pregunta Dalla Chiesa. “Nada de eso”, replica Spataro. “Fíjese en que los argumentos lógicos son los argumentos más inatacables de cualquier decisión judicial, y no sólo en este caso, sino en la administración cotidiana de la justicia. Decir que dos y dos son cuatro es legítimo, no es preciso encontrar el cuatro por escrito. Y en este caso así ha sido.”

En su respuesta, publicada en el siguiente número de la misma revista, Adriano Sofri expuso la inexistencia de los presuntos “hallazgos objetivos” aducidos por Spataro. En ambos casos (porque Spataro confunde descuidadamente dos lugares mencionados por Marino, Corio, en el Canevese, y una casita del Novarese)⁵⁸ no se encontró nada concreto; el vago recuerdo de un anciano ex socio de un antiguo arrendador fue desmentido en la sala por la hija del ex arrendador y por un guardia de primera de los cara-

bineros; etc., etc. De hecho, estas precisiones son importantes. Pero yo quisiera insistir más bien en cuestiones de método, porque el modo de discurrir del fiscal es un calco de los adoptados por el juez instructor y (aunque con oscilaciones) por el presidente de la Audiencia de lo Criminal.

Desembaracémonos inmediatamente de la referencia a que “dos y dos son cuatro”. Esto es algo que no viene a cuento para nada. Mientras que “cuatro” es *necesariamente* “dos más dos” (y en este sentido no hay necesidad de encontrarlo por escrito), la llamada “prueba lógica” habla de *compatibilidad* (“compatible con los datos de conocimiento general ya obtenidos”, etcétera). Hasta un niño comprendería la diferencia; quizá también debería comprenderla un fiscal.

¿Pero es legítimo sustituir la ausencia de hallazgos externos sobre el comportamiento de un individuo por datos no documentados, sino meramente *compatibles* con cuanto ha sido efectivamente verificado? Hemos de distinguir entre legitimidad política y legitimidad lógica. Empecemos por la primera. Según Nando Dalla Chiesa (a quien hemos visto de pasada como entrevistador del fiscal Spataro), quien denuncia el abuso de la “prueba lógica” infravalora la gravedad de la situación causada por el peso creciente, y también político, alcanzado en Italia por el crimen organizado.⁵⁹ En los procesos a la mafia y a la camorra el recurso a la “prueba lógica” vendría impuesto por la necesidad de enfrentarse a individuos que destruyen, esconden o alteran las pruebas. Este razonamiento me deja perplejo, aun sin dudar de la importancia decisiva de la lucha contra el crimen organizado. En cualquier caso, es un razonamiento que no puede extenderse a un proceso totalmente distinto, como el efectuado contra los presuntos asesinos de Calabresi. En éste han triunfado al mismo tiempo la “prueba lógica” y la destrucción de

las pruebas materiales (ropas de la víctima, automóvil utilizado por los autores del atentado, proyectil homicida): una destrucción no precisamente atribuible a los acusados.

Intentemos ahora responder a la pregunta planteada antes (aceptación de los hallazgos externos basada en datos compatibles) desde un punto de vista lógico. Y con ello volvemos a la cuestión con la que empezamos: la de las relaciones entre el juez y el historiador. A pesar de las apariencias, la respuesta no tiene nada de obvia.

XVIII

El juez y el historiador, se dijo, tienen en común la convicción de que es posible “probar, según determinadas reglas, que x ha hecho y : donde x puede designar tanto al protagonista, aunque sea anónimo, de un acontecimiento histórico, como al sujeto de un procedimiento penal; e y , una acción cualquiera”.⁶⁰ Pero se trata de una convergencia que sólo es válida en un plano abstracto: quien examine el modo en que trabajan unos y otros, y el modo en que trabajaron en el pasado, descubrirá una profunda divergencia. De hecho, durante mucho tiempo los historiadores se han ocupado casi exclusivamente de los acontecimientos políticos y militares: de estados, no de individuos. Y los estados no son, a diferencia de los individuos, penalmente perseguibles.

También el estudio de las vidas individuales se remonta a los antiguos griegos. En el ciclo de lecciones leídas en Harvard en 1968 y posteriormente publicado bajo el título *Lo sviluppo della biografia greca*, Momigliano insistió en la distinción entre los dos géneros literarios: la historia y la biografía.⁶¹ Esta distinción duró mucho. Se puede escribir la biografía

de Alcibíades, de César Borgia, de Mirabeau, observó Droysen, el gran historiador alemán del XIX; pero no la de César o la de Federico el Grande. "El aventurero, el hombre sin éxito, la figura marginal", comenta Momigliano, "eran los sujetos adecuados a la biografía."⁶² Mientras que la vida de los que Hegel llamaba "individuos cósmico-históricos" se fusionaba completamente con la historia universal.

Pero el siglo XIX no fue sólo el siglo de Napoleón. Fue también el siglo que vio la afirmación plena de la burguesía, la transformación del campo europeo, la urbanización salvaje, las primeras luchas obreras, los inicios de la emancipación femenina. Un análisis histórico de estos fenómenos presuponía una renovación de las herramientas conceptuales, técnicas y estilísticas de la historiografía tradicional. Pero la que sería llamada historia social, heredera de la *histoire des mœurs* del XVIII, fue constituyéndose poco a poco. Curiosamente, un manifiesto precoz de historia "baja" escrito por el autor del famoso *Essai sur l'histoire de la formation et du progrès du Tiers État* (1850), Augustin Thierry, apareció revestido de la forma de "biografía imaginaria". Era un ensayo brevísimo titulado *Histoire véritable de Jacques Bonhomme, d'après des documents authentiques* (1820): una vida del campesino Jacques que se prolonga a lo largo de veinte siglos, desde la invasión de los romanos hasta el presente. Naturalmente se trataba de una "broma", si bien, a través de la unicidad del protagonista, Thierry quería subrayar una conclusión negativa: cambian los dominadores (romanos, francos, monarquía absoluta, república, imperio, monarquía constitucional), cambian las formas de dominio; pero el dominio sobre los campesinos permanece inmutable generación tras generación.⁶³ El mismo procedimiento narrativo fue adoptado por Michelet en la primera parte de *La Sorcière* ("La bruja", 1862): en este caso las metamorfosis y la

continuidad subterránea de la brujería son relatadas a través de una mujer, la bruja, que reúne en sí los acontecimientos de otros tantos siglos. Me parece obvio que Michelet se inspiró en Thierry. En ambos casos se trataba de recuperar por medio de un personaje simbólico una multitud de vidas abatidas por la miseria y por la opresión: la vida de aquellos que, como dijo Baudelaire en un verso inolvidable, "*n'ont jamais vécu!*".⁶⁴ Era un modo de aceptar el reto lanzado a los historiadores por un novelista como Balzac.⁶⁵ La mezcolanza de biografía imaginaria y de *documents authentiques* permitía apartar de un solo empujón un triple obstáculo: la escasez de testimonios, la irrelevancia del objeto (campesinos, brujas) en relación con criterios comúnmente aceptados y la ausencia de modelos estilísticos. Algo parecido sucedió con el advenimiento del cristianismo: la aparición de nuevos tipos humanos —obispos, santos, santas— exigió la adaptación de los antiguos esquemas biográficos y la invención de otros nuevos.⁶⁶

Orlando, de Virginia Woolf (1928), puede ser considerado un experimento en una dirección convergente con los anteriores, si bien no análoga, pues en él la invención prevalece sobre la reconstrucción historiográfica. En esta obra el protagonista que atraviesa brillantemente los siglos es un ser más marginal que nunca: un andrógino. Lo que confirma que el procedimiento narrativo de que estoy tratando no tiene un interés meramente técnico: es una tentativa consciente de sugerir la existencia de dimensiones históricas escondidas por ser (mas no solamente por ello) difícilmente accesibles desde el punto de vista documental. Una multitud de vidas borradas, destinadas a no contar para nada, halla un resarcimiento simbólico en la presentación de personajes eternos.⁶⁷

Alguien podría objetar que ninguno de los ejemplos hasta ahora citados puede ser considerado un

caso típico de investigación historiográfica: incluso *La Sorcière* que muchos consideran hoy día una de las obras maestras de la historiografía decimonónica), publicada en un ambiente ya impregnado de positivismo, fue considerada una especie de novela.⁶⁸ Intentemos, pues, acercarnos a libros de historia más recientes y menos discutidos.

Eileen Power elaboró con sir John Clapham el proyecto de la primera edición de la *Cambridge Economic History of Europe*; durante muchos años, hasta su temprana muerte (1941), enseñó historia económica en la London School of Economics.⁶⁹ En 1924 publicó *Medieval People*, un libro todavía vigente, basado en profundas investigaciones aunque dirigido a un público de no especialistas, en el que la sociedad medieval era presentada por medio de una serie de retratos de “gente muy común, desconocida y sin fama, a excepción de Marco Polo”. En el prefacio la autora observaba que con frecuencia “para reconstruir la vida de la persona más vulgar hace falta tanto material como para escribir una historia de Roberto de Normandía o de Felipe de Hainault”.⁷⁰ Es una tesis provocativa y quizá algo exagerada; a pesar de su talento para combinar erudición e imaginación, Eileen Power no logró probarla del todo. Es significativo que las dos mujeres de la serie, *madame Eglentyne* y la mujer de *Ménagier*, hayan sido sacadas de dos textos literarios muy distintos entre sí y de autores varones: Chaucer y el *Ménagier de París*, este último identificado solamente como autor de un libro de consejos para la mujer escrito entre 1392 y 1394. Todavía es más significativo el hecho de que el protagonista del primer capítulo del libro, Bodo el campesino, sea en realidad poco más que un nombre inscrito en el libro catastral redactado en tiempos de Carlomagno por Irminone, abad de Saint-Germain-des-Prés. Sabemos que Bodo tenía mujer, Ermentrude, y tres hijos, Wido, Gerberto e Hildegard; tene-

mos algunos datos sobre las tierras que cultivaba. ¿Cómo dar concreción a estos datos desnudos? Eileen Power bosqueja el contexto en que vivía Bodo: explica cómo estaba organizado el trabajo en las tierras de la abadía; la relación entre las tierras señoriales y los pecheros; las obligaciones a que estaban sometidos los campesinos; intenta “imaginar un día cualquiera de su vida. Una hermosa mañana de primavera, hacia finales del reinado de Carlomagno, Bodo se levantó temprano...”. Pero Eileen Power no se detiene en este punto: intenta también reconstruir las creencias de Bodo, sus supersticiones: “Si hubiera seguido de cerca a Bodo, probablemente le habría visto, al romper el primer terrón, sacar de la chaqueta una pequeña hogaza cocida por Ermentrude con los distintos tipos de harina, y también le habría visto inclinarse, ponerla sobre el terrón y cantar: «¡Tierra, tierra, tierra! Oh tierra, nuestra madre...»” (sigue el texto de un conjuro anglosajón).⁷¹

Las diferencias entre la vida de Jacques Bonhomme, presentada con unos pocos rasgos por Augustin Thierry en 1820, y la vida de Bodo, minuciosamente dibujada por Eileen Power un siglo más tarde, saltan a la vista: en la primera las noticias documentales se disponen a lo largo de un arco de veinte siglos y en torno a un personaje simbólico; en la segunda, en una dimensión temporal homogénea y en torno a un individuo que realmente existió. En ambos casos opera un mismo principio: la ocupación de las lagunas documentales, debidas a la pobreza de la documentación, por elementos sacados del contexto (diacrónico en el primer caso, sincrónico en el segundo). Además, E. Power, que parte más bien de un postulado realista y no simbólico, utiliza el contexto de modo elástico: difícilmente Bodo, que vivía cerca de París, podía recitar un conjuro anglosajón. Al leer “seguramente Bodo se habrá tomado unas vacaciones y habrá ido a la feria” comprendemos de inme-

diato que se trata de una conjetura. Pero ante una frase formalmente no conjetural como "Bodo se fue piando bajo el viento fresco" sería ingenuo preguntarse si está basada en una fuente.⁷² La primera ocupación de una laguna documental viene sugerida, así como otras que hay a lo largo del mismo texto, por un juicio de compatibilidad histórica; la segunda, por una consideración genérica de plausibilidad (los campesinos pían hoy e indudablemente también pían en tiempos de Carlomagno) decididamente discutible (los hombres no son pájaros, su piar no es un acto natural).

En el prefacio a *Medieval People*, E. Power habla de una "historia social... tratada de un modo que podríamos llamar individualista". Este término no debe inducir a engaño: aquí el individuo es sinónimo del "tipo", aunque no del "tipo ideal" en el sentido propuesto por Max Weber.⁷³ Pero quien investigue la historia de los grupos sociales subalternos ¿puede proponerse la reconstrucción de individuos en todo el sentido del término? Hace casi treinta años François Furet dio una respuesta muy clara a esta pregunta: las clases inferiores del pasado sólo pueden ser estudiadas bajo el signo "del número y del anonimato, por medio de la demografía histórica y de la sociología".⁷⁴ Hoy día esta afirmación parece, en definitiva, demasiado rígida si no pesimista. Se ha demostrado que, sobre todo gracias a las fuentes judiciales, son posibles análisis cualitativos trabajando ya sobre actas de procesos, ya, de ser necesario, sobre sus reelaboraciones literarias. En esta última dirección se movió Natalie Davis en su *The Return of Martin Guerre* ("La vuelta de Martin Guerre"): un caso de sustituciones e intercambios de persona, acaecido en un pueblo francés del siglo XVI. El caso dio lugar posteriormente a un proceso clamoroso hoy perdido, pero indirectamente accesible gracias al minucioso relato dado a la imprenta por el juez que

dictó la sentencia, Jean Coras. Esta situación documental condicionó la estrategia investigadora de N. Davis:

“A falta de las actas del proceso (faltan todas las actas de este tipo del Parlamento de Tolosa referentes a causas criminales anteriores al 1600), he revisado los registros de las sentencias parlamentarias para saber más sobre el tema y conocer mejor los usos y actitudes de los jueces. En cuanto a los rasgos de mis actores rurales, he revisado las actas notariales de pueblos parecidos de las diócesis de Rieux y Lombez. Cuando no encontraba al hombre o a la mujer que buscaba, me dirigí, en la medida de lo posible, a otras fuentes de la misma época y lugar para descubrir el mundo que debieron de conocer y las reacciones que pudieron tener”.⁷⁵

Inevitablemente se piensa en Eileen Power, sobre la cual N. Davis ha escrito recientemente con calor y penetración.⁷⁶ Pero N. Davis está mucho más atenta que E. Power a distinguir entre verdad verificada y posibilidad, para señalar la ocupación de lagunas documentales con un condicional (o un “quizá”, o “probablemente”) en vez de ocultarlas bajo un indicativo. El procedimiento de N. Davis podría compararse al de las restauraciones modernas, en que las lagunas de una pintura no son escondidas por repintados, sino subrayadas por un rayadillo.⁷⁷

Así pues, el contexto, entendido como lugar de posibilidades históricamente determinadas, sirve para colmar lo que los documentos no nos dicen sobre la vida de un individuo. Pero estas ocupaciones de lagunas son posibilidades, no consecuencias necesarias; son conjeturas, no hechos comprobados. Quien llegase a conclusiones distintas negaría la dimensión aleatoria e imprevisible que constituye una parte importante (aunque no exclusiva) de la vida de cada uno.

Volvamos al proceso contra Sofri y sus coacusa-

dos. En el mismo, el juez instructor Lombardi y el fiscal Pomarici se han comportado como historiadores más que como jueces; y no sólo eso: como historiadores poco prudentes. En apariencia se trata de una transgresión disciplinar inocua. En realidad se trata de algo muy distinto.

Estas consideraciones fueron iniciadas subrayando que existe un terreno común a jueces e historiadores: el de la verificación de los hechos y, por ello, de la prueba. Paso a paso hemos visto cómo surgían una serie de divergencias: por ejemplo la que hay entre error judicial y error científico, que a su vez remite a la cuestión (que aquí no se discute) de la sentencia.⁷⁸ Ahora también revela no ser completa la convergencia sobre la verificación de los hechos. Los hechos que examinan los jueces y los historiadores son, en parte, diferentes, sobre todo porque diferente es, en unos y en otros, la actitud hacia el contexto, o mejor, hacia los contextos. A los jueces los contextos se les presentan (si prescindimos de la prueba lógica, sobre la que enseguida volveremos) principalmente en forma de elementos o circunstancias atenuantes, de orden biológico o histórico. Basándose en ellos un individuo puede ser considerado parcial o totalmente perturbado, momentánea o constitucionalmente incapaz de comprender, y así sucesivamente; o una serie de delitos puede ser condonada por haber sido cometidos en una situación excepcional (guerra civil, luchas sociales prolongadas, como las que tuvieron lugar en Italia en otoño de 1969, etc.). Estos elementos o circunstancias intervienen modificando una situación normal y atenuando el principio de culpabilidad, según el cual “ningún hecho o comportamiento tiene el valor de una acción si no es fruto de una elección; ni, por consiguiente, puede ser castigado, y menos aún prohibido, si no es intencional, es decir, si no es cometido con conciencia y voluntad por una persona capaz de comprender y de querer”.⁷⁹ Ya vimos

que la reducción de todo acontecimiento o suceso histórico a este tipo de acciones caracteriza a la historiografía que definimos como judicial. Pero en el campo científico es un camino que se pierde. Sin embargo, de un siglo a esta parte la relación entre acciones humanas y contextos (biológicos, culturales, económicos, etc.) constituye, para la historiografía más viva, un problema abierto, y no un postulado definido de una vez por todas en un sentido u otro. Esto explica el "ambiguo papel", como ha escrito Momigliano, que ha asumido la biografía en la investigación histórica: "puede ser un instrumento de la investigación histórica o puede ser un modo de huir de ella".⁸⁰

El camino del juez y el del historiador, coincidentes durante un tramo, luego divergen inevitablemente. El que intenta reducir al historiador a juez, simplifica y empobrece el conocimiento historiográfico; pero el que intenta reducir al juez a historiador contamina irremediablemente el ejercicio de la justicia. En efecto, Lombardi tiene razón (frente a Spataro) al formular la "prueba lógica" en términos de compatibilidad, en vez de derivación necesaria del contexto; pero ambos yerran cuando pretenden demostrar, partiendo de circunstancias contextuales y en ausencia de cualquier hallazgo externo, que determinados comportamientos individuales de hecho han tenido lugar. Esto supone escurrirse tácitamente (e indebidamente) del plano de la mera posibilidad al de la aserción de hecho; del condicional al indicativo. Es un desvarío lógico paradójicamente basado en un abuso de la llamada "prueba lógica" (que más justamente podría llamarse "prueba contextual"). Pero a diferencia de los desvaríos de los historiadores, los de los jueces tienen consecuencias inmediatas y más graves. Pueden llevar a la condena de individuos inocentes.

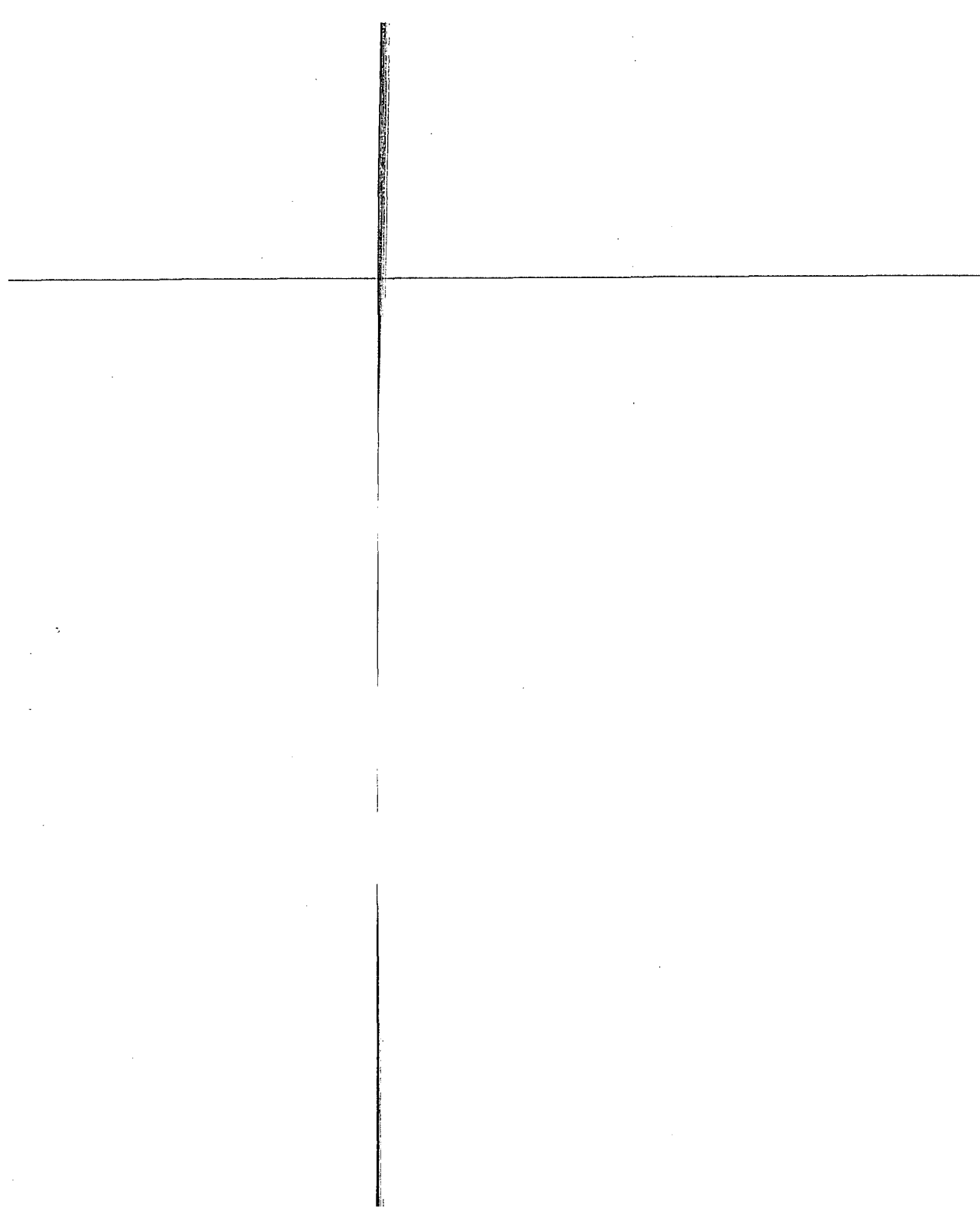
XIX

Como he dicho al principio, estoy absolutamente seguro de la inocencia de Adriano Sofri. Pero la certidumbre moral no tiene valor probatorio. Por eso no he insistido en mis convicciones, que a nadie interesan. Lo que sí he hecho ha sido intentar mostrar por medio de un análisis de la documentación del proceso que las acusaciones contra Sofri no tenían base alguna. Verdaderamente me cuesta creer que los jueces milaneses, en el momento de emitir su sentencia, no hayan tenido *alguna duda* sobre la veracidad de las acusaciones de Marino. Y la existencia de una duda —por mínima que sea— respecto de dichas acusaciones tendría que haberles inducido a emitir una sentencia absolutoria.

El principio *in dubio pro reo*, según el cual un acusado sólo puede ser condenado si se está absolutamente seguro de su culpabilidad, no se da por sentado, sino todo lo contrario. En 1939 un jurista italiano, fascista y filonazi, lo rechazaba resueltamente:

“En caso de incertidumbre de derecho, él [el juez] se atendrá al principio *in dubio pro re publica*, que en el Estado totalitario ocupa el puesto del antiguo *in dubio pro reo*. En la incertidumbre, para la legislación alemana se convierte en fuente de derecho el «sano sentimiento del pueblo» (*gesundes Volksempfinden*). Para nosotros podría tener valor de fuente la voluntad del Duce, tal como puede recabarse de su palabra, de su enseñanza, de su doctrina.”⁸¹

Estos principios no prevalecieron. La razón de Estado no entra (no debe entrar) en las salas de los tribunales de nuestro país. La sentencia de primer grado emitida por la Audiencia de lo Criminal de Milán es un error judicial que se puede, que se debe corregir.



NOTAS

1. Cfr. *Spie. Radici di un paradigma indiziario* (1979), ahora en *Miti emblematici spie*, pp. 158-209, Turín, 1986; Introducción a P. Burke, *Cultura popolare nell'Europa moderna*, pp. XIV-XV, trad. it., Milán, 1980; "Prove e possibilità", postfacio a N. Zemon Davis, *Il ritorno di Martin Guerre*, pp. 131-154, particularmente p. 151, nota 7, Turín, 1984; "Montrer et citer", en *Le Débat*, n° 56 (septiembre-octubre de 1989), pp. 43-54; "L'inquisitore come antropologo", en *Studi in onore di Armando Saitta dei suoi allievi pisani*, al cuidado de R. Pozzi y A. Prosperi, pp. 23-33, Pisa, 1989; "Just One Witness", comunicación presentada en el congreso The "Final Solution" and the Limits of Representation (Los Ángeles, 25-29 de abril de 1990; las actas están en curso de publicación por la Harvard University Press).

2. P. Calamandrei, "Il giudice e lo storico", en *Rivista di diritto processuale civile*, XVII (1939), pp. 105-28, que se basa en G. Calogero, *La logica del giudice e il suo controllo in Cassazione*, 1937.

3. Así, L. Ferrajoli, *Diritto e ragione. Teoria del garantismo penale*, p. 119 y 771-73, Bari, 1989.

4. Cfr., del autor de estas líneas, *Storia notturna. Una decifrazione del sabba*, p. XIII, Turín, 1989 [hay traducción española de esta obra (*N. del T.*)]. La comparación entre el proceso al que me refiero y los procesos por brujería fue sugerida en una carta redactada por Adriano Prosperi y suscrita por varias personas (yo entre ellas). La carta fue enviada a varios periódicos de difusión nacional: sólo la publicaron *L'Unità* (11.5.1990) e *Il Manifesto* (17.5.1990).

5. Cfr. J. Tedeschi, "The Roman Inquisition and Witchcraft", en *Revue d'histoire des religions*, 200 (1983), pp. 163-88; Id., "Appunti sulla «Instructio pro formandis processibus in causis strigum, sortilegiorum & maleficiorum»", en *Annuario dell'Istituto Storico Italiano per l'età moderna e contemporanea*, XXXVIII-XXXIX (1985-86), pp. 219-41; P. H. Jobe, "Inquisitorial Manuscripts in the Biblioteca Apostolica Vaticana: a Preliminary Handlist", en *The Inquisition in Early Modern Eu-*

rope. *Studies on Sources and Methods*, al cuidado de G. Henningsen y J. Tedeschi, Dekald (Ill.), 1986, pp. 33-53, y especialmente pp. 44-45; del autor del presente libro, *I benandanti. Siregoneria e culti agrari tra Cinquecento e Seicento*, pp. 135-37, Turín, 1966. Tedeschi, a quien se debe la investigación más profunda sobre el tema, niega que la *Instructio* supusiera un verdadero giro en la praxis inquisitorial (*Appunti*, cit., p. 238 ss.); pero me parece significativo que la remisión a los principios con que se iniciaba el texto fuera acompañada de la constatación de que los mismos casi nunca eran observados.

6. Cfr. A. Momigliano, "History Between Medicine and Rethoric", en *Ottavo contributo alla storia degli studi classici e del mondo antico*, pp. 14-25, Roma, 1987.

7. Cfr., del autor de estas líneas, *Montrer*, cit.

8. Cfr. A. Momigliano, "Storia antica e antiquaria", en *Sui fondamenti della storia antica*, pp. 5-45, Turín, 1984.

9. He consultado la segunda edición de la obra de Griffet (Lieja, 1770). A. Johnson, *The Historian and Historical Evidence*, p. 114, Nueva York, 1934 (1ª ed. 1926) que cita el pasaje por mí recordado, define el *Traité* como "el libro más importante sobre el método histórico después de *re diplomatica* de Mabillon". Véase también, de Momigliano, *Sui fondamenti*, cit., p. 19; y, del autor de estas líneas, "Just One Witness", cit. Sobre Gibbon, véase, sobre todo, el ensayo fundamental de Momigliano recogido en *Sui fondamenti*, cit., pp. 294-367.

10. Cfr. K. Löwith, *Significato e fine della storia* (trad. it. de *Meaning in History. The Theological Implications of the Philosophy of History*, 1949), p. 92, Milán 1963 ("La historia del mundo es el tribunal del mundo", traducción que aún hace más vaporosa la ambigüedad del texto, debidamente subrayada por Löwith; en la p. 36 la misma frase figura como "La historia del mundo es el juicio del mundo". Yo propondría "La historia del mundo es el juicio final" o algo semejante). La frase (como me ha indicado Alberto Gajano) aparece al menos tres veces en la obra de Hegel: cfr. *Enciclopedia delle scienze filosofiche*, trad. it. de B. Croce, Bari, 1951, especialmente p. 548; *Filosofia del diritto*, trad. it. de F. Messineo, especialmente p. 340; *Lezioni sulla filosofia della storia*, trad. it. de G. Calogero, p. 70, Florencia, 1967. En general, cfr. R. Koselleck, *Futuro passato*, trad. it., p. 49, Génova, 1986.

11. Cfr. Lord Acton, *Lectures on Modern History*, p. 17, Londres, 1960.

12. De "historiografía judicial" ha hablado con agudeza L. Ferrajoli en un artículo sobre el caso: "7 de abril" publicado en *Il Manifesto*, 23-24 de febrero de 1983.

13. Me he servido con provecho de *L'albero della Rivoluzione. Le interpretazioni della Rivoluzione francese*, al cuidado de B. Bongiovanni y L. Guerri, Turín, 1989: véanse, especialmente, las voces *Alphonse Aulard* y *Albert Mathiez* (por M. Vovelle), así como *Hippolyte Taine* (por R. Pozzi). De Aulard, cfr. *Taine historien de la Révolution française*, París, 1907, que se inicia con una declaración característica (p. VII): "*Je crois donc être sûr, je ne dis pas de paraître impartial, mais d'être impartial*". También sobre metáforas judiciales, véase el título de la recopilación de ensayos de varios autores, *Eine Jury für Jacques Roux*, en "Sitzungsberichte der Akademie der Wissenschaften der DDR", (Gesellschaftswissenschaften), Berlín, 1981. A un nivel infinitamente más vulgar, véanse, en Italia, los muy recientes procesos dedicados al Risorgimento y a la resistencia antifascista.

14. Cfr. M. Bloch, *Apologia della storia o mestiere di storico*, trad. it., pp. 123-25, Turín, 1969.

15. Véanse las observaciones sobre Mathiez de F. Furet, *Dictionnaire critique de la Révolution française*, París, 1988, voz "Histoire universitaire de la Révolution", pp. 990-91 (trad. it., *Dizionario critico della Rivoluzione francese*, Milán, 1989). Sobre *La Grande Peur de 1789* (trad. it., *La grande paura del 1789*, Turín, 1974), véase la introducción de J. Revel a la reedición de 1989. La contraposición entre los dos libros es puramente simbólica: no se tiene en cuenta, por ejemplo, *La vie chère et le mouvement social sous la Terreur*, 1927 (A. Mathiez, *Carovita e lotte sociali sotto il Terrore*, trad. it., Turín, 1949).

16. Cfr. la voz *Georges Lefebvre* (por L. Guerri) en *L'albero della Rivoluzione*, cit.

17. La frase de Brecht, citada por Walter Benjamin, es: "No hay que partir de las cosas viejas buenas, sino de las cosas nuevas malas" (cfr. W. Benjamin, *Avanguardia e rivoluzione. Scritti letterari*, trad. it., p. 233, Turín, 1973). Sobre los ecos de Gentile en los escritos de H. White (sobre estos últimos, véase más adelante), cfr. "Just One Witness", cit.

18. Marcel Mauss era de distinta opinión: cfr. *Rapports réels et pratiques de la psychologie et de la sociologie* (1924), en *Sociologie et anthropologie*, París, 1960, pp. 281-310, especialmente p. 287, donde se rechaza la tendencia a separar "*la conscience du groupe de tout son substrat matériel et concret. Dans la société, il y a autre chose que des représentations collectives, si importantes ou si dominantes qu'elles soient*", etcétera.

19. Entre las figuras más representativas de esta tendencia véanse —desde puntos de vista no coincidentes— Michel de Cer-

teau (en Francia) y Hayden White (en los Estados Unidos). Véanse de ellos, en italiano, respectivamente, *La scrittura della storia*, Roma, 1977, y *Retorica e storia*, 2 vols., Nápoles, 1978 (trad. it. de *Metahistory*, Baltimore, 1973). Sobre White, cfr. A. Momigliano, "La retorica della storia e la storia della retorica: sui troppi di Hayden White", en *Sui fondamenti*, cit., pp. 465-76; y, del autor de estas líneas, *Montrer*, cit., y "Just One Witness", cit. Sobre F. Hartog, *Le miroir d'Hérodote*, París, 1980, cfr. *Prove e possibilità*, cit., pp. 143-144.

20. Sobre la prueba, cfr. Ferrajoli, *Diritto e ragione*, cit., p. 108 y ss.

21. Cfr. Bloch, *Apologia della storia*, cit., p. 117 y ss.

22. Cfr. Ferrajoli, *Diritto e ragione*, cit., p. 32.

23. Cfr., por ejemplo, las transcripciones del juicio oral, pp. 22, 48, 173, 183, 205, 235, 640, 660, etc., al cuidado alternativamente, con gran inteligencia hermenéutica (y pienso, sobre todo, en el sabio uso de los signos de puntuación), de M. Bernasconi y L. Scalise.

24. Sobre todo esto, cfr. Ferrajoli, *Diritto e ragione*, cit., p. 23, y, del autor de esta obra, *L'inquisitore*, cit.

25. Las abreviaturas *inf. test.*, *verb.*, *istrutt.*, *confr.*, se refieren a las transcripciones, paginadas separadamente, de las actas siguientes: *inf. test.* (*informazioni testimoniali*), informes testimoniales en presencia de oficiales de carabinieri (20 de julio de 1990); *verb.* (*verbali*), actas del interrogatorio en presencia del fiscal Ferdinando Pomarici (21, 26, 26 y 27 de julio); *istrutt.* (*istruttoria*), instrucción en presencia del juez Antonio Lombardi (29 de julio: con asistencia, además, del fiscal Pomarici; 1, 5, 17 de agosto; 1, 3, 15 y 26 de septiembre; 24 de octubre de 1988 y 6 de febrero de 1989); *confr.* (*verbale di confronto*), acta del careo entre Leonardo Marino y Adriano Sofri, el 16 de septiembre de 1988.

26. Tanto aquí como en otros puntos de esta obra, las páginas entre paréntesis se refieren a las transcripciones mecanografiadas.

27. Sin embargo, véase, sobre este punto, A. Sofri, *Memoria*, pp. 62-63, Palermo, 1990.

28. *Ibid.*, pp. 73-77.

29. *Confr.*, p. 6 (la segunda respuesta, dada anteriormente, consta en acta a petición del abogado Gentili; defensor de Sofri).

30. Cfr. Sofri, *Memoria*, cit., pp. 45-49 y 82-83.

31. Cfr. L. Febvre, "Dal 1892 al 1933: esame di coscienza di una storia e di uno storico", en *Problemi di metodo storico*, trad. it., pp. 73-74, Turín, 1976.

32. "Mire, Marino, en la práctica yo no lo deducía de las actas ni de ninguna parte... ¡me hago a la idea!": palabras del coronel Bonaventura (*dibattim.*, p. 1696).

33. "Ante nosotros los infrascritos oficiales de P.G., pertenecientes al citado Centro Operativo y a la Compañía CC. de Sarzana...", se lee en las actas. El capitán Meo prestaba servicio entonces en Sarzana. Las actas van acompañadas de firmas indecifrables.

34. Recojo aquí, casi al pie de la letra, una observación de Adriano Sofri (*Memoria*, cit., p. 142).

35. Cito a partir de una transcripción estenográfica (no oficial) de la calificación del fiscal Pomarici.

36. *Memoria*, cit., p. 146.

37. En la transcripción, "conciencia".

38. En el informe sobre el proceso publicado en *Il Giorno* (27 de enero de 1990), se lee: "Sobre este punto [el encuentro de don Vincenzi con los individuos que mostraron la placa de carabinieri] insiste el abogado Gaetano Pecorella con preguntas más específicas: ¿significa que Marino estaba en realidad controlado o tutelado mucho antes de su entrega a los carabinieri?". Cosa extraña, en las transcripciones del juicio no encuentro huellas de estas preguntas formuladas por el abogado Pecorella.

39. No exactamente: sobre la extraña circunstancia de la multa impagada, cfr. Sofri, *Memoria*, cit., pp. 52-58.

40. El abogado Maris explicó en el verano del 88 (como relata Franco Bechis en un artículo publicado en *Il Sabato*, 20-28 de agosto de 1988) que Marino, su defendido, había confesado los delitos cometidos a un carabiniere de Bocca di Magra "con quien tenía una relación como quien dice familiar, como sucede en los pueblecitos".

41. En el mismo sentido véase el comentario de Manuela Cartosio (*Il Manifesto*, 22 de febrero de 1990).

42. Como se explica en varias ocasiones en el curso del proceso, el segundo hijo de Marino se llama Giorgio, como Pietrostefani, por pura coincidencia: Pietrostefani es por todos conocido como "Pietro".

43. Declaraciones publicadas en *La Stampa*, 28.1.1990.

44. Que fue rechazada en la memoria enviada a los jueces antes de que se constituyeran en tribunal: "hay que evitar la teoría del complot porque oscurece la inteligencia y frecuentemente no va más allá de una explicación cómoda" (*Memoria*, cit., p. 139).

45. Estas palabras, así como el párrafo entero, a excepción de la última frase, fueron escritas en agosto-septiembre

de 1990. En cuanto al registro llevado a cabo en la llamada guarida brigadista de la calle Montenevoso, leí un artículo publicado en *L'Espresso* el 7 de agosto de 1988, en el cual el periodista Franco Giustolisi sintetizaba una discusión entre los magistrados Ferdinando Pomarici y Armando Spataro (en diversas ocasiones recordados en estas páginas) y el senador comunista Sergio Flamigni, ya entonces componente de la comisión Moro. El artículo terminaba así: "*Flamigni*: «Así pues, doctor Pomarici, ¿el piso de la calle Montenevoso lo ha registrado bien?». *Pomarici*: «Lo he desmontado. Muro a muro. Ladrillo a ladrillo». *Flamigni*: «Con todo, algún día yo he de darme el gusto de entrar en la calle Montenevoso. Para ver si...»". A principios de octubre de 1990, durante las obras de reestructuración del piso de la calle Montenevoso se descubrió un escondite cubierto por un simple panel: dentro había armas, dinero y 418 páginas (fotocopiadas) que contenían una serie de cartas, hasta el momento desconocidas, escritas por Moro durante su encarcelamiento. El juez Pomarici, que había "desmontado" el piso doce años antes, explicó que durante el registro el escondite y su contenido le habían pasado desgraciadamente desapercibidos. Poco después (17 de octubre) el honorable Giulio Andreotti, presidente del tribunal en funciones, reveló que en Italia opera desde 1956 una estructura militar secreta (la llamada "operación Gladio") ligada a los servicios secretos estadounidenses y con funciones explícitamente anti-comunistas.

46. M. Cortelazzo y U. Cardinale, *Dizionario di parole nuove, 1964-1984*, p. 61, Turín, 1986, dan la siguiente definición: "Análisis crítico de los acontecimientos con la intención de individuar, 'tras' [en it., *dietro*; lo que hace innecesaria cualquier otra aclaración etimológica; n. *del t.*] las causas aparentes, las verdaderas intenciones ocultas". Con todo, los ejemplos que figuran a continuación tienen todos un tono más o menos negativo, empezando por el más alejado cronológicamente (*La Repubblica*, 16 de diciembre de 1979): "Para intentar comprender, y no para hacer un ejercicio de «dietrología», sólo hace falta examinar algunas hipótesis..." Véase también "«dietrología» (ciencia empírica reciente que consiste en la búsqueda de quién sabe qué significado tras cualquier comportamiento o palabra)" (*Corriere della Sera*, 6 de febrero de 1981); "Sobre la «dietrología», ciencia del imaginar, cultivo de la sospecha, filosofía de la desconfianza, técnica de la hipótesis doble, triple, cuádruple, se han hecho últimamente muchas ironías" (*La Stampa*, 3 de abril de 1982).

47. Véase, del autor del presente libro, *Storia notturna*, cit.,

pp. 5-61 (y, desde un punto de vista general, pp. XXV-XXVI).

48. Cfr., por ejemplo, A. Ventura, "Il problema storico del terrorismo italiano", en *Rivista storica italiana*, 92 (1980), pp. 125-51, con quien comparto, en el plano científico, solamente la reivindicación de la relevancia de la noción de complot (p. 148).

49. Cfr. Sofri, *Memoria*, cit., pp. 139-52.

50. Saco esta noticia de un informe del abogado Gaetano Pecorella, defensor de Ovidio Bompressi. Informó sobre el mismo *Il Giorno* (6 de abril de 1990) en un breve artículo titulado "Senza giacca, nessuna certezza". L. Ferrajoli ha insistido en la destrucción de las pruebas en una intervención muy lúcida que he leído una vez terminado el presente libro, excepción hecha del *Post-scriptum*: cfr. "La prova diabolica", en *Politica e economia*, pp. 9-11, julio-agosto 1990.

51. En un pasaje (estropeado por algunas paráfrasis) de la defensa del abogado Maris, defensor de Marino, en vez del abogado republicano figura la madre: "No fue sólo el miedo lo que movió a Marino a acudir a un cuartel de carabinieri. Había en su comportamiento raíces lejanas. Marino fue de niño a un colegio de salesianos, procede de una familia católica. Estaba acostumbrado a responder a su madre cuando le preguntaba si había pecado de hecho o de pensamiento. En los años de su infancia y de su pubertad se confesaba. Y cuando digo que tras sus avatares hay dos mil años de eucaristía no digo cosas fastidiosamente literarias: cuando quieras librate de lo que te atenaza el corazón, acude al sacerdote. Y, de hecho, él acude a su párroco. Pero puesto que ha sido obrero de la Fiat, asume su responsabilidad también ante una conciencia laica. Y acude al senador Bertone, porque está inscrito en el PCI y busca una relación de sinceridad con su propio partido. Y Bertone le responde: «Preséntate...»" (*La Repubblica*, 10 de abril de 1990).

52. "...en las primeras actas —explicó Marino en el juicio (11 de enero de 1990, *dibattim.*, p. 157)— dije que era un mes de verano: evidentemente, en aquel momento mis recuerdos sobre este episodio eran muy vagos."

53. Puede recordarse otro disparate similar, si bien respecto de otra cosa completamente distinta: en la instrucción Marino dijo que tras el atentado había cogido un tren (inexistente) para Turín a las 9.40; en el juicio habló, corrigiéndose, de "un tren que salía de Milán más o menos alrededor de las diez, unos minutos antes o después; en realidad, como le hizo ver el presidente del tribunal, el tren salía, más vulgarmente, a las 10 en punto (*dibattim.*, pp. 100-1). En cuanto a otros lugares comunes

recurrentes en las confesiones de Marino, cfr. Sofri, *Memoria*, cit., pp. 151-52.

54. Así lo dijo Marino en la instrucción (p. 12). Cuando el abogado Pecorella recordó en el juicio oral esta declaración, subrayando implícitamente su inverosimilitud, Marino hizo un gesto de impaciencia: cfr. anteriormente, cap. XII (y *dibattim*, p. 234).

55. Cfr., del autor del presente libro, "Stregoneria e pietà popolare: note a proposito di un processo modenese del 1519", en *Miti emblematici*, cit., pp. 3-28; *I benandanti*, cit.

56. Cfr. Sofri, *Memoria*, cit., p. 50 y ss.

57. "El recurso a la citada prueba lógica es peligrosísimo; adentrarse en ese terreno es como caminar por un campo minado", escriben Giandomenico Pisapia y Massimo Dinoia ("*Processo Marino*": dalle "Note di udienza nell'interesse di Giorgio Pietrostefani" alla sezione della Corte d'Assise di Milano, p. 20, Roma, junio de 1990).

58. En la respuesta a la intervención de Sofri, publicada también en *Società civile*, el fiscal Spataro no se refiere al error cometido sobre este punto.

59. "Está prohibida la palabra «emergencia» [...] Incluso está prohibido tener convicciones, porque son «teoremas». Pero también está prohibido tener dudas, porque son «sospechosas»; y el cultivo de la sospecha es malo, es mejor que el pueblo sea obediente y crédulo. Está prohibido el concepto de «prueba lógica»; decir que dos y dos son cuatro es sólo un análisis sociológico. También la instrucción de Falcone es un análisis sociológico «sin un guiñapo de prueba». Y además está también prohibida la búsqueda de justicia, puesto que expresa una voluntad de venganza" (N. Dalla Chiesa, *Storia di boss ministri tribunali giornali intellettuali cittadini*, pp. 93-94, Turín, 1990).

60. Véase anteriormente, cap. II.

61. Cfr. A. Momigliano, *Lo sviluppo della biografia greca*, trad. it., p. 40, Turín, 1974.

62. *Ibid.*, pp. 4-5.

63. Este breve escrito se publicó primero en el *Censor européen* del 12 de mayo de 1820; cfr. la introducción de R. Pozzi a A. Thierry, *Scritti storici*, p. 26, Turín, 1983, que en general subraya la importancia de la colaboración del joven Thierry con Saint-Simon. El ensayo fue posteriormente reeditado en *Dix ans d'études historiques*, París, 1835; he consultado la edición de Milán [París], 1843, donde figura en las pp. 202-8; en la p. 207 se habla de "plaisanterie". Cfr. L. Gossmann, "Augustin Thierry and Liberal Historiography", en *History and Theory*,

Beiheft 15, 1976. Véase también M. Gauchet, *Les lieux de la mémoire*, II; París, 1986.

64. "Le Crépuscule du Soir", últimos versos: "*Encore la plupart n'ont-ils jamais connu / La douceur du foyer et n'ont jamais vécu!*" (Charles Baudelaire, *Les Fleurs du Mal*, en *Oeuvres complètes*, al cuidado de Y.-G. Le Dantec, p. 167, París, 1954).

65. Cfr., del autor de estas líneas, *Prove e possibilità*, cit.

66. Cfr. A. Momigliano, "Marcel Mauss e il problema della persona nella biografia greca", en *Ottavo contributo*, cit., pp. 179-90; id., *The Life of St. Macrina by Gregory of Nyssa*, *ibid.*, pp. 333-47.

67. La idea central de *Orlando* procede quizá de *She, a History of Adventure*, la novela de Henry Ridder Haggard publicada en 1887 y posteriormente reeditada en varias ocasiones.

68. Cfr. P. Viallaneix, prefacio a J. Michelet, *La sorcière*, p. 20, París, 1966.

69. Cfr. M. NM. Postan, prefacio a *Storia economica Cambridge*, III, trad. it., p. 13, Turín 1977. Sobre E. Power, considerada paralelamente con Bloch, cfr. N. Zemon Davis, "History's Two Bodies", en *American Historical Review*, 93 (1988), pp. 1-30. especialmente p. 18 y ss.

70. Cfr. E. Power, *Vita nel Medioevo*, trad. it., p. 7, Turín 1966.

71. *Ibid.*, p. 22 (y véase todo el capítulo, pp. 11-36).

72. *Ibid.*, pp. 32, 18. Obsérvese que en la frase anterior "seguramente" (*certamente*) significa "muy probablemente" (es un vicio muy difundido entre los historiadores; no sé si también lo estará entre los jueces).

73. Cfr. Zemon Davis, *History's Two Bodies*, cit., p. 22, que remite también a E. Power, "On Medieval History as a Social Study", en *Economica*, n. s., I (1934), pp. 13-29, especialmente pp. 20-21 (donde se critica a Max Weber).

74. Cfr. F. Furet, "Pour une définition des classes inférieures à l'époque moderne", en *Annales ESC*, XVIII (1963), pp. 459-74, especialmente p. 459 (citado por el autor de la presente obra, *Il formaggio e i vermi*, p. XIX, Turín, 1976 [hay ed. española: *El queso y los gusanos*, Muchnik Editor, Barcelona, 1984]).

75. Cfr. Zemon Davis, *Il ritorno*, cit., pp. 6-7.

76. Id., *History's Two Bodies*, cit.

77. Cfr., del autor de la presente obra, *Prove e possibilità*, cit., especialmente pp. 134 y 146-47.

78. Acerca de este último punto insiste sobre todo Calaman-

dreï, en el ensayo *Il giudice e lo storico*, cit. Reconoce la veracidad de la tesis formulada por Croce en la *Filosofia della pratica*, según la cual la actividad jurisdiccional, asimilable a la fase de verificación de los hechos del conocimiento historiográfico, se convierte en su fase final, ligada al momento de la volición, (la sentencia), en un acto político. Calamandrei observa que esta tesis, que considera verdadera en el plano puramente teórico, corre el riesgo de tener consecuencias prácticas extremadamente peligrosas en una situación en que, siguiendo el modelo de la Rusia soviética y de la Alemania nazi, también en Italia se pide desde diversas instancias al juez que "exprese una voluntad política que nace y se afirma con su sentencia" (referencia a posturas similares a las expresadas actualmente por G. Maggiore en el ensayo *Diritto penale totalitario nello stato totalitario*, ya citado). Calamandrei concluye proponiendo que el juez "continúe considerándose nada más que un modesto y fiel historiógrafo de la ley y actuando como tal", cometiendo "un error filosófico, pero un error prácticamente inocuo, que no afectará a la justicia" (p. 125). No es éste lugar para discutir la clara debilidad teórica de esta solución de compromiso.

79. Cfr. Ferrajoli, *Diritto e ragione*, cit., p. 491.

80. Cfr. Momigliano, *Lo sviluppo*, cit., p. 8, citado por G. Levi, "Les usages de la biographie", en *Annales ESC*, 44 (1989), pp. 1325-36, que consideramos una reflexión sobre el actual significado de estos temas.

81. Cfr. G. Maggiore, "Diritto penale totalitario nello stato totalitario", en *Rivista italiana di diritto penale*, XI (1939), p. 159.

POST-SCRIPTUM

Los fundamentos de la sentencia contra Adriano Sofri y sus coacusados finalmente han sido hechos públicos. Se trata de 753 páginas (más los índices) que explican con abundantes detalles los motivos que indujeron a la Audiencia de lo Criminal de Milán a pronunciar las fuertes condenas de que ya hemos hablado.

Una evaluación técnica de este documento está, naturalmente, más allá de mi competencia. Lo que me interesa son, una vez más, las divergencias y convergencias entre el juez y el historiador. En cuanto a las primeras no es preciso que insista. En lo que a las segundas se refiere, me limitaré a observar que las preguntas que me planteé al leer las actas del proceso versaban en gran parte sobre cuestiones (pruebas, indicios) de que han tenido que ocuparse el juez ponente que ha redactado la sentencia y el presidente del tribunal que la ha confirmado. Para facilitar la comparación entre su trabajo y el mío he preferido diferenciar con claridad las dos fases de la redacción de mi escrito. De este modo el lector podrá ver claramente a través de qué itinerarios hemos llegado a conclusiones tan distintas e incluso opuestas.

a) *Los carabineros*. La lectura del proceso propuesta por mí concedía gran importancia a la intervención en la sala de los carabineros y a la consiguiente datación más antigua de sus relaciones con Marino. En lo que a este punto se refiere la sentencia afirma:

“Es rara la celebración de un proceso en que estando constituida la fuente de pruebas por intimaciones a la complicidad, no se insinúen sospechas sobre los carabineros o sobre la policía o sobre algún magistrado, por haber ejercido presiones de diverso tipo o por haber ofrecido beneficios o ventajas a detenidos dispuestos a todo o por haber «personalizado» las relaciones con colaboradores de la justicia.

”En el presente caso no sólo Marino no estaba detenido o acusado ni era sospechoso —por lo que no se entiende cuál pueda haber sido el instrumento utilizado para «obligar» a este último a acusarse de un homicidio y de otros episodios delictivos—, sino que además han sido los propios carabineros, citados por iniciativa de este tribunal, quienes han desmentido a Marino y han introducido un elemento contra la credibilidad del mismo, de modo que si hipotetizar conductas, procesalmente censurables o capaces de influir en la credibilidad de Marino, corresponde a la actividad defensora en sentido lato, no cabe duda de que en este caso concreto [la] hipótesis de colusión de los carabineros con este último carece de cualquier fundamento” (*Sent.*, pp. 215-16).

Como se aprecia, la sentencia no dice que para desmentir a Marino los carabineros esperaron casi dos años, ni que el hecho de que a éstos se les llamara a declarar a la sala fue consecuencia de las revelaciones de un testigo (don Regolo Vincenzi), circunstancias ambas que destruyeron la versión oficial del arrepentimiento de Marino. Creo que una argumentación que nada dice de estos dos puntos esenciales (véase, sobre los mismos, capítulos X y siguientes de

esta obra) “carece de cualquier fundamento”, en el sentido de que deja en pie todas las perplejidades que intenta disipar.

b) El contexto y las pruebas: los robos. En el capítulo XVII he intentado descifrar, siguiendo las huellas de las declaraciones hechas tras el final del proceso por el fiscal Spataro, la argumentación conducente a la sentencia condenatoria. La reconstruía así:

“... si 1) los robos en que Marino afirma haber colaborado están probados; si 2) parte de ellos han sido cometidos, según Marino, por encargo de la llamada estructura ilegal de Lotta Continua; entonces 3) las confesiones de Marino sobre la condena a muerte de Calabresi decidida por la llamada ejecutiva y 4) sobre la función de inductores ejercida por Pietrostefani y por Sofri pueden ser aceptadas incluso en ausencia de hallazgos externos”.

La lectura de los fundamentos de la sentencia prueba que mi reconstrucción conjetural era exacta. No repetiré aquí por qué esta argumentación (que sustituye por un contexto, verdadero o presunto, la falta de pruebas referentes a actos criminales específicos —en este caso, la muerte del comisario Calabresi—) me parece completamente inaceptable (véanse, a este respecto, caps. XVII y XVIII). El tribunal ha seguido esta argumentación, si bien con algunas contradicciones.

Empecemos por los robos. En este ámbito, no todas las acusaciones lanzadas por Marino han sido aceptadas. Por ejemplo, Mottura, Bompressi y Pedrazzini, que según Marino habían participado en el robo de un banco de Saluggia (el primero) y en el Nuovo Pignone de Massa (los otros dos), han sido absueltos por no haber cometido tales hechos. Respecto de Bompressi y Pedrazzini, se lee en los fundamentos de la sentencia, “está comprobado que los posteriores elementos que corroboran las declaracio-

nes de Marino se evalúan no sólo en relación con cada uno de los acusados (cuando Marino cita a Bompressi y Pedrazzini, en las declaraciones se trata de una persona de alrededor de un metro ochenta de altura con cabello castaño y de otra con gafas), sino también en relación con cada episodio (robo de Saluggia: Marino cuenta que entraron en el banco, además del «véneto», Bompressi, Pedrazzini y Sibona, y los testigos dan cuenta de una persona de alrededor de un metro ochenta de altura y de una persona con gafas).

"El hecho de que en el robo del Nuovo Pignone ningún elemento establezca la presencia de Bompressi y Pedrazzini, aun cuando al no poderse excluir la posibilidad de errores se les considera absueltos de tal episodio, no mengua en modo alguno la credibilidad de Marino, sea porque el primero no participó materialmente en la acción, sea porque las partes ofensoras fueron bloqueadas, por una acción inesperada, en el interior del automóvil con las armas preparadas, y de hecho las partes ofensoras o el testigo Pucciarelli, aparecido mientras los ladrones se daban a la fuga, logran describir sumariamente sólo a algunos de los ladrones" (*sent.*, pp. 746-47).

Esta argumentación, que parece dictada por un escrúpulo cautelar, en realidad revela todo lo contrario: esto es, que al buscar cotejos de las acusaciones de Marino, no se ha ido con sutilezas. A fin de cuentas, un ladrón de un metro ochenta de altura o un ladrón con gafas no son eventualidades tan raras como para permitir una identificación incontrovertible. (No excluyo que la mía sea una declaración interesada, dado que mido un metro ochenta y llevo gafas con frecuencia.) Pero en cuanto a Sibona y Gracis, también acusados por Marino de haber participado en el robo de Nuovo Pignone —delito prescrito tras haber sido concedidas las atenuantes genéricas—, ni siquiera se han reunido indicios de tan irrelevante alcance.

De Sibona se dice que “errores eventuales respecto de la identificación de dicho acusado como participante en los robos del banco de Saluggia y en el del establecimiento «Nuovo Pignone» quedan excluidos, respectivamente, por el episodio del niño que llamó a la puerta del banco durante el desarrollo de la acción y por el «episodio Di Calogero» [implicado, según Marino, en el intento de zancadilla de un representante de la derecha]; se trata de episodios particulares cuyo contenido intrínseco es tal que permite razonablemente excluir que Marino haya podido implicar erróneamente a Sibona en estos hechos” (*sent.*, pp. 742-43).

No hay necesidad de indicios externos: Marino prueba la veracidad de las palabras de Marino. Marino, por lo menos en estos dos casos, no puede equivocarse (la posibilidad de que mienta ni siquiera es tenida en cuenta).

¿Y Gracis? Gracis “ha negado cualquier imputación y ha sostenido que en el verano de 1971, inmediatamente después de la reunión de Bolonia, se fue con unos amigos a España, donde estuvo hasta finales de agosto. En realidad también Marino menciona tales vacaciones, si bien afirma que Gracis se fue de vacaciones a España después del robo; bien mirado éste es un elemento acusatorio, puesto que, por una parte, no hay prueba de que el acusado se fuera a finales de julio y, por otra, no se entiende cómo Marino llegó a enterarse de las vacaciones de Gracis” (*sent.*, pp. 744-45).

Pruebas irrefutables, como se ve. No hace falta mucha imaginación para comprender que Marino pudo saber de las vacaciones de Gracis por cualquiera (por ejemplo, por el propio Gracis). ¿El hecho de que Gracis realmente fuera de vacaciones a España (ignoramos cuándo) basta para demostrar que Marino dice la verdad al presentarlo como ladrón? Que Marino no participara efectivamente en algunos ro-

bos descritos por él es indudable. Pero a falta de indicios adecuados, ¿cómo cabe excluir que disparase contra inocentes?

c) El contexto y las pruebas: la reunión de la ejecutiva. Todo lo dicho muestra que los robos descritos por Marino, que deberían probar la existencia de una estructura ilegal de Lotta Continua, son un eslabón débil de la cadena argumental hecha suya por el tribunal. Pero hay otro eslabón que es claramente fantasmal: la decisión de matar a Calabresi tomada por la ejecutiva de Lotta Continua. Marino, que es también en este caso la única fuente, precisó en la instrucción que la decisión había sido tomada por mayoría, e indicó exactamente los nombres de los favorables y de los opuestos. De entre estos últimos, Marco Boato (que, por otra parte, no formaba parte de la ejecutiva) desmintió de inmediato y con desdén tal circunstancia, solicitando ser acusado a fin de poder probar su inocencia. Esta petición no fue aceptada. Tanto Boato como Viale, otro miembro de la ejecutiva que (según la versión de Marino) habría votado contra el asesinato de Calabresi, fueron ampliamente oídos como testigos. El presidente no les planteó preguntas ni al uno ni al otro sobre la presunta reunión de la ejecutiva. Parecía lícito inferir de ello que Marino habría sido considerado no fidedigno sobre este punto, evidentemente crucial. Pero al leer los fundamentos de la sentencia se descubre que la reunión de la ejecutiva fue convocada para resolver una dificultad suscitada (al parecer) por el propio presidente en el juicio.

Sobre este punto ya me he pronunciado (anteriormente, capítulo V). Marino admitió que alguien le había telefoneado a Turín para avisarle de que todo estaba preparado para el atentado. No estaba claro si, tras la conversación con Sofri en Pisa, Marino había advertido a los demás que estaba dispuesto a partici-

par. Leamos una vez más el diálogo entre el presidente Minale y Marino, desarrollado durante la sesión del 15 de enero:

Presidente: Efectivamente, el organizador todavía no tenía la seguridad de su adhesión, hasta el punto de que Pietrostefani le dijo: "Tú todavía tienes alguna duda. Si tienes alguna duda, vete a Pisa". Él fue a Pisa y resolvió la duda. De hecho, al haber desaparecido sus reservas, ¿no se lo comunicó a Pietrostefani?

Marino: No.

Presidente: ¿No volvió a verle Pietrostefani?

Marino: No.

Presidente: Entre el 13 y el 17...

Marino: Volví a verle... no, no... Volví a verle más tarde...

Presidente: ¿Tampoco vio a Enrico [Bompressi]?

Marino: No.

Presidente: ¿Así pues, Enrico ya se había ido por su cuenta?

Marino: Sí, posteriormente me lo encontré en Milán...

Presidente: Quiero decir si se había dado vía libre a la operación incluso antes de que usted hubiera manifestado su adhesión plena.

[Nota del transcriptor: ante la pregunta planteada por el presidente, el acusado Marino no responde.]

Presidente: ¡Bien, de modo que esto no lo sabe!

Marino: No lo sé.

Presidente: El dato objetivo es que Enrico ya se había ido antes del 13, ¿y usted no comunicó posteriormente nada a Pietrostefani sobre su plena adhesión?

Marino: No (*dibattim.*, pp. 281-82).

La dificultad de Marino ante las pegadas del presidente es clarísima. Pero en el curso del juicio, como he intentado demostrar antes (caps. VI y siguientes), el presidente ha cambiado de idea. Evidentemente,

diálogos como el recién citado le convencieron (por razones que no alcanzo a distinguir) de la credibilidad de Marino. De este cambio de orientación es prueba posterior un pasaje de los fundamentos de la sentencia firmado por el presidente, junto con su redactor, el juez ponente Proietto. En él Marino es arrojado fuera del cubo en que el propio presidente le había metido:

“Cuando, tras la muerte de Serantini, Pietrostefani le informó que era preciso acelerar el momento como consecuencia de tal acontecimiento, el hecho de que la fecha estuviera establecida es una circunstancia que, sin duda, no se opone al relato de Marino, porque la decisión procedía de la Ejecutiva y Pietrostefani sabía perfectamente que Sofri estaba de acuerdo y, por tanto, era seguro que Marino hubiera participado, porque Sofri no hubiera no podido [*sic*] confirmar a este último lo que Pietrostefani mismo ya había contado a Marino: esto es, que la decisión procedía del ya citado organismo y que Sofri estaba de acuerdo.

”De modo que, por una parte, en Pisa el objeto de la reunión estaba de tal modo delimitado, y por otra, una vez recibida esa confirmación no había mucho que discutir al respecto ni Pietrostefani tenía necesidad de saber si Marino había o no solucionado su reserva, porque era perfectamente consciente de cuál habría sido el resultado de aquella conversación” (*sent.*, pp. 516-17).

No está claro cómo puede conciliarse esta “perfecta conciencia” de Pietrostefani con las dudas, las rémoras, las preocupaciones que Marino (según decía) había expresado en su conversación con Sofri en Pisa:

“Sofri me dijo que tenía una gran fe en mí y en Enrico [Bompressi] y además volvió a tranquilizarme contándome que, si eventualmente se me capturaba o mataba, habría quien se ocuparía de mi fami-

lia y particularmente de mi hijo. Lo que me frenaba para la acción era el hecho de tener un hijo pequeño que me preocupaba, y me preocupaba cómo podría mantenerse en caso de que yo cayera o fuera detenido. Él me dio las garantías más amplias..." (*istrutt.*, p. 13; véase antes, capítulo V).

Pero hay una dificultad más grave. La argumentación formulada en la sentencia depende de un acontecimiento cuya existencia sólo es probada, como ya se ha dicho, por las declaraciones de Marino: la reunión en que la ejecutiva de Lotta Continua habría decidido por mayoría matar a Calabresi. Sobre este punto, hacia el final de los fundamentos de la sentencia, se lee:

"Marino ha contado, por haberlo sabido de Bompressi, Pietrostefani y Sofri, que la decisión [de matar a Calabresi] procedía de la Ejecutiva nacional, así como las noticias sobre el hecho de que no todos estaban de acuerdo.

"No se ha llegado a saber quién participó físicamente en la decisión, si bien parece verosímil que semejante responsabilidad no fuera asumida solamente por Sofri y Pietrostefani, sino por el grupo dirigente (coincidente o no con todos los miembros que componían el organismo, unánimemente o no), si bien a este último pertenecían las personas de más autoridad: el primero afirma haber sido el fundador y líder del movimiento [...] y del segundo declara que era «un personaje de mucha autoridad y notoriedad en Lotta Continua [...]» y este último [Pietrostefani] ha declarado que fue dirigente nacional del movimiento.

"Ahora bien, si el homicidio es atribuible a Lotta Continua por la razón ya indicada, si se pueden excluir hipótesis de que el mismo haya sido obra de un gesto aislado de Marino y de la otra persona que efectuó materialmente el atentado o de ambos en tanto que pertenecientes a alguna facción interna del

movimiento, si el mismo no pudo sino ser decidido por el organismo dirigente de Lotta Continua –que, formalizado o no, se constituía en torno a Sofri y Pietrostefani– y si en el interior del movimiento existía una estructura ilegal creada por decisión de dicho organismo, y en particular por estos últimos para financiar el movimiento, y si en la acción participó un miembro de dicha estructura, todo ello a juicio del tribunal constituye un indicio de la incitación a la complicidad respecto de Sofri y Pietrostefani” (*sent.*, pp. 705-7).

“Si..., si..., si...” En esta argumentación todo es evanescente, empezando por la famosa reunión de la ejecutiva: es inaveriguable porque sólo resulta notoria de modo indirecto, pero es necesaria para implicar a Lotta Continua (en la persona de dos de sus más prestigiosos dirigentes) en el proyecto y en la ejecución del homicidio de Calabresi. Marino (dicen los fundamentos de la sentencia) no necesitaba avisar a Pietrostefani de su conversación con Sofri porque, tras la reunión de la ejecutiva, Pietrostefani ya sabía que Sofri estaba de acuerdo: pero la fuente de la reunión de la ejecutiva, de la conversación en Pisa entre Marino y Sofri, de las conversaciones precedentes entre Pietrostefani y Marino, es siempre y solamente una: Marino. ¿Cómo puede hablarse, en este contexto, de “indicio”? No existen indicios: sólo existe la palabra de Marino. ¿Pero es Marino creíble?

d) La credibilidad de Marino. Como es obvio, sobre esta pregunta pivota el proceso entero. Como sabemos, el tribunal ha contestado positivamente a la misma. Los fundamentos de la sentencia nos dicen en qué términos fue formulada la pregunta:

“Hay que [...] examinar si en el juicio de credibilidad los demás elementos probatorios deben confirmar las declaraciones sobre cada uno de los puntos o si, por el contrario, es suficiente con que los mismos

confirman las declaraciones del coacusado en su conjunto. [...] No es posible establecer una regla siempre válida, y hay que evaluar cada vez teniendo en cuenta las especificidades del caso concreto.

"Por ejemplo, en las evaluaciones de declaraciones concernientes a pocos hechos, fácilmente delimitables, los elementos ofrecidos al juez para el juicio de credibilidad están generalmente delimitados, y en tales casos es preferible la escindibilidad de las declaraciones y considerar probados solamente los hechos verificados, evitando operaciones de credibilidad por traslación.

"Mientras que las declaraciones se refieren a numerosísimos hechos e implican a gran número de personas dispuestas en horizontes amplísimos, la ausencia de un elemento de prueba (por la imposibilidad de adquirirlo, por el tiempo transcurrido, por carencias de las autoridades investigadoras o por otros motivos) que verifique un episodio o que ligue a una persona a un hecho puede no conducir a una escindibilidad de las ya citadas declaraciones, teniendo en cuenta que la personalidad del coacusado declarante, el valor probatorio de los demás elementos de prueba alcanzados, su naturaleza y cantidad han integrado la imperfecta capacidad demostrativa de tal medio de prueba [...]

"Por otra parte, y como se verá, en el caso concreto referente al delito de homicidio subsisten específicos elementos de prueba que confirman la credibilidad de Marino tanto sobre el hecho como sobre las personas intimadas a la complicidad.

"En lo concerniente a los demás episodios delictivos se ha considerado que la credibilidad general de las declaraciones de Marino prueba también la participación de algunos acusados en las actividades de la estructura ilegal" (*sent.*, pp. 198-99, 201).

Así pues, al evaluar las declaraciones de Marino el tribunal ha admitido la licitud de las "operaciones

de credibilidad por traslación" respecto de los robos ("los demás episodios delictivos"), afirmando que en lo que hace referencia al homicidio se habrían reunido indicios específicos. Se trata de afirmaciones preocupantes. Como se ha visto, 1) la presunta "credibilidad general" de Marino sobre los robos no excluye la posibilidad de sus errores o mentiras respecto de acontecimientos específicos; 2) los robos tienen un peso decisivo en la argumentación que ha conducido a la condena de Sofri, Pietrostefani y Bompressi. La propia sentencia reconoce que una parte no especificada de la construcción acusatoria se basa en "operaciones de credibilidad por traslación" (o por contagio); si Marino ha dicho la verdad sobre los puntos *a*, *b* y *c*, puede ser considerado creíble también sobre los puntos *x*, *y* y *z*. Pero *a*, *b* y *c* podrían ser circunstancias banales, procesalmente irrelevantes; su relación con *x*, *y* y *z* podría ser aleatoria (véase, anteriormente, caps. XVII y XVIII). ¿Y entonces, que?

Pero en lo que al homicidio se refiere —nos tranquiliza la sentencia—, "subsisten elementos específicos de prueba que confirman la credibilidad de Marino".

Como se recordará, al examinar las divergencias (que, sea como sea, son verdaderas contradicciones) entre la versión de Marino y los testimonios de los testigos oculares del homicidio, llegué a la conclusión (véase anteriormente, en especial capítulo XV) de que en lo que concierne al homicidio, es muy probable que Marino mienta. Los fundamentos de la sentencia afrontan punto por punto las mismas divergencias llegando a conclusiones opuestas. Intentaré verificar lo fundado de aquéllos empezando por la discusión, muy minuciosa e intrincada (*sent.*, pp. 238-89), del incidente en que se vio envuelto Giuseppe Musicco en las cercanías del atentado y pocos minutos antes de que éste tuviera lugar.

e) *La credibilidad de Marino: el testigo Musicco.* Para mayor claridad reproduzco las versiones del incidente proporcionadas respectivamente por Marino y por Musicco (véase además, anteriormente, capítulo XV, párrafo a).

Marino (10 de enero de 1990; *dibattim.*, p. 103; y véase anteriormente la instrucción, *verb.*, p. 12):

“Cuando salía del aparcamiento tuve ese pequeño incidente [*un golpe con el guardabarros; C.G.*] con otro coche, que, evidentemente, estaba buscando el aparcamiento (estaba entrando en el aparcamiento). El asunto me, digamos, asustó un poco, porque yo iba en un coche robado y, desde luego, no podía enseñar a aquel señor los documentos del coche o pararme a discutir, de modo que así, con una mirada, se lo di a entender... (le hice a ese señor una señal con la mano para que retrocediera un poco a fin de desembarazar, por así decirlo, la calzada, y dándole a entender que inmediatamente me pararía para darle los documentos o lo que fuera). Aquel señor hizo marcha atrás un poco y yo, al momento, en cuanto tuve la calzada libre, corrí rápidamente hacia la salida del aparcamiento (de hecho, la calzada que conduce al aparcamiento)”.

Musicco (31 de enero de 1990; *dibattim.*, p. 921 y ss.):

“Yo estaba aparcado con el coche cerca del metro; entonces, mientras salía, en el cruce me pasó un coche a toda velocidad, me rozó y chocó y ya no lo volví a ver; me paré y no vi nada de nada”.

Como se ve, las dos versiones son inconciliables. Musicco dice que fue embestido *mientras salía* del aparcamiento hacia la calle Cherubini; Marino dice que embistió al anónimo señor *mientras éste entraba* en el mismo aparcamiento. Musicco dice que fue embestido por un coche que siguió su camino sin pararse; Marino dice que entabló con el anónimo señor un diálogo a base de gestos para convencerle de que

hiciera marcha atrás y le permitiera irse. ¿Cómo resolver estas contradicciones?

Para el Tribunal, el testigo Musicco no es creíble porque:

“[1] afirma haberse dirigido al COIN una hora antes del incidente [hacia las 9,15], y esto no puede tomarse en consideración, dado que a esa hora no hay grandes almacenes abiertos.

”[2] Declara haber sido embestido por otro automóvil en la esquina de las calles Giotto y Cherubini, lo que no coincide en modo alguno con la posición de los puntos de colisión.

”[3] Declara que el coche que le embistió iba a toda velocidad, hasta el punto de que le produjo daños considerables, lo que no coincide en modo alguno con la entidad de las señales.

”[4] No sabe dar indicación segura alguna sobre el color y el tipo de coche que le embistió ni sobre las personas que iban en el mismo, ni si el mismo siguió hacia la calle Cimarosa o dio la vuelta” (*sent.*, p. 264).

En realidad los fundamentos de la sentencia parecen llegar todavía más allá, incluso hasta poner en duda la propia existencia del accidente:

“Si bien se mira es un extraño incidente, porque las únicas personas que hablan de él, por haber sabido del mismo de algún modo, son sólo Cislighi y Mattiolo, ambos con tiendas en la calle Cherubini 3, y hablan del mismo porque en aquel punto aparcó el Simca [de Musicco] tras el atentado; ningún testigo declara haber visto el incidente aparte de Musicco, que por otra parte tampoco ve muy bien («me pasó un coche a toda velocidad, me rozó y me chocó y ya no lo volví a ver; me paré y no vi nada de nada»)” (*sent.*, pp. 257-8).

El intento de demoler la credibilidad del testigo insistiendo en su escasa memoria y en su minusvalía física (Musicco es inválido total laboral) es, aparte

de cualquier consideración moral, poco convincente. Confundirse sobre un acontecimiento irrelevante acaecido hace dieciocho años [1]; exagerar la importancia de un incidente del cual se ha sido víctima [3]; declararse incapaz de recordar el color o la dirección del coche que le embistió y se alejó “a toda velocidad” [4] son comportamientos perfectamente explicables ~~-(de-momento-dejo-de-lado-el-punto-[2]).~~ En cualquier caso, algunas páginas después de las observaciones antes citadas los autores de los fundamentos concluyen:

“Podemos afirmar que el Simca [de Musicco] tuvo un incidente con el coche de los autores del atentado” (*sent.*, p. 269).

En las declaraciones hechas tras el accidente, Musicco *suponía* que el coche que le embistió era el 125, conducido por los autores del atentado. En un informe del abogado Pecorella (en defensa de Bompressi) esta identificación se ponía en duda: las señales encontradas en la carrocería del 125 abandonado tras el atentado podrían corresponder a un accidente sufrido por el coche al ser robado varios meses antes. Esta hipótesis sugería otra, más inquietante: esto es, que Marino hubiera descrito el choque (en realidad nunca acaecido) a la salida del aparcamiento, inmediatamente antes del atentado, combinando las noticias sobre el incidente con las noticias sobre las señales observadas en el 125. Los fundamentos de la sentencia rechazan estas conjeturas, aduciendo argumentos quizá solidísimos pero (por un motivo que explicaré en el siguiente párrafo) necesaria y declaradamente incompletos y no del todo verificables.

Así pues, el tribunal ha aceptado no sólo el núcleo de la versión de Musicco (haber sufrido un incidente pocos minutos antes del atentado), sino incluso la conjetura formulada por él (el coche desconocido era el de los autores del atentado). A pesar de ello la sen-

tencia declara que “para la reconstrucción del incidente, el testimonio de Giuseppe Musicco no es válido frente a descubrimientos procesales objetivos” (*sent.*, p. 269). Inmediatamente a continuación se examinan las “declaraciones” hechas al respecto por Marino.

El plural (“declaraciones”) era ciertamente indispensable. En la inspección ocular del 4 de marzo de 1990, de hecho, Marino había cambiado de modo sustancial la versión proporcionada con anterioridad en la instrucción y posteriormente confirmada en el juicio:

“El incidente sucedió no mientras salía del aparcamiento, sino dentro del aparcamiento, mientras dejaba mi puesto en la fila y el otro coche avanzaba en el interior, en el espacio comprendido entre la primera fila de coches, aparcados siguiendo el eje de la calle Giotto, junto a la acera, y la primera fila interior del propio aparcamiento; el coche avanzaba siguiendo el eje de la calle Giotto en dirección a la calle Cherubini” (*sent.*, p. 269).

En el juicio oral Marino había declarado que tras el incidente dio una vuelta a la manzana con el coche; y que luego se había parado “más de un cuarto de hora” con el motor en marcha ante la tienda de frutas y verduras situada a diez metros de la vivienda de Calabresi (véase anteriormente, capítulo XV, párrafo *b*). Se trata de una narración no plausible por diversos motivos: entre otros, que Marino se habría expuesto a un grave peligro, pues Musicco, que estaba al otro lado de la calle, habría podido reconocer al coche que acababa de embestirle. Marino, según la defensa, intentó eliminar este elemento de falta de plausibilidad trasladando el incidente (y por tanto a Musicco) del exterior al interior del aparcamiento. Se trata, naturalmente, de una hipótesis. Pero que Marino diera en la inspección ocular una versión del incidente distinta de la dada anteriormente no es

una hipótesis: es un dato de hecho incontrovertible.

En los fundamentos de la sentencia se ha querido negar este hecho con argumentos a decir verdad poco novedosos.

En la instrucción Marino se había expresado como sigue:

“Antes de salir del aparcamiento con el 125 tuve un pequeño incidente: mientras salía, de hecho, quizá por la emoción o quizá porque iba ligeramente distraído, choqué con el guardabarros contra el de otro coche que se aprestaba a entrar en el aparcamiento para buscar sitio”.

En los fundamentos de la sentencia este pasaje es interpretado como sigue:

“Tales declaraciones son las primeras que hace Marino sobre el incidente, y se inician con la frase «Antes de salir del aparcamiento con el 125 tuve un pequeño incidente»: lo que sólo puede significar que lo que va a contar tuvo lugar «en el interior del aparcamiento»; no se puede hipotetizar que la frase siguiente, por ir precedida de dos puntos, sea explicativa de la anterior, puesto que ese signo de puntuación seguramente no ha sido puesto por Marino.

”Y de hecho sigue describiendo las circunstancias del incidente y afirmando: «mientras salía»; inciso que, dado lo anterior, sólo puede referirse al lugar delimitado del interior del área del aparcamiento, al lugar donde el Fiat 125 había sido dejado la noche del 15 de mayo” (*sent.*, pp. 273-74).

Un dato de hecho descalificado conduce a conclusiones insostenibles. Es evidente que los dos puntos han sido puestos por quien ha levantado el acta del interrogatorio en la instrucción, y no por Marino. Anteriormente (nota 23) me he referido a la “gran inteligencia hermenéutica (y pienso, sobre todo, en el sabio uso de los signos de puntuación)” de M. Bernasconi y L. Scalise, a quienes se deben las trans-

cripciones del juicio oral. Transcribir adecuadamente un discurso hablado es una operación compleja que requiere oído y comprensión profunda de la lengua. En el caso que estamos discutiendo los dos puntos indican una pausa menos señalada que un punto y seguido, percibida por quien escribe el acta inmediatamente después de la frase "Antes de salir del aparcamiento tuve un pequeño incidente". Sin una pausa tras las palabras "pequeño incidente" la frase no tiene sentido. Pero tampoco tienen sentido las observaciones sobre los dos puntos antes hechas. Si el que escribió el acta hubiera puesto, en vez de dos puntos, un punto y seguido, el valor explicativo de las palabras que le siguen inmediatamente ("mientras salía, de hecho, quizá por la emoción o quizá porque iba ligeramente distraído, choqué") habría permanecido intacto.

Es cosa que depende del "de hecho",* una obviedad que quizá se le ha pasado por alto al filólogo improvisado que ha redactado la sentencia.

Las palabras "mientras salía, de hecho" son, pues, una precisión respecto de las precedentes ("antes de salir del aparcamiento"). Como se ha visto, la sentencia sostiene que "aparcamiento" significa aquí "lugar delimitado del interior del aparcamiento" y no "área de aparcamiento": de modo que sobre este punto Marino nunca habría cambiado de parecer. Pero esta interpretación es insostenible, como lo muestra la comparación de las dos frases que siguen:

(Marino en la instrucción): "Antes de salir del aparcamiento con el 125 tuve un pequeño incidente: mientras salía, de hecho [...] choqué".

* El parentesco entre el italiano y el español permite una versión literal de los párrafos que siguen y de las observaciones idiomáticas. Sólo *infatti* ("de hecho") queda un poco forzado en la traducción (*N. del T.*).

(Marino durante la inspección ocular): “El incidente tuvo lugar no mientras salía del aparcamiento, sino en el interior del aparcamiento”.

Cualquiera que tenga cierto conocimiento, por rudimentario que sea, de la lengua italiana, puede percatarse de que la segunda frase (“no mientras salía del aparcamiento, sino dentro del aparcamiento”) corrige explícitamente, contradiciéndola, la primera (“mientras salía [del aparcamiento]”).

Pero (siguen los fundamentos de la sentencia) si el incidente hubiera tenido lugar en la salida del aparcamiento que da a la calle Giotto, como afirma Musicco, los dos coches habrían chocado más o menos frontalmente, mientras que el Simca presentaba señales en el guardabarros anterior izquierdo; y el Fiat 125 en el guardabarros anterior derecho (se trata del punto [2] de la lista antes establecida). Así pues, según el tribunal, Marino (el Marino de la segunda versión) dijo la verdad. Pero llegados a este punto se perfila una nueva complicación. Las señales de los dos coches muestran, dice la sentencia, que “fue el Simca quien chocó con el Fiat 125”: es un dato que desmiente tanto la versión de Musicco (“me pasó un coche a toda velocidad, me rozó y chocó”) como la de Marino (“mientras salía, de hecho, quizá por la emoción o quizá porque iba ligeramente distraído, choqué”).

“¿Qué valor dar a esta comparación?”, se pregunta la sentencia. La respuesta a esta pregunta (que, como veremos, sólo se refiere a Marino) la citamos íntegra, respetando la gramática y la puntuación de su autor:

“En lo que a la primera cuestión se refiere —la afirmación hecha en la instrucción [por Marino] de «haber chocado»—, en opinión del tribunal se trata de un elemento (determinado por el hecho de que para él la circunstancia de haber chocado o de haber sido chocado era completamente marginal; y también

porque no tenía ningún motivo especial para prestar atención a ello; o por una mera y simple imprecisión al expresarse) que en modo alguno es idóneo para poner en duda la credibilidad de Marino sobre este asunto”.

Se podría sostener que éste es un extraño modo de proceder, porque cuando la situación de las señales desmiente a Musicco, el testigo no es creíble, y cuando la misma desmiente a Marino, la comparación carece de importancia.

En realidad las situaciones son completamente distintas.

“Musicco, como ya se ha puesto de relieve, no es creíble *per se*, prescindiendo de Marino, por la versión que da del incidente, que se contradice no sólo con la situación de las señales, sino además con la entidad y dimensiones de las mismas (el Simca habría sido «sacado de su sitio» por el golpe recibido y habría sufrido «daños considerables») en relación con el tipo de choque (el coche atacante iba a «toda velocidad») y por las otras razones ya expuestas.

”Con todo, Marino, como apenas ha sido puesto de relieve, da una versión que sintoniza perfectamente con otros resultados del proceso, en que el elemento recién indicado es el único signo en contra” (*sent.*, pp. 278-279).

No está claro que se pueda definir a Musicco como “no creíble *per se*”. Durante dieciséis años —esto es, antes de que Marino apareciera en la escena de la investigación referente al atentado contra Calabresi— Musicco fue la única fuente del incidente de que estamos hablando. Como hemos visto, de los fundamentos de la sentencia resulta que el tribunal ha aceptado plenamente las conjeturas formuladas inmediatamente después del incidente por Musicco, según el cual el otro coche implicado en el incidente era el 125 conducido por los autores del atentado. ¿Y bien? Se podría pensar que Musicco no es creíble

a ojos del tribunal no “*per se*” (una afirmación de carácter casi metafísico), sino solamente cuando habla del sitio en que ocurrió el incidente. Pero ¿por qué habría de ser creíble Marino, que identifica los mismos lugares dieciocho años más tarde? ¿Marino, que cambia de versión en el curso de la inspección ocular, tras haber sostenido primero en la instrucción y después en el juicio oral una versión que coincidía exactamente en lo que a este punto se refiere con la de Musicco?

No basta. En el curso de la inspección ocular, en respuesta a una pregunta de la defensa, Marino añadió un nuevo detalle:

“El coche avanzaba por mi derecha, muy despacio, como si buscara sitio. Observé que si el coche antagonista no hubiera echado marcha atrás, yo no habría podido dejar la fila, porque a mis espaldas había otro coche aparcado”.

Al intentar poner de acuerdo esta afirmación con las señales de los dos coches, los fundamentos de la sentencia rompen la hosquedad de las actas del proceso con una página de involuntaria comicidad:

“En lo que se refiere a la segunda cuestión —el hecho de que no hubiera podido dejar la fila si el otro automóvil no hubiera metido la marcha atrás—, obsérvese que las declaraciones de Marino sobre este punto no permiten de hecho afirmar que el Fiat 125 haya chocado con el Simca, y que este último estuviera en posición transversal y, por tanto, en posición de impedir por completo al Fiat 125 salir del aparcamiento. La afirmación de Marino de no poder dejar la fila no es incompatible con la situación de las señales, dado que parece verosímil que el Fiat 125 tras la colisión se encontrara en una especie de estrechamiento, teniendo por un lado la parte anterior izquierda del Simca «apuntando» a la altura de la rueda anterior izquierda y, por otro, probablemente otro coche detrás [cuya presencia se deduce del hecho de que Marino

declara no haber podido dejar la fila si el Simca no hubiera hecho marcha atrás, puesto que a sus espaldas había otro coche aparcado, lo que hace considerar que también a su izquierda tuviera un coche por detrás, porque de otro modo habría bastado con maniobrar inmediatamente con el volante todo a la izquierda (o echar a la derecha ligeramente —lo que habría sido posible porque, aunque hubiese un coche detrás, el Fiat 125 en el momento de la colisión debía de haber avanzado ya algunos metros— y repetir la maniobra descrita) y alejarse], por lo que no habría sido posible dejar el aparcamiento sin provocar ulteriores daños, sea al Simca sea al otro automóvil, que podían haber sido alcanzados por la parte lateral izquierda del Fiat 125, provocando en cualquier caso precisamente el efecto que Marino quería evitar: atraer la atención sobre sí...” (*sent.*, pp. 279-80).

Esta afanosa sucesión de subjuntivos, condicionales, paréntesis y corchetes dibuja un paisaje completamente ficticio. Coches detrás y en movimiento, marchas atrás y maniobras del volante son entidades hipotéticas producidas por la fe otorgada a la credibilidad de Marino. Esta fe, aparentemente ajena a cualquier posibilidad de desmentido, ha inducido al tribunal a 1) aceptar la conjetura presentada por Musicco sobre un punto importante y a presentar a Musicco como “no creíble *per se*”; 2) a desmentir al mismo tiempo, en cuanto a un segundo punto no menos importante, a ambos conductores implicados (al menos en su parecer) en el incidente; 3) a aceptar la retractación de Marino sobre un tercer punto importante, negando al mismo tiempo, contra toda evidencia, que se trataba de una retractación; 4) a mostrar un hato de conjeturas no demostradas sobre los movimientos de los coches situados en el interior del aparcamiento cercano a la calle Cherubini en la mañana del 17 de mayo de 1972. ¿No era posible ahorrarse todo eso?

Ya hemos visto que el informe redactado por el abogado Pecorella (defensor de Bompressi) proponía una solución de lo más simple: el Simca de Musicco nunca chocó con el Fiat 125 conducido por los autores del atentado. Las averiguaciones hechas en los dos coches por la policía científica tras el atentado –afirman los fundamentos de la sentencia– conducen a la exclusión de esta eventualidad. Nadie, como explicaré enseguida, puede hoy día comprobar a fondo esta afirmación. Pero démosla por buena. Queda todavía otra posibilidad, que pondría de inmediato de acuerdo palabras y cosas: los fallos de los discursos de Marino y las señales de los dos coches. Aquella mañana Musicco chocó con el Fiat 125 de los autores del atentado, pero Marino no iba al volante de aquel Fiat.

f) Sobre la destrucción de las pruebas materiales. La sentencia afirma que una de las pruebas del choque entre el Simca de Musicco y el Fiat 125 azul conducido por los autores del atentado está constituida por los restos de pintura azul hallados por la policía científica en la carrocería del Simca. En el informe varias veces recordado, el abogado Pecorella observaba que este argumento, para tener valor probatorio, habría requerido un análisis químico y espectrográfico comparado de las pinturas del Fiat 125 y de los restos de pintura hallados en el Simca. Pero este análisis comparado, como se lee en los fundamentos de la sentencia, “ya no es posible” (*sent*, p. 262).

El motivo es muy simple: el coche conducido por los autores del atentado ha sido, mientras tanto, destruido. Otras pruebas materiales no menos importantes –la ropa que llevaba Calabresi, uno de los proyectiles que le alcanzaron– han sufrido, como ya se ha dicho (anteriormente, capítulo XIV), la misma suerte. Los fundamentos de la sentencia proporcionan los datos burocráticos de esta increíble circunstancia:

“De las averiguaciones ordenadas por el tribunal resulta que el automóvil fue oficialmente dado de baja por el P.R.A. por no haber pagado la tasa de automóviles en el quinquenio 1978-1983 y desguazado con fecha de 31.12.1988 [*se ruega al lector que relea esta frase; C.G.*] [...]; el proyectil fue eliminado [*más exactamente, subastado por motivos de espacio; C.G.*] junto con otros indicios por provisión del presidente del tribunal de Milán con fecha de 15.2.87 [...].

”En lo que se refiere a las ropas de Calabresi, sólo ha podido establecerse que las mismas fueron en su día entregadas al entonces jefe de policía de Milán junto con los documentos personales [...]” (*sent.*, p. 439).

En los fundamentos de la sentencia estos hechos son púdicamente definidos como “disfunciones administrativas”. Se formula al respecto una protesta muy tibia de línea y media, seguida de dos páginas mecanografiadas en que se sostiene que la destrucción del material probatorio enumerado antes es un hecho procesalmente irrelevante. Citaremos completa la argumentación adoptada en sostén de esta tesis, indudablemente atrevida:

“Ahora bien, mientras que en el plano de las disfunciones administrativas los lamentos de la defensa son compartidos, en el procesal ya se ha dicho que la falta de conservación de las citadas pruebas materiales, aunque lamentable, no es en modo alguno capaz de influir en la generalidad del material probatorio obtenido en la instrucción y en el juicio.

”En cuanto al Fiat 125, se dispone de todas las inspecciones efectuadas en la época por la policía científica, y en lo que al proyectil se refiere se ordenaron dos peritajes, habiéndose verificado, como ya se ha visto, el tipo de proyectil, el tipo de cartucho en que estaba montado y el origen del mismo, si bien no el tipo de arma de que había salido; se efectuaron

exámenes morfológicos y dimensionales; se midió la longitud y distancia entre las rayas impresas por las estrías del ánima del arma y se verificó la calidad del antimonio presente mediante activación neutrónica con los objetivos ya señalados.

"Ciertamente las pruebas periciales pueden repetirse y los hechos se pueden rehacer, siempre que de ello se siga una utilidad, una relevancia procesal.

"En cuanto a la falta de verificación empírica sobre la ventanilla lamentada por la defensa, por ejemplo, Marino declaró en el juicio, antes de saber que el Fiat 125 había sido desmantelado, que no había roto la ventanilla, sino que la había hecho «saltar», poniéndola después otra vez en su sitio, y que así la pieza, en el punto en que se mete el destornillador, a veces se rompe un poco y presenta una pequeña señal, y de hecho [*sic*, C.G.], del informe de la «científica» no resulta que la ventanilla haya sido forzada.

"Pues bien, no se puede excluir que dieciocho años más tarde aquella pequeña señal o aquella pequeña rotura de la pieza fuera todavía observable, aunque en su momento no hubiera sido apreciada; el examen espectrográfico de la pintura quizá habría podido proporcionar algún elemento.

"La prueba (el resultado de la prueba), una vez obtenida y considerada idónea para demostrar la existencia de un hecho o la culpabilidad de un acusado, siempre tiene la misma eficacia, ya se base en uno o más medios de prueba, o en un medio de prueba de naturaleza real, documental, crítica o representativa.

"Si un hecho es considerado existente sobre la base de un documento o de una declaración testimonial, la prueba obtenida no lo es menos sólo porque no se ha podido examinar otro documento u otro testimonio.

"Se podrá sostener que aquel documento o aquel testimonio sean insuficientes para afirmar la subsis-

tencia de un hecho, pero si el primero es juzgado genuino, si el segundo es considerado creíble, si la prueba es obtenida, no puede sino tener la misma fuerza persuasiva que la basada en más documentos o en otros tantos testimonios.

"Cambia sólo el procedimiento a seguir en la evaluación de la prueba: si la fuente es única el procedimiento será más riguroso y cualquier aspecto deberá ser valorado; si las fuentes son múltiples será más fácil la labor del juez.

"Por lo tanto, es cierto, en el caso estudiado, que Marino robó aquel automóvil, que el mismo tuvo un incidente con el coche de Musicco y que él [Marino] en definitiva participó en el homicidio, porque sus declaraciones son verificadas por numerosos e indudables elementos de prueba, como creemos haber demostrado en las páginas anteriores, a las que, por tanto, remitimos" (*sent.*, pp. 440-442).

La argumentación se articula en tres puntos que se discuten por separado:

a) Las pruebas materiales pudieron perfectamente haber sido destruidas porque se habían efectuado peritajes cuidadosos sobre las mismas.

b) Contraperitajes eventuales habrían podido conducir a algún resultado.

c) Dichos resultados no habrían podido oponerse a las conclusiones ya alcanzadas por otro camino. El punto (a) parece enunciar explícitamente un principio general. Transferido a un ámbito historiográfico, permitiría la destrucción de todas las fuentes primarias (crónicas, actas parlamentarias, medallas, etcétera, etcétera) que hayan sido objeto de un tratamiento (de un peritaje) historiográfico exhaustivo. Estas absurdas consecuencias se podrían utilizar para circunscribir posteriormente los límites de la analogía entre el juez y el historiador. Cada generación plantea al pasado (y por tanto a los documentos del pasado) preguntas distintas que arrojan una nueva luz, in-

cluso sobre hechos verificados (por ejemplo, la toma de la Bastilla) que a nadie se le ocurriría poner en tela de juicio. Los jueces, sin embargo, deben emitir sentencias válidas aquí y ahora basándose en preguntas específicas que pueden cambiar el curso del proceso pero que en cualquier caso no son infinitamente reformulables. Sin duda todo esto es cierto; pero ~~¿es lícito hablar de "prueba obtenida", y por~~ ello (se presume) definitiva, refiriéndose a un proceso celebrado solamente en primera instancia? "Ciertamente las pruebas periciales pueden repetirse y los hechos se pueden rehacer, siempre que de ello se siga una utilidad, una relevancia procesal", se lee en los fundamentos de la sentencia: una afirmación que suena objetivamente irónica, visto que en este proceso algunos peritajes son actualmente irrepetibles. Está claro que la posibilidad de plantear nuevas preguntas a la documentación particular constituida por las pruebas materiales desaparece si estas últimas han sido destruidas.

Viene ahora el punto (b), que suena como una concesión a las tesis de la defensa. La sentencia no excluye que un examen de la pieza de la ventanilla del Fiat 125 podría haber hecho surgir un rasguño no percibido por la policía científica; admite que un análisis espectrográfico de la pintura del Fiat 125 "quizá habría podido proporcionar algún elemento". Lo que significa que los peritajes efectuados no eran exhaustivos: esto es, que no agotaban todas las preguntas (y por ello, quizá, todas las respuestas) posibles.

Y ya llegamos al punto (c), que de inmediato aclara los límites de estos contraperitajes no realizados ni realizables. Sus resultados nunca habrían podido resquebrajar las "pruebas obtenidas".

No está claro de dónde procede esta ostentosa seguridad. Ante la imposibilidad de realizar un análisis químico y espectrográfico comparado de la pintura

azul del Fiat 125 y de los restos de pintura hallados en el Simca de Musicco, la sentencia nos pide que nos contentemos con algo menos:

"[...] no se comprende por qué razón la presencia de pintura azul en el Simca carecería de cualquier valor probatorio, como si en aquella época todos los automóviles fueran de ese color.

"Podrá ser un elemento no concluyente, que no tiene fuerza decisiva, porque el coche utilizado por los autores del atentado no era el único automóvil azul que circulaba aquella mañana por la calle Cherubini, pero ciertamente no puede ser considerado un elemento de por sí insignificante" (*sent.*, p. 264).

Basándose en argumentaciones análogas, como se recordará, algún ladrón de un metro ochenta de altura implicado en los robos contados por Marino ha sido identificado como Bompressi, y algún ladrón con gafas, como Pedrazzini. "Si la fuente es única", se lee en los fundamentos de la sentencia, "el procedimiento [a seguir en la valoración de la prueba] será más riguroso y cualquier aspecto deberá ser evaluado."

Como era inevitable, hemos vuelto a la unicidad de la fuente de prueba, y por tanto a la credibilidad de Marino. Será cierto, en abstracto, que, como se lee en los fundamentos de la sentencia, "la prueba [...] siempre tiene la misma eficacia [...] ya se base en un medio de prueba de naturaleza real, documental, crítica o representativa". Pero en concreto fuentes distintas responden de modo distinto (y distintamente exhaustivo) a las mismas preguntas. Esto es especialmente cierto en el caso de los historiadores: las vidas de santos ofrecen preciosos indicios sobre la historia rural en la alta Edad Media, pero no pueden sustituir a los libros catastrales de donde ha surgido, entre otras cosas, el nombre de Bodo (anteriormente, capítulo XVIII). Pero si no me equivoco, también los jueces se encuentran con dificultades

análogas. En el proceso que estamos discutiendo la posibilidad de verificar las afirmaciones de Marino sobre algunos puntos decisivos —el arma del delito, por ejemplo— ha desaparecido al acaecer la destrucción de las pruebas materiales. Los fundamentos de la sentencia dan a entender que la policía científica efectuó sobre la marcha todas las verificaciones posibles llegando a conclusiones inequívocas. En realidad la cuestión es mucho más complicada. Marino ha afirmado que la pistola usada por Bompressi era una Smith & Wesson de cañón largo (que según la sentencia procede de una partida robada en la armería turinesa Marco Leone). “Dos peritajes técnicos de oficio, redactados por peritos de probada experiencia y fiabilidad” concluyeron que la longitud de las marcas y las medidas de las estrías en la bala sólo eran compatibles con dos tipos de pistola: Smith & Wesson 38 especial y Hopkins & Allen (*sent.*, p. 317). Los dos peritos optaron decididamente por la Smith & Wesson. Ahora bien, la defensa había preguntado si era posible inferir la longitud del cañón de la pistola (y por tanto el modelo correspondiente) partiendo de los residuos de pólvora no quemada de la bala. Uno de los peritos, el ingeniero Salza, no lo excluía, pero explicó claramente que la imposibilidad de efectuar un contraperitaje de la bala impedía llegar a conclusiones seguras al respecto:

“«Bien, he vuelto a pensar en el problema. Quizá, por así decirlo, la presencia de estos residuos depende de muchos factores, de muchas variables, entre ellas, creo, la longitud del cañón. Así pues, no disponemos de los mismos cartuchos, de las mismas balas. En resumen, debo decir francamente que el resultado no tendría un valor, digamos, como para basar un juicio seguro, un juicio de certeza, como naturalmente espera usted. Tendría más que nada un valor indicativo [...]»” (*sent.*, p. 322).

Los fundamentos de la sentencia observan que la

pistola usada para cometer el delito estaba “destinada, evidentemente, tras el atentado, a ser destruida (precaución mínima que cabe esperar de quien va a matar a un comisario de policía)” (*sent.*, p. 317). Observación justa. Es verdaderamente lamentable que mientras tanto también hayan sido destruidos la bala disparada por la pistola, las ropas atravesadas por aquella bala y el coche que se alejó con quien había disparado esa pistola.

Como se ha visto, para el tribunal todo esto no tiene ninguna relevancia procesal. Es una afirmación hiperbólica, comparable a un acto de fe (“Te creo hasta tal punto, Marino, que por tus palabras estoy dispuesto a renunciar a todas las pruebas materiales del mundo”). Cabe esperar una postura más sobria de una sentencia en un proceso por homicidio.

g) *La credibilidad de Marino: la mujer al volante.* Si el Fiat 125 era conducido por Marino, ¿cómo es que varios testigos oculares vieron a una mujer al volante? Esta divergencia, no precisamente marginal, es discutida de modo muy expeditivo en los fundamentos de la sentencia, que por lo demás es muy prolija (pp. 407-14; y véase, anteriormente, capítulo XV, e). Dal Piva y Pappini, por ejemplo, que sostuvieron que el coche era conducido por una mujer, fueron declarados no creíbles por los siguientes motivos. El primero, porque en la sala afirmó haber visto salir a una pareja del Fiat 125 y *acercarse* a un Alfa Romeo Giulia: en este momento (dijo) “bajé la cabeza, volví a alzarla y ya no vi a nadie”. Dieciocho años antes, inmediatamente después del atentado, dijo haber visto a la pareja *entrar* en el Giulia: “la contradicción es hasta tal punto insoluble”, afirman los fundamentos de la sentencia, “que se refleja en la declaración completa” (*sent.*, p. 409), que comprendía, como se recordará, una minuciosa descripción del aspecto físico y de la ropa de la mujer que iba al volante del

Fiat 125. Pappini, sin embargo, convencido de que la persona que conducía era una mujer, ya que tenía el pelo largo, es considerado poco de fiar por ser daltónico: un elemento que evidentemente invalida su observación sobre el color (castaño), pero no la otra sobre la longitud del pelo.

Creíble es, sin embargo, según el tribunal, el testimonio de Gnappi, que habló de cabello “largo y un poco ondulado, del tipo, no sé, de una señora [...] era oscuro (oscuro)”, lo que le indujo a pensar que hubiera una mujer al volante del coche de los autores del atentado, o quizá un melenudo. Los fundamentos de la sentencia comentan:

“Marino en el juicio (ff. 127-28), antes de la declaración de Gnappi, había declarado que en aquella época llevaba el pelo «largo..., muy largo, de tipo desordenado, en definitiva», que tendía un poco «a hincharse» y un poco «rizado» (cfr. f. 2180)” (*sent.*, p. 413).

Antes he mencionado con rapidez (capítulo XV, e) el pasaje en que Marino, en el juicio, describe su propio pelo como “desordenado”. Pero estas palabras eran parte de una compleja interacción de preguntas (del presidente) y respuestas (de Marino) que merece la pena reproducir:

Marino: Tenía el pelo largo... muy largo, en definitiva (de tipo desordenado, en definitiva).

Presidente: ¿De tipo desordenado o muy largo?

Marino: Eh, muy largo. Yo... Sí, tengo un tipo de pelo que, cuando lo llevo largo...

Presidente: Eh, se ve...

Marino: ... tiende a...

Presidente: ... a hincharse.

Marino: ... a hincharse.

Presidente: ¿Así pues, tenía usted toda una masa de cabello?

Marino: Sí.

Presidente: ¿Un poco rizado? ¿Siempre así, más o menos?

Marino: Un poco rizado.

Presidente: Un poco rizado (*dibattim.*, pp. 127-28).

La sentencia habla de “algunas coincidencias (cabello «largo» y «ondulado», los mismos colores) entre las declaraciones de Marino y las posteriores de Gnappi” (*sent.*, pp. 412-13). Para valorar la referencia a las “declaraciones posteriores” es preciso recordar que Gnappi ya había sido escuchado entre los testigos oculares inmediatamente después del atentado. Pero la indicación restrictiva “algunas coincidencias” es oportuna. La persona que iba al volante, dijo Gnappi, “miraba todo el rato ante sí y no se movió, por lo menos cuando yo miraba el coche, y lo miré un rato, porque me habría gustado verle, pero sólo vi un montón de pelo”.

Veamos otro fragmento del diálogo entre el presidente y Marino:

Presidente: Quiero preguntarle si usted en aquel periodo, esto es, el 17 de mayo, tenía rizos.

Marino: Sí, tenía rizos.

Presidente: ¿Vistosos? ¿Discretos? ¿A lo...?

Marino: No. Muy vistosos.

Presidente: Muy vistosos.

Esto hace suponer que la persona que iba al volante del Fiat 125 no tenía rizos, pues de otro modo Gnappi no habría llegado a la conclusión de que se trataba de una mujer o de un melenudo.

h) La credibilidad de Marino: los testigos Pappini y Decio. En la primera parte he citado largamente el interrogatorio del testigo Pietro Pappini, que en la mañana del atentado recorría la calle Cherubini al volante de un Alfa Romeo 2000, tras el Fiat 125 conducido por los autores del atentado (anteriormente, capítulo XV, párrafos *c* y *d*). Los fundamentos de la sentencia citan fragmentos todavía más amplios del mismo interrogatorio (*sent.*, pp. 381-90) para hacer

ver la absoluta falta de credibilidad de Pappini. La versión de Pappini y la de Decio habían sido consideradas por la defensa (y por el autor de estas líneas: anteriormente, capítulo XV, párrafo c) sustancialmente coincidentes entre sí y divergentes de la proporcionada por Marino.

“Esto es inexacto”, se lee en la sentencia, “por las razones que siguen.” Veámoslas:

“Pappini habla de un Fiat 125 azul que «avanzaba muy lentamente» (cfr. *verb.* 17.5.72), «iba más bien despacio»” (*verb.* 25.5.72); en el juicio, tras afirmar haber visto “a ese coche allí parado, y uno que entraba o salía de él, ahora no me acuerdo” repite que el coche iba “despacio”, “lentamente” (ff. 905, 909, 913).

En el juicio Decio habla de un “125 azul que estaba medio parado, es decir, que iba muy despacio” (f. 1105), que “entre el primer y el segundo tiro íbamos muy despacio, pero íbamos, y luego nos paramos” (f. 1106).

No es ahora momento de distinguir entre “lentamente”, “despacio”, “parado” o “medio parado”, y de aquí que admitamos, siguiendo a la defensa, que los dos testigos afirman de modo concordante que el coche estaba “en movimiento”.

Lo que sí es relevante es establecer el momento a partir del cual el Fiat 125 avanza “lentamente”, porque una cosa es decir que el Fiat 125 avanzaba lentamente (como sostiene Pappini) antes de que el comisario cruzara la calle, antes de que el Fiat 125 se parase para que saliera el autor del atentado, etc., y otra decir (como afirma Decio) que “[...] Justo al entrar en la calle Cherubini reduje la velocidad, pues el coche anterior a mí la redujo porque ante él había un 125 azul medio parado, es decir, que iba muy despacio. En ese momento oí un tiro”.

Según el relato de Decio la sucesión de los acontecimientos es rápida: apenas llega a la calle Cheru-

bini reduce porque el otro reduce, busca el motivo de la reducción (f. 1108) y ve al 125 medio parado o que avanzaba lentamente; al llegar este momento oye un tiro (f. 1105), sigue unos pocos metros, oye otro tiro y los coches se paran.

No hay duda de que el “avanzar lentamente” de Pappini (que lo sitúa mucho antes de los disparos, hasta el punto de que el comisario cruza la calle, el coche se para, el autor del atentado sale y pasa entre los dos coches, el Fiat 125 vuelve a avanzar lentamente y sólo a continuación se oyen los disparos) y el “avanzar lentamente” de Decio (para quien esto se sitúa pocos segundos antes del segundo tiro) tienen un significado completamente distinto.

La versión de Decio concuerda perfectamente con lo referido por Marino: “En el momento mismo en que el señor Calabresi empezaba a cruzar la calle, yo metí la marcha atrás para ponerme cerca, por así decirlo, del lugar al que se dirigía, de modo que Enrico [Bompressi] pudiera entrar en el coche sin tener que recorrer demasiada calle, para lo cual hice esa marcha atrás y me dirigí... marcha atrás, no sé, diez o quince metros... en definitiva, para llegar a la altura, digamos más o menos, de donde estaba desarrollándose el hecho, en definitiva (*verb. dib.*, f. 110)” (*sent.*, pp. 396-98).

Aquí se ve el virtuosismo exegético del redactor de los fundamentos de la sentencia. En cuanto al incidente del aparcamiento, juzga a Musicco no creíble y a Marino creíble incluso donde sus versiones (quizá sobre este punto ambas erróneas) coinciden: “en realidad las situaciones son completamente distintas”. Aquí Pappini es definido como no creíble y Decio como creíble por más que ambos describan la misma escena usando los mismos términos:

“No hay duda de que el «avanzar lentamente» de Pappini [...] y el «avanzar lentamente» de Decio [...] tienen un significado completamente distinto”.

¿En qué consiste tanta diferencia? En el relato de Decio se nos dice que “la sucesión de los acontecimientos fue rápida” y en el de Pappini más lenta. Pero esta valoración no tiene en cuenta dos elementos, uno general y otro específico: 1) intentar medir sobre la base de dos descripciones la duración respectiva de dos series de acontecimientos, concentradas en pocos segundos, es evidentemente imposible;

2) Pappini, al estar más cerca del coche de los autores del atentado, ha registrado y descrito un número mayor de acontecimientos, dando la impresión de una secuencia más lenta. Decio ha descrito un número menor de acontecimientos porque su perspectiva estaba parcialmente obstaculizada por el Alfa Romeo 2000 de Pappini (véase anteriormente, capítulo XV, párrafo c).

Pero donde el exegeta se supera a sí mismo es en la afirmación de que “la versión de Decio concuerda perfectamente con lo referido por Marino”. La concordancia es tan imperfecta que deja al descubierto un punto que clama al cielo: la marcha atrás de diez o quince metros efectuada por Marino cuando iba al volante del 125. Como ya he observado (capítulo XV, párrafo c), esta marcha atrás ha pasado desapercibida no sólo para Decio, sino para todos los demás que presenciaban la escena. La sentencia observa que sus versiones (a excepción de la de Pappini) no van “en sentido opuesto a la maniobra de marcha atrás referida por Marino” (*sent.*, p. 381). Se convendrá en que hay una gran distancia entre el “no ir en sentido opuesto” y el “concordar perfectamente” atribuido a Decio. Si hay que hablar de concordancia respecto de algo, es respecto del silencio unánime de los testigos (Decio incluida) sobre la maniobra que Marino habría llevado a cabo momentos antes del atentado.

En el juicio, ante las protestas de la defensa sobre este punto, Marino replicó con impaciencia, afirmando entre otras cosas: “en el momento en que

daba marcha atrás los disparos todavía no habían sido hechos, por lo que la gente no podía prestar atención a si yo hacía marcha atrás o no”.

En los fundamentos de la sentencia estas palabras son comentadas como sigue:

“¿Cómo habría debido comportarse Marino ante tales protestas?

”Se le había hecho una pregunta y él había respondido intentando dar una explicación de aquella contradicción, y si bien se mira proporcionó una explicación plausible.

”¿Habría debido, quizá, no responder?” (*sent.*, p. 401-2).

Pero la cuestión a plantear es otra. Por enésima vez en este proceso, la única corroboración de las palabras de Marino es proporcionada por el propio Marino.

i) Testigos creíbles y no creíbles: el aguacero y la concentración. Como se ha visto, las afirmaciones de credibilidad otorgadas a Marino en los fundamentos de la sentencia son incontables. Los otros acusados, y los testigos aportados por la defensa, han sido, sin embargo, repetidamente considerados “no creíbles”, “inaceptables” y demás. Quisiera mostrar sobre qué base se han formulado estos juicios y qué consecuencias se han sacado de ellos. Limitaré mi análisis a dos puntos del proceso: *a)* la conversación tuvo lugar en Pisa frente a un bar, el 13 de mayo de 1972, día en que Sofri, al final de una reunión a la que había asistido, exhortó a Marino a matar a Calabresi; *b)* las felicitaciones que Marino recibió de Sofri por el buen trabajo efectuado, inmediatamente antes de que éste pronunciara un discurso en la plaza degli Aranci en Massa, el 20 de mayo de 1972. Ambas circunstancias, que probarían el papel de inductor de Sofri, son consideradas, naturalmente, a través de una única fuente: Marino.

Empezaré por la primera, que es además la más importante. En el careo de la instrucción (16 de septiembre de 1988) Sofri dijo que al atardecer del 13 de mayo de 1972, mientras estaba con otras personas en la casa de su ex mujer, Marino acudió a encontrarse con él; añadió que se acordaba de este encuentro vespertino desde el primer interrogatorio (desarrollado el 3 de agosto de 1988), durante el cual había anunciado revelaciones importantes. Pero había evitado mencionar la circunstancia porque, dijo, “en aquel primer interrogatorio era de la opinión de que en el careo Marino diría la verdad” (*sent.*, p. 512).

“Declaraciones inverosímiles”, comenta la sentencia, “y la parte civil ha observado justamente que el careo podía no haber sido decidido [...] Cabe decir —y no se ha dicho— que Sofri consideró que referir aquella circunstancia habría podido dañarle de algún modo, y el acusado no tiene ningún deber de proporcionar elementos a la acusación, de modo que, razonablemente, se los había callado” (*sent.*, p. 513).

Se trata de una insinuación totalmente gratuita. El encuentro vespertino en una habitación hacía inverosímil la descripción de Marino, que escogió hablar de un proyecto de atentado no sólo en público, sino además en un lugar atiborrado de policías. No se entiende por qué el tribunal ha considerado sospechoso, como si fuera un indicio de culpabilidad, el hecho de que Sofri en un primer momento se callara que había visto a Marino el atardecer del 14 de mayo de 1972 en casa de su ex mujer. Marino se había olvidado por completo de esta circunstancia: la admitió sólo cuando fue mencionada por Sofri. Pero los olvidos de Marino (como sus imprecisiones) han sido considerados por el tribunal como confirmación de su credibilidad (así en los fundamentos de la sentencia, p. 157, respecto del error de orientación sobre el plano callejero: véase, anteriormente, capítulo III).

Ante las acusaciones de Marino, que le atribúan

una presunta conversación acaecida dieciséis años antes, Sofri proclamó de inmediato su propia inocencia, excluyendo por completo que dicha conversación hubiera tenido lugar. (Debería ser obvio para cualquiera que Sofri, una vez iniciada la instrucción, esperase ser sometido a careo cuanto antes con su acusador.) Pero después quiso hacer todavía algo más, emitiendo una serie de argumentos que hacían aquel coloquio tras la reunión no imposible, ciertamente, sino inverosímil: el aguacero, que acompañó al final de la concentración, y el encuentro con Marino el atardecer del 13 de mayo (de que ya se ha hablado). Recordó haber discutido con algunos compañeros de Toscana, inmediatamente después de la reunión, sobre la posibilidad de poner una placa en recuerdo de Franco Serantini; y haberse ido a continuación en coche con Guelfi, un militante de Lotta Continua, para dirigirse a casa de un amigo común, Soriano Ceccanti, con quien ya había tenido un breve encuentro durante la concentración que precedió a la manifestación (anteriormente, capítulo XVII). En esta serie de hechos no había sitio para el presunto diálogo con Marino.

Muchos ex militantes de Lotta Continua que participaron en la manifestación del 13 de mayo de 1972 han confirmado en el juicio, dieciocho años más tarde, las circunstancias mencionadas por Sofri. En la sala se oyó hablar de “temporal”, “fuerte aguacero”, “fuerte lluvia”; se mostraron fotografías de aquel día (no mencionadas en los fundamentos de la sentencia) que documentan un amplio uso de paraguas por los manifestantes. Luciano Della Mea, que estaba con Mughini en otra plaza de Pisa, donde Giancarlo Pajetta celebraba una concentración, ha dicho que guardaba de aquella jornada “un recuerdo vivísimo, porque Mughini vestía de cuero y el agua resbalaba sobre aquella piel brillante, de modo que se trató de un temporal fuerte y largo”.

“Pues bien”, se lee en los fundamentos de la sentencia, “es cierto que durante la reunión empezó a llover.

”Pero también es cierto, además, que no llovió con la intensidad que dan a entender los acusados y los testigos susodichos.”

El centro hidrográfico de Pisa del cuerpo de ingenieros civiles informa de que aquel día hubo allí precipitaciones de 1,2 milímetros; la inspección de telecomunicaciones para la asistencia en vuelo, servicio meteorológico de Roma EUR, dice que al final de la tarde cayó en Pisa una “lluvia débil continua”, seguida al atardecer por una “lluvia débil intermitente”. En definitiva, llovía, pero no demasiado (si bien los periódicos que publicaron artículos sobre la concentración hablaron de “lluvia batiente”, “lluvia incesante”. Así pues, según el tribunal, Guelfi, Ceccanti y todos los testigos que hablaron de temporal y demás no son creíbles. Creíble es, sin embargo, el señor Ignazio Tronca, por entonces dirigente de la policía política en Pisa, que tras errores y amnesias sobre la fecha de la manifestación, el lugar en que transcurrió y así sucesivamente, declaró en el juicio que los participantes primero “se concentraron poco a poco” ante el edificio en que viviera Serantini, y después “fueron a la plaza poco a poco, quizá incluso en grupos sueltos, pero en definitiva no a modo de concentración” (*sent.*, pp. 551-52). Por lo tanto, concluye la sentencia, “en lo referente a la conversación de Pisa con Sofri”, las declaraciones de Marino “han permanecido intactas, visto que la versión completa proporcionada por la defensa quiere representar el desarrollo de la manifestación de cierto modo, un modo en el que no había sitio alguno para una conversación entre Marino y Sofri tras la reunión, y ha sido desmentida” (*sent.*, pp. 612-13).

Llovía pero no demasiado, de modo que Marino ha dicho la verdad sobre su conversación con Sofri;

los manifestantes fueron a la concentración “quizá incluso en grupos sueltos”, pero no en “una concentración «propiamente dicha»” (Tronca: *sent.*, p. 552), y por eso Sofri es el inductor del homicidio de Calabresi. ¿Cómo se ha podido llegar a esta monstruosidad lógica? Lo explican los fundamentos de la sentencia en una página memorable:

“Sin aquella concentración y aquel temporal salió otra concentración: la plaza y la tribuna están ya preparadas, los primeros militantes llegan y empiezan a quedarse, otros se unen en grupos pequeños o sueltos que se van aglutinando, la espera según el horario establecido, la plaza que se llena, los dirigentes y los oradores que llegan o que ya están allí, la posibilidad de todos de cambiar con estos últimos un saludo o algunas palabras, a continuación el inicio de la reunión, los primeros oradores que postulan la manifestación, Sofri que termina, la posibilidad para todos, una vez más, militantes, simpatizantes, dirigentes nacionales y procedentes de otras ciudades, de acercarse a la tribuna y a los oradores.

”Sin aquel temporal es irreal la imagen de Sofri y Guelfi alejándose de la plaza solos tras una manifestación de ese tipo.

”[...] Prueba de ello es que aquella manifestación no se desarrolló tal como ha sido descrita por el acusado y por los testigos de la defensa.

”Pues bien, si tanto el uno como los otros dan una versión que tiende a un desarrollo del acontecimiento de modo tal que no haya sitio en él para el referido encuentro de Marino, y si se comprueba que dicha reconstrucción muestra una falsa representación de la realidad con el fin de excluir la posibilidad de dicho encuentro, todo ello en opinión del tribunal constituye un indicio, otro elemento de prueba que confirma que el encuentro tras la reunión tuvo lugar...” (*sent.*, pp. 614-15).

No se entiende por qué la escena de Sofri y Guel-

fi alejándose haya de ser “irreal”: a fin de cuentas, sucede que aquel día no estaban en Pisa la mayoría de los dirigentes nacionales de Lotta Continua. Los fundamentos de la sentencia observan que Sofri y los demás “se saludaron como recíprocamente” (en cuanto a precisión, nueve testigos mencionan un total de quince nombres): una observación maliciosa que parece sugerir un acuerdo previo (*sent.*, p. 540). Pero si estaban todos era inevitable saludarse recíprocamente. Sin embargo, lo que es importante señalar es la conclusión del pasaje hasta aquí citado: “Otro elemento de prueba”. El primero, supongo, son las declaraciones de Marino. De modo que la *posibilidad* de que Marino y Sofri hayan hablado prueba que realmente hablaron. Este otro desvarío lógico se basa en la premisa de que la reconstrucción proporcionada por los testigos de la defensa es, digamos, no inexacta, sino falsa (“falsas representaciones de la realidad”). Se trata de una premisa no demostrada o demostrada falazmente. Bastará un ejemplo para verlo.

El testigo Lazzerini, tras haber descrito la manifestación de Pisa (“Se formó cerca de la estación, desde la estación recorrimos el paseo de Italia y llegamos, pasando el Arno, a la plaza de S. Silvestro...”) pronunció la palabra prohibida “concentración” (“Durante la concentración lloviznaba”); poco después llega a hablar claramente de “lluvia [...] a lo grande” caída hacia finales de la reunión. Por lo cual la sentencia le identifica inmediatamente como testigo no creíble (*sent.*, pp. 618-19). Pero Lazzerini declaró que se había encontrado en Massa, donde vivía y vive, con Ovidio Bompresi el 17 de mayo de 1972, hacia las 12,25: testimonio que, sin constituir una coartada en sentido estricto, hace con todo improbable que a las 9,15 del mismo día Bompresi estuviera en la calle Cherubini de Milán, en el hecho de la muerte de Calabresi (*sent.*, p. 617). Pues bien,

que Lazzerini afirme (se lee en los fundamentos de la sentencia, pp. 619-20) “una circunstancia, la concentración de Pisa, nunca verificada”, constituye “un ulterior elemento en contra de Bompresi”. Y aunque la concentración de Pisa no sea “esencial para el acusado Bompresi, se ha observado que tal circunstancia demuestra que hay un acuerdo entre los testigos de Bompresi y los numerososísimos indicados por el acusado Sofri, que también refieren el mismo hecho nunca sucedido. Y si hay acuerdo entre los testigos de uno y otro acusado [...] es evidente que se va más allá de la fallida demostración de la propia inocencia mediante el ejercicio del derecho de defenderse probando y se entra en el campo de la actividad dedicada a sustraerse a responsabilidades penales”.

Una vez más, es difícil, al leer estas frases, no pensar en la actitud de los jueces en los procesos de brujas: uno de esos procesos que, basándose en una única confesión, acababan implicando a todo el pueblo. Nos entra la duda de si no sólo todos los testigos de la defensa, sino todos los ex militantes de Lotta Continua de Pisa y Massa se hayan arriesgado a la acusación de falso testimonio y a algo peor. Pues bien, yo no pongo en duda la buena fe de los miembros del tribunal; pero me parece que en este caso se han salido de los límites de lo razonable. Extraer conclusiones férreas de una premisa incierta siempre es peligroso. La afirmación hecha de que la concentración de Pisa es un hecho “jamás verificado” contrasta con las cautas declaraciones del propio señor Tronca —un testigo altamente elogiado en los fundamentos de la sentencia— en el juicio.

Presidente: En lo que se refiere al aflujo de personas a la plaza en que tuvo lugar la concentración, ¿usted recuerda como dirigente de la oficina política si coincidieron de algún modo, en grupo, en concentración organizada, o no lo recuerda o lo excluye?

Tronca: Bien, lo de concentración organizada *yo lo excluiría, yo no lo recuerdo*, de modo que *lo excluiría*. En aquella circunstancia *no me parece* que hubiera una concentración previa a la manifestación que afluyera, que hubiera afluído, a la plaza. *No me parece*. Creo que... esto es, recuerdo que los manifestantes entraron en la plaza diseminados, o quizá en pequeños grupos, pero definitivamente no en concentración.

“Declaraciones que no dejan dudas sobre el hecho de que no hubo concentración ninguna”, comenta la sentencia (p. 553). Los potenciales y los “no me parece” que he puesto en cursiva parecen, sin embargo, inducir una incertidumbre inicial, luego resuelta por la distinción entre “grupos sueltos” y “concentración”. En cualquier caso semejante distinción implica un *continuum*, no una alternativa clara como la que se establece entre si iba un hombre o una mujer al volante (tanto para no salirme del ámbito del proceso como por comodidad excluyo de mis argumentaciones a los hermafroditas). Atribuir a dolo cualquier mención de la concentración por parte de un testigo parece verdaderamente injustificado. Lo cierto es que los testimonios de quienes participaron en la manifestación (incluido Marino, que en la instrucción habló de “imponente manifestación”) dan a entender que aquel día en Pisa hubo una concentración. Pero además, la eventual ausencia de una concentración “verdadera” (para utilizar las palabras del señor Tronca) no probaría que Sofri se hubiera encontrado con Marino tras la reunión, frente a un bar, para convencerle, en diálogo de pocos minutos, de que fuera a Milán para matar a Calabresi.

En lo que se refiere a las felicitaciones dadas por Sofri a Marino en la plaza degli Aranci, en Massa, el día 20 de mayo de 1972, el discurso puede ser más breve. Sofri recordó un episodio, confirmado además por dos testigos (Pegollo y Tognini), que tuvo

lugar inmediatamente antes de la reunión: el señor Costantino, por entonces dirigente del despacho político de Massa, le había instado a desconfiar de las palabras de Calabresi. En el juicio Costantino confirmó haberse encontrado con Sofri una vez terminada la reunión. Sin embargo, se manifestó muy inseguro sobre la advertencia que le había hecho antes de la reunión:

“Presidente, pudo darse... pero honradamente no puedo decirlo con seguridad. Pudo darse que antes de la reunión hubiera intercambiado algún saludo, pero... La continuación la recuerdo exactamente, pero lo anterior, honradamente, no. Es decir que no puedo excluirlo. No lo recuerdo. [...] Me parece que no. Me parece que no. Pero no puedo excluirlo. [...] Yo más bien lo excluyo, porque la advertencia ya se la había hecho en jefatura. Y obtuvimos las máximas garantías. [...] O sea que no lo recuerdo, presidente. Pudo darse, pero me parece que no”.

Las faltas de certeza de los testigos son perfectamente comprensibles: después de todo, han pasado dieciocho años. Pero para el tribunal, ellos “han desmentido la versión del acusado y la de los testigos Pegollo y Tognini”. Naturalmente, estos dos últimos son declarados no creíbles. La declaración de Costantino “se convirtió en un elemento a favor de la acusación” (*sent.*, p. 563). Costantino no recuerda, o mejor “no excluye”: y por ello Marino dice la verdad.

Sobre bases semejantes, “en nombre del pueblo italiano” (y por tanto también en mi nombre, y en nombre de los lectores de estas páginas) la Audiencia de lo Criminal de Milán ha condenado a Adriano Sofri a veintidós años de cárcel.

CRONOLOGÍA

12 de diciembre de 1969. En el punto culminante de las luchas obreras del “otoño caliente”, hubo cuatro atentados: en Roma, en el Altare della Patria y en la Banca Nazionale del Lavoro; y en Milán, en la Banca Commerciale y en la Banca dell’Agricoltura. En este último murieron dieciséis personas. La policía, las autoridades gubernamentales y los principales periódicos proclamaron de inmediato la responsabilidad de los anarquistas.

15 de diciembre de 1969. El ferroviario anarquista Pino Pinelli muere al caer desde el despacho del comisario Luigi Calabresi, en el cuarto piso de la jefatura de Milán, donde llevaba ilegalmente encerrado desde hacía más de tres días. La jefatura sostiene que se tiró abajo al sentirse aplastado por las pruebas de culpabilidad contra él y contra el anarquista Pietro Valpreda. Esta versión fue enseguida considerada falsa. El episodio suscitó una emoción enorme. Lotta Continua en su periódico se declaró convencida de que Pinelli había sido asesinado y de que en el desastre del 12 de diciembre estaban implicados poderes del Estado.

1970. La investigación sobre Pinelli, archivada en mayo, fue abierta de nuevo cuando el comisario Calabresi se querelló con el periódico *Lotta Continua*, que llevaba meses acusándole con artículos y dibujos. El proceso se abrió en octubre de 1970 pero se interrumpió en el siguiente mes de abril, cuando el tribunal decidió volver a exhumar el cadáver de Pinelli para efectuar nuevos peritajes; el abogado defensor de Calabresi recusó al presidente, responsable, según el mismo, de haber expresado ya confidencialmente su postura desfavorable al comisario.

1971, otoño. Como resultado de una denuncia hecha esta vez por la viuda de Pinelli, Licia, Calabresi y otros funcionarios y agentes de la jefatura milanese son acusados de homicidio. El procedimiento será archivado en octubre de 1975 por el juez D'Ambrosio, que excluye tanto el homicidio como el suicidio y sugiere la tesis del "desmayo de hecho".

5 de mayo de 1972. En Pisa, en vísperas de las elecciones políticas anticipadas, tienen lugar violentos enfrentamientos entre las fuerzas de policía y jóvenes llamados por *Lotta Continua* a impedir una reunión del MSI. En el curso de los enfrentamientos es alcanzado un muchacho anarquista, Franco Serantini, que muere dos días después en la cárcel a causa de los golpes recibidos y de la falta de socorro.

17 de mayo de 1972. Calabresi es asesinado a la salida de su casa, en la calle Cherubini de Milán, por dos tiros de pistola disparados a quemarropa. Las primeras investigaciones señalan insistentemente a personas relacionadas con *Lotta Continua*. Sucesivamente son señalados como presuntos autores del atentado un ex obrero de la Alfa Romeo emigrado a Alema-

nia, dos militantes irlandeses, hombre y mujer, huéspedes en Italia de Lotta Continua, una joven milanesa y otros.

31 de mayo de 1972. En Peteano, cerca de Gorizia, atraídos por una trampa explosiva, mueren tres carabinieri. Altos oficiales de los carabinieri, luego formalmente ~~acusados de destrucción de pruebas~~ (y algunos condenados), acreditan, atribuyéndosela al “arrepentido” Marco Pisetta, la tesis de que el asesinato de Calabresi y la matanza de Peteano corresponden a un único plan llevado a cabo por Lotta Continua.

17 de mayo de 1973. Durante la ceremonia de inauguración de un busto del comisario Calabresi en la jefatura de Milán, en presencia del ministro del Interior, Rumor, Gianfranco Bertoli, que se declara anarquista individualista, lanza una bomba de mano que provoca una matanza entre personas inermes. El nombre de Bertoli, que lleva dieciocho años en la cárcel cumpliendo una condena a cadena perpetua, volvió a aparecer a finales de 1990 por su presunta pertenencia a la organización Gladio. Los servicios secretos sostienen que se trata de una homonimia, mientras que el magistrado investigador encuentra incompleto el informe a su nombre. A nombre de Bertoli había sido puesto un informe abierto por Calabresi antes de su muerte. Al día siguiente del homicidio de Calabresi los datos sobre Bertoli y una foto suya fueron enviados por la jefatura veneciana a la milanesa a fin de que fueran mostrados a los testigos oculares del atentado, que negaron haberle visto.

1974. Son acusados del homicidio de Calabresi dos hombres de extrema derecha, el milanés Gianni Nardi y el romano Bruno Stefano, y una amiga de ellos, la alemana Gudrun Kiess. Nardi es acusado de haber

disparado, Kiess de haber conducido el 125 azul del atentado. Tras algunos meses los dos son excarcelados gracias a una coartada. Kiess siguió en la cárcel durante algún tiempo más, a pesar de la excarcelación del coacusado y a pesar de carecer de permiso de conducir.

Noviembre de 1976. Lotta Continua se disuelve. Todavía durará unos años el periódico diario.

1980. Debido a declaraciones de ex militantes de la "lucha armada", un representante milanés de Lotta Continua, Marco Fossati, es acusado del homicidio de Calabresi. Fossati se entera por un titular y una fotografía de multicopista, que lo señalan como el asesino: el juez instructor, Lombardi, no le ha notificado ningún requerimiento.

28 de julio de 1988. Adriano Sofri, Giorgio Pietrostefani y Ovidio Bompresesi son detenidos al amanecer en sus casas y llevados a los cuarteles de los carabinieri de Milán. Se les acusa de haber encargado, los dos primeros, y efectuado, el tercero, el homicidio de Calabresi por cuenta de Lotta Continua. La imputación se basa en las declaraciones de Leonardo Marino, quien se acusa a su vez de haber conducido el coche del delito. A los tres meses los tres son puestos en libertad.

Agosto de 1989. El juez Lombardi cierra la instrucción decidiendo el procesamiento por el homicidio del comisario Calabresi de los cuatro acusados, los cuales, a excepción de Sofri, son también acusados de una serie de robos cometidos, según Marino, entre 1971 y 1973. El mismo Marino y otras personas mencionadas por él son acusadas también de robos cometidos hasta 1987.

Enero de 1990. Se abre en Milán el proceso en la Tercera Sección de la Audiencia de lo Criminal. El tribunal establece de modo preliminar la liquidación de los robos “postpolíticos” y la inclusión de los otros. El 2 de mayo de 1990, tras cinco días de consejo, el tribunal condena por homicidio a Sofri, Pietrostefani y Bompresi a 22 años de cárcel, y a Marino a 11 años. En cuanto a los delitos menores, se pronuncian algunas absoluciones, y en todos los demás casos la prescripción. Sofri confirma su decisión, comunicada antes del juicio, de no apelar. La fiscalía de Milán decide suspender la ejecución de la condena, en lo que a sí misma se refiere, debido a las conexiones existentes entre su propia postura y la de los coacusados apelantes.

Enero de 1991. A los ocho meses y medio de la sentencia, son expuestos sus fundamentos.

POST SCRIPTUM 1993

1. La primera edición de *El juez y el historiador* fue publicada hace dos años, en vísperas del juicio de apelación. Escribiendo aquellas páginas tenía la esperanza de contribuir, por poco que fuera, a que se reexaminara la sentencia con la que había terminado el proceso de primer grado. Las cosas fueron muy distintas. El 12 de julio de 1991 la Audiencia de Apelación de Milán confirmó las condenas emitidas por los jueces de primer grado atinentes a los principales imputados: veintidós años a Ovidio Bompres-si, Giorgio Pietrostefani y Adriano Sofri (que no había apelado); once años a su acusador, Leonardo Marino.

Un periodista me preguntó, inmediatamente después de la sentencia de apelación, cuál era mi opinión. Impulsivamente le contesté que me parecía la fotocopia de la sentencia de primer grado. Me equivocaba. Sus fundamentos introducían un elemento nuevo. Esta vez las acusaciones del arrepentido Leonardo Marino ya no eran consideradas como la fuente principal (si no única) de pruebas contra Adriano Sofri y Giorgio Pietrostefani, los dos presuntos man-

dantes del homicidio del comisario Luigi Calabresi. Aquellas acusaciones, declaraba la Audiencia de Apelación de Milán, incluso habrían podido no existir: la existencia de una estructura ilegal armada en el seno de Lotta Continua bastaba para demostrar la culpabilidad de dos dirigentes de la organización como Sofri y Pietrostefani. De modo que la prueba lógica, ya citada en el curso del proceso de primer grado, se ponía decididamente en primer plano como para subsanar las lagunas documentales: y ello aunque para muchos la deducción comenzara por un hecho concreto —la estructura ilegal armada dentro de Lotta Continua—, muy lejos de estar probado.

Todos los inculpados, salvo Sofri, recurrieron la sentencia de la Audiencia de Apelación. Ésta fue sometida a una sección (la primera) de la Corte de Casación. El 4 de mayo de 1992, víspera de la sentencia, la decisión que asignaba el caso a la primera sección fue anulada y el proceso se transfirió a la sexta. Esta decisión inesperada, basada en argumentos jurídicos formales que resultaría engorroso exponer aquí, suscitó duras polémicas. Uno de los acusados, Adriano Sofri, comenzó una huelga de hambre de protesta que duró un mes. Todo el asunto, anómalo desde todo punto de vista, concluyó (13 de julio de 1992) con la asignación del proceso a las secciones reunidas de la Corte de Casación: de esta manera, declaró la Fiscalía, el proceso no se vería influenciado por las orientaciones diferentes de las dos secciones, primera y sexta, acerca de la relación entre las declaraciones de los “arrepentidos” contra sus supuestos cómplices y otros elementos de prueba.

2. El 21 de octubre de 1992 las secciones unidas de la Corte de Casación aceptaron el recurso de Bompressi y de Pietrostefani y anularon con ello la sentencia de apelación que los acusaba de complicidad

en homicidio; la misma decisión fue aplicada a Sofri y a Marino. La publicación de los fundamentos (depositados el 22 de febrero de 1993) permite evaluar el alcance de este juicio, emitido por la instancia más elevada del sistema judicial italiano con toda su autoridad.

Se trata de 135 folios dactilografiados, ocupados en gran parte por la exposición de los precedentes y de las contradicciones de los apelantes. Los comentarios son concisos, a menudo tajantes. La Corte de Casación encuentra en la sentencia de apelación “en múltiples y decisivos momentos, errores de naturaleza metodológica, carencias y vicios” (p. 45; de aquí en adelante las referencias sin otra indicación remiten a los fundamentos de la sentencia emitida por las secciones unidas). Los jueces de la Corte de Apelación de Milán no habían cuestionado la credibilidad de Leonardo Marino: se habían limitado a darse por enterados de que éste, a dieciséis años de distancia, se declaraba culpable de un grave delito. Ahora bien, en las declaraciones de Marino “no faltan errores, contradicciones, rectificaciones y ajustes progresivos”, a menudo inducidos por los cuestionamientos de los otros acusados llamados a responder. Ello no sorprende (prosiguen las secciones unidas) dado el largo lapso transcurrido: pero esta circunstancia no fue tomada en cuenta al evaluar la credibilidad de los testigos de la defensa, ni tampoco de los de la acusación “cuando sus deposiciones en todo o en parte no coincidían con la versión de Marino”. La convicción “de la autenticidad del arrepentimiento de Marino, y por ende de su segura credibilidad, ha terminado por empujar a los jueces a esforzarse constantemente en demostrar la verdad de la versión de los hechos dada por Marino, salvando con ello tanto los resultados discrepantes de las indagaciones llevadas a cabo antes de sus revelaciones, como los ulteriores hallazgos contrarios” (pp. 46-47).

El argumento en base al cual la sentencia de apelación había considerado que Sofri y Pietrostefani eran culpables del homicidio de Calabresi, en cuanto dirigentes de Lotta Continua y por tanto de su brazo ilegal armado, es, para las secciones unidas, una “presunción genérica”. Y es más: se trata de una presunción basada en “errores de juicio y vicios de motivación”, vinculados al uso de “vocablos corrientes”, de testimonios derivados de “fuentes informativas no controlables ni controladas”, o bien consideradas (es el caso de la evaluación positiva del homicidio de Calabresi expresada por el periódico *Lotta Continua*) “fuera del contexto histórico de la lucha política exasperada y facciosa hasta entonces difundida” (pp. 48-49). La estructura ilegal existía, pero no hay prueba alguna de que se tratase de “una organización de tipo terrorista”, “de tipo rígidamente jerárquico y verticista”, difundida en todo el territorio nacional (pp. 65-66).

Pero además de las deducciones lógicas están las declaraciones de Marino sobre la (presunta) conversación entre él y los (presuntos) mandantes en Pisa. Sobre este punto el comentario de las secciones unidas es particularmente duro: “La inaceptabilidad del proceder metodológico y lógico de los fundamentos de la sentencia impugnada en la evaluación de las pruebas acerca de la credibilidad de las declaraciones de Marino surge con evidencia de esa parte —central por lo que concierne a la declaración del “arrepentido” contra Adriano Sofri pero no sin implicaciones por lo que se refiere a la posición de Pietrostefani— que interesa a las circunstancias en las que Sofri habría confirmado, según Marino, el mandato de matar recibido antes por éste de Pietrostefani” (p. 76). Como se recordará, los jueces del proceso de primer grado habían negado la existencia del chaparrón y de la manifestación previa a la reunión, que según Sofri hacían intrínsecamente inverosímil su presunta con-

versación con Marino en Pisa. De esta manera chaparrón y manifestación se habían convertido en otras tantas pruebas de la culpabilidad de Sofri. Los jueces de la Audiencia de Apelación habían llegado a formular, en base a este razonamiento, un principio de orden general: “si se niega un hecho sosteniendo la negación con afirmaciones que luego resultan ser falsas, entonees-es-falsa-también-la-negaeión-y-el-hecho-negado es cierto”. Las secciones reunidas de la Corte de Casación observaron con respecto a los hechos que a) las indicaciones provenientes del centro meteorológico de Pisa, en las que se hablaba de lluvia “débil y continuada”, se referían “a toda una zona y no a las específicas de ese lugar”, ampliamente demostradas por las fotos del paraguas y las crónicas periodísticas sobre la “lluvia torrencial” bajo la cual había tenido lugar la reunión de Sofri (p. 82); b) las 600 personas concentradas en la plaza, “en parte desparramadas [...] en parte también en grupos densos”, podían legítimamente dar la imagen de “una manifestación (ciertamente espontánea y no autorizada oficialmente por la jefatura)” (pp. 83-84). Además rechazaron con firmeza “el singular principio de que la demostración de un hecho afirmado por la acusación sea deducible de la no demostración del supuesto defensivo de que ese hecho no tuvo lugar o sí lo tuvo pero en circunstancias distintas e incompatibles con la tesis acusatoria, recurriéndose con ello a una evidente e ilegítima inversión del peso de la prueba” (p. 50). “Llovía pero no demasiado, de modo que Marino ha dicho la verdad sobre su conversación con Sofri” escribí irónicamente acerca de la argumentación contenida en la sentencia del proceso de primer grado; y hablé de “mostruosidad lógica” (*supra*, pp. 163-164). Me alegra hallarme hoy en compañía de los jueces de las secciones unidas. Manifiestan ellos que el supuesto de la acusación “depende enteramente de la singular deducción de que está demostrado

que una conversación tuvo lugar en las circunstancias señaladas por Marino (pero hemos visto que la demostración de ello está metodológicamente viciada) y que por consiguiente el contenido de la conversación no puede haber sido más que el señalado por Marino" (p. 88). Críticas similares se hacen a los razonamientos con que los jueces de la Audiencia de Apelación han creído poder demostrar la participación de Piestrostefani en la presunta conversación de Pisa: "salto lógico" (p. 88); "deformación lógica" (p. 89); errores metodológicos y lógicos" (p. 90); "vicio lógico" (p. 92). Los elementos de prueba contra Bompressi son suposiciones "gratuitas" y simples "conjeturas" (p. 109).

Finalmente, las secciones unidas examinan minuciosamente la manera en que los jueces de primero y de segundo grado han evaluado *a)* las oscilaciones en las versiones del homicidio del comisario Calabresi dadas por Marino; *b)* las discrepancias entre estas versiones y las de los testigos oculares. Como se recordará, dediqué varias páginas tanto a unas como a otras. Como ejemplo de las primeras había señalado (*supra*, pp. 140-143) que, durante el proceso, Marino había modificado sustancialmente la versión, dada precedentemente a la instrucción, del choque sufrido por el coche del testigo Musicco inmediatamente antes del homicidio. Los jueces de primer grado habían negado que Marino se hubiese contradicho. Veo que los jueces de las secciones unidas llegan ahora a mis propias conclusiones. Su comentario es particularmente significativo: "La contradicción en la que cae Marino, torpemente cubierta con la desfiguración de hecho de los fundamentos de los jueces de primero y de segundo grado que hemos señalado, tiene una relevancia decisiva porque evidencia un momento de preocupante ambigüedad por parte del declarante (es decir Marino) cara al testimonio de Musicco" (p. 120).

Escribí que la actitud del presidente de la Audiencia de Milán en el curso del debate me había hecho pensar que se “hubiera inspirado en el singular criterio metodológico formulado en el auto de procesamiento del juez Lombardi: esto es, que en caso de divergencias entre los testimonios oculares del homicidio y Marino, las confesiones de éste serían admitidas como las más cercanas a la verdad” (*supra*, p. 73). Como hemos visto, las secciones unidas censuran hoy el hecho de que los testigos (no sólo los de la defensa sino incluso los de la acusación) se consideraran inadmisibles en tanto que “sus deposiciones no estuvieran de acuerdo, en su totalidad o en sus partes, con la versión de Marino” (p. 48). Yo ya había discutido una serie de estas discrepancias (*supra*, pp. 73-92). Los testigos Adelia Dal Piva y Pietro Pappini, por ejemplo, habían visto al volante del coche de los atentadores a una mujer y no a Marino. A propósito de los testimonios había observado acerca de Dal Piva: “La pintoresca conjetura sobre el radiotransmisor escondido en el espejo se aparta del testimonio propiamente dicho: cuesta suponer que la persona vista y tan minuciosamente descrita por Adelia Dal Piva fuera un hombre en vez de una mujer.” (*supra*, pp. 88-89). Las secciones unidas reconocen hoy que la deposición de la testigo Adelia Dal Piva ha sido desacreditada “sin motivos concluyentes y congruos”: “es verosímil que Dal Piva se haya dejado llevar por la fantasía a suponer singulares comunicaciones mediante una radio escondida. Pero ello no consiente lógicamente desestimar los hechos concretos narrados, como por otra parte es el caso del supuesto de que uno de los ocupantes del 125 (de los atentadores) haya sido una mujer” (pp. 127-128). Pietro Pappini había sido sometido en la sala a un interrogatorio durante el cual sus percepciones visuales fueron puestas sistemáticamente en duda por el presidente de la Audiencia (*supra*, pp. 80-86). Las

secciones unidas, habiendo observado que los jueces de primero y segundo grado “han desacreditado decididamente también a Pappini —otro testigo ocular, directo y desinteresado— recurriendo a argumentaciones incongruas e ilógicas” comentan con evidente ironía: “cierto es que Pappini, habiéndose hallado en la inmediata cercanía de la secuencia del homicidio pudo ver lo que otros no vieron, pero esto no puede ser lógicamente supuesto como motivo de descrédito de su testimonio” (pp. 122–123).

3. “Tal complejo de violaciones de la ley procesal y de carencias y vicios de los fundamentos” indujo a los jueces de las secciones unidas de la Corte de Casación a acoger el recurso de Pietrostefani y de Bompressi en lo que hace a aquella parte de la sentencia de apelación que los acusaba de complicidad en homicidio. Como dijimos, la anulación de la sentencia se extendió no sólo a Sofri (que no había apelado) sino al mismo Marino, que en este punto no había apelado: en otras palabras, la versión del homicidio de Calabresi dada por Marino fue considerada inadmisibile.

“Debemos concluir que con toda probabilidad Marino, acerca del homicidio de Calabresi, miente” escribí (*supra*, p. 92). Pero sobre los posibles motivos de esta mentira no arriesgaba hipótesis alguna. Las secciones unidas lo hacen con extremada cautela: por una parte exponiendo la posibilidad de que a Marino lo animara un “deseo de cobrarse lo suyo” con respecto a sus antiguos jefes (p. 55); por otra, señalando el paralelismo significativo entre las iniciativas de Marino y las de su compañera, Antonia Bistolfi, “declaradamente animada por profundos resentimientos contra Sofri, Pietrostefani y el propio Bompressi” (p. 57). Son simples indicaciones, claro está. Lo que cuenta es la crítica radical a que las sec-

ciones unidas de la Corte de Casación someten el trabajo de los jueces de primero y segundo grado. El proceso, devuelto “para nuevo examen a otra sección de la Audiencia de apelación de Milán”, deberá asentarse sobre nuevas bases. Éste es el sentido de la recomendación conclusiva formulada por las secciones unidas:

“el nuevo juez –en pleno uso de sus poderes discrecionales– deberá obviamente reevaluar completamente la totalidad del articulado de los resultados procesales, a tenor de correctos principios jurídicos y metodológicos y con motivación congrua y lógica, con toda libertad de llegar a las mismas conclusiones a las que ha llegado la sentencia anulada, pero siguiendo una adecuada trayectoria lógico-jurídica” (p. 131).

La verdad aún está lejana. El reconocimiento de la inocencia de quien por dos veces ha sido condenado injustamente, algo más cercana.

9
13
115
125
169
175

ÍNDICE

Introducción

El juez y el historiador

Notas

Post scriptum

Cronología

Post scriptum 1993